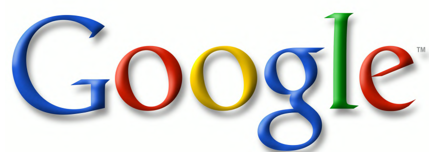





# Apuntes de la Isla de Negros

R. Echaúz.

Professor Bernard Moses,
Civil Commission,
Manila,

Compliments of
L. D. Huntington
Asst. Surgeon U. S. A.
Bacolod,
Negros,
P. I.

23 Jan. 1901.

R. ECHAÚZ

# APUNTES

DE LA

# ISLA DE NEGROS





MANILA

TIPO-LITOGRAFÍA DE CHOFRÉ Y COMP.ª
Escolta num. 33
1894

BERNARD MOSES

*Excmo. Sr. Gobernador general de las Islas Filipinas, D. Ramón Blanco y Erenas marqués de Peña=Plata:*

*Al ofrecer á V. E. y dignarse aceptar la dedicatoria de estos* "Apuntes," *honró el libro, y dispensó á la* "Isla de Negros" *un favor que ella sabrá recompensar, poniendo vuestro título ganado en brillante acto de guerra, á la mas hermosa y mejor de todas las Misiones, recuerdo al ilustre y prudente gobernante, que supo otorgar protección á los que viven del arado y del trabajo, y á los que se afanan por la prosperidad de tan preciada isla.*

B. L. M. de V. E.,

R. Echaúz.

*Manila 16 Marzo 1894.*

GOBIERNO GENERAL
DE
FILIPINAS

*Secretaría.*

Sección 2.ª
Negociado de personal.

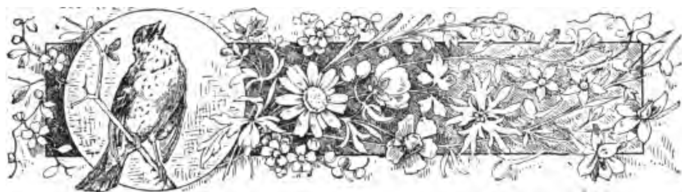
*Vista la instancia promovida por D. R. Echauz y Pintado, en solicitud de autorización para publicar un libro titulado* ***Apuntes de la isla de Negros*** *este Gobierno general viene en acceder á lo solicitado.=Manila 15 de Marzo de 1894.=Bolibar.*

---

*Nos D. Fr. Leandro Arrué, de los descalzos del G. P. S. Agustín, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Jaro, etc.*

*Por la presente y por lo que á Nos toca concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse el libro titulado* **Apuntes de la isla de Negros,** *escrito por D. R. Echaúz, mediante que de orden de Ntro. M. Iltre. Provi-*

sor y Gobernador en Sede plena, ha sido examinado y no contiene, según la censura, frase alguna, ni concepto, ó capítulo que sea digno de prohibición, antes por el contrario, juzgamos que su lectura es reputada como recomendable á los que deseen conocer los no interrumpidos adelantos y sucinta historia de la isla de Negros.==Palacio Episcopal de Jaro á 27 de Marzo de 1894.==Fr. Leandro Obispo.==Ante mi, Fr. Eleuterio Aranda Srio.==Obispado de Jaro.==Reg.º==Libro 1.º tít.º 1.º f. 371





# CAPÍTULO I.

La isla de Negros por su situación, mares que la circuyen, islas confinantes, vientos que la baten, terrenos que la forman, montes que la dominan, valles, cañadas, ríos, habitantes que la pueblan, productos, trabajos, artefactos, maquinarias, esfuerzos humanos é inteligencia, por derecho propio, sin lugar á ser discutida, merece colocarse entre las primeras de todas las islas que forman el Archipiélago filipino.

Enclavada en el grupo de las Bisayas, rodeánla tres importantes islas muy próximas á ella; envia á Panay, *Oeste*, después de rudas y trabajosas faenas sus más ricos productos; mantiene relaciones comerciales con Cebú, *Este*, y permanece alejada de Mindanao, *Sur*, que tanto la mortificara al venir sus habitantes hace algunos años á devastar y á saquear sus mejores pueblos llevándose cautivos bastantes moradores de estos lugares.

Separada de las tres islas indicadas por estrechos y mares que llegan hasta sus costas, acantiladas en Pulopandan y Bombonon, puerto resguardado de todos los vientos, de gran sondaje y de fácil entrada; largas y tendidas en Bacolod, Minuluan y Silay, mide en su mayor estensión de Norte á Sur 240 kilómetros, y de Este á Oeste de 40 á 50, formando su superficie unos 9.000 kilómetros; dista de Manila 300 millas, y de Iloilo, punto de enlace para el desarrollo de su agricultura y comercio 28 millas la costa occidental, y 70 á 80 la oriental.

Los vientos de la Silanga en la monzón del N. E., penetrando como los de Mindanao, Guimarás y Panay en la del S. O., por playas y manglares, atravesando bosques antes, ahora terrenos en explotación purificados por las brisas del mar, los desmontes y el trabajo individual, la colocan en condiciones de higiene y salubridad inmejorables. Los ríos en cuyas laderas nace expontáneamente la zarzaparrilla, los manantiales de aguas potables, y los montes creadores sin cultivo ninguno del ilang-ilang, y de la quina, de la brea y del tagulauay, cicatrizador sorprendente, ayudan á la vida humana compensando y aminorando las pérdidas y desgastes causados en los trabajos de todos los días, no conociéndose enfermedad alguna de carácter endémico.

El Marapara y el Malaespina los montes más altos de la isla, ya sus estribaciones albergue de miles de individuos laboriosos, envían aguas caudalosas útiles para la navegación y beneficiosas para el impulso de aparatos de la industria azucarera, proporcionan tierras feraces donde

crecen el abacá, el café y el cacao y entregan maderas excelentes de construcción en los extremos Norte y Sur de la isla.

Su terreno es llano y estenso en la región occidental; distando sus montes de la playa más de 30 kilómetros; en la oriental se hallan más próximos excepto Dumaguete, Bacon, Dauin y Sibulan que los separan unos 7 kilómetros de la primera estribación, más tanto la una región como la otra, tienen dentro de sus montes, magníficos valles, hermosas encañadas y de trecho en trecho estensas llanuras á propósito en su calidad de tierras laborables para toda clase de producciones.

Los montes de la isla de Negros como los llama el que habita en ella son, el Marapara, Malaespina, Macauili, Mababui, Calactcat del Tinongan, Manacop y Payao de la Isabela, Malibaslibas, Ayungon, Carolan, Tipasí, cordillera de Cabancalan á Bais, Tanjay, Nueva Valencia, Bacon Zamboanguita, Siaton, Tolón y Sipalay, otra cordillera que se estiende por encima de todos estos pueblos de la costa oriental.

Los ríos más principales que corren desde los montes afluyendo al mar se llaman, Danao, Gimogoan ó Marianas, Gitalon, Talaban, Sicaba, Chamberi, Manapla, Malijao, Carruguiat, Malogó, Malisbog, Madalag, Imbang, Nahalinan, Silay, Catabla, Matabang, Mandalagan, Lupit, Magsungay, Sumag, Calomangan, Bago, Valladolid, Tinabagan, Pontevedra, Ginigaran, Tanolo, Binalbagan, Aguisan, Talaban grande y pequeño de Jimamaylan, Suay, Tuyuman, Binicuil, Ilog y Tablas. Estos ríos pertenecen á la costa occidental, y dan entrada en mareas altas á toda

clase de embarcaciones de seis á siete piés de calado hasta la altura de los pueblos que se hallan situados muy próximos á sus respectivos cauces. El primero, el Danao tiene fondo para barcos de alto bordo. Esta serie de ríos principia al Norte de la región occidental y sigue hasta el extremo Sur de la misma.

En la costa oriental más que ríos parecen torrentes que se precipitan en el mar y no dan entrada á embarcaciones menores, salvando el de Tanjay que permite en las mareas vivas cargar á las lorchas y falúas enviadas de Iloilo.

El suelo y subsuelo del territorio de isla de Negros es de tres clases denominados en Bisaya, *Salamayon*, *Banica* y *Abó-abó*. El primero se compone de mantillo, arcilla y arena en proporción que resulta una gran capa de uno á tres metros de tierra vejetal, excelente para caña dulce, abacá, café, cacao, tabaco, añil, palay, mongos, maiz y toda clase de tubérculos. El subsuelo es calcáreo.

El segundo *Banica*, se halla formado de arcilla mantillo, de primera calidad para toda clase de siembras y plantas, caña-espina y maderas.

El subsuelo aparece gredoso en partes y pedregoso en otras.

El suelo de esta clase tiene de uno á tres metros de espesor de tierra vejetal.

El tercero *Abó-abó*, cuenta en su composición pequeña capa de mantillo y mucha arena que forma una capa de dos á tres piés de tierra vegetal, produce bien en año de aguas, pero en épocas de muchas secas prosperan poco las plantas por lo que penetra el sol, hasta sus raices.

El subsuelo es, cascajoso con mezcla de greda.

Es el terreno de menos estimación para el trabajador, si bien esta clase de tierra compone nada más que algunos pequeños rodales en determinadas zonas de la Isla.

Dialectos: El Panayano hiligaino se habla en la región occidental, y el cebuano en la oriental, ambos procedentes del Bisaya, diferenciándose en algunas palabras, y en que el segundo sincopa más frecuentemente que el primero, siendo su estructura en artículos, nombres, pronombres, verbos y conjugaciones iguales como provinientes de un mismo principio.

Aguas medicinales: Abundan mucho y hacen gran bien á las personas que concurren á los sitios donde aquellas brotan, sobresaliendo en primer lugar el Mambucal de Murcia, en las faldas del Canlaon que cuenta seis manantiales de diferentes aguas, de virtudes rápidas para el que las disfruta.

También existen en Minuluan, Granada, Jimamaylan, Isabela, Guadalupe, Guimbalaon y Dauin, aguas ferruginosas y sulfuroso-termales.

Pueblan la isla de Negros peninsulares dedicados á la agricultura, naturales agrupados en pueblos y haciendas que se ocupan en las faenas del campo, insulares en la mayor libertad sin sujeción alguna entretenidos en los desmontes, ó en no hacer nada, los infieles no bautizados ni sometidos, de aptitudes para el trabajo y los negritos ó aetas, flojos, perezosos, raquíticos, endebles y de ninguna estima para el trabajo.

Los dos primeros grupos de habitantes, los peninsulares y naturales, practican las costumbres

propias de una civilización perfecta y se encuentran dentro de la religión católica; los otros, los que fuera de toda jurisdicción y gobierno llevan una vida independiente, serán objeto de un ligero estudio que penetre en las causas y motivos de ciertas algaradas que en determinadas épocas de los años admiran á personas agenas á la isla, obligando á las autoridades militares á emprender campañas que dan por resultado la pacificación momentánea para luego volver á agitarse, teniendo casi la seguridad que este estado de inquietud cesará al establecerse las Misiones parroquias y las misiones vivas proyectadas, únicas capaces de llevar á cabo ayudadas de la fuerza de sus ideas y de la protección de las autoridades una obra redentora, término final de sujeción de miles y miles de individuos substraidos de la sociedad por causas propias de su temperamento y condiciones encarnadas íntimamente en sus gustos y aficiones.

Los peninsulares pertenecen á la raza blanca ó caucásica, los naturales á la malaya ó á la unión de esta con la mongólica, los infieles son originarios de los malayos, diferenciándose solamente en costumbres y prácticas, y los negritos á la raza de su nombre, separándoles por completo de los demás su manera de vivir, la falta del hábito al trabajo y él apegó al territorio que habitan, pues mientras los infieles construyen casas y en ellas viven, los negritos andan errantes sin lugar ni domicilio fijos en cierto radio del monte que consideran como suyo, practicando supersticiones y ejerciendo actos de dominio hasta impedir á los naturales cortar maderas sin su permiso en los límites de sus correrías.

Guiados los negritos de sus instintos marchan en sus escursiones en la dirección llevada por algunos animales del bosque que buscan las flores de los arbustos y las frutas de los árboles; duermen donde les sorprende la noche entre el rescoldo de la lumbre y las fogatas, preservador del frío y aluyentadoras de bichos molestos, cuelgan á sus muertos envueltos en petates ú hojas de la palma-brava, y los que víctimas de la viruela ó del cólera, enfermedades para ellos horrorosas, fallecen, los arrojan á los ríos.

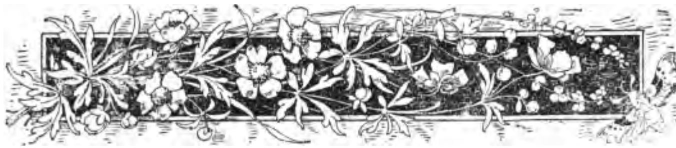
La isla de Negros apenas tiene historia que dé lugar á relatos ni á discusiones; tal es su deficencia en datos, monumentos, objetos y hallazgos, que en ella no puede meter la hoz, ni siquiera espigar el aficionado deseoso de hablar y poner de relieve civilizaciones antiguas y culturas morales é intelectuales anteriores al año 1521.

Sábese que en 1575 y en 1584 se fundaron los conventos de Binalbagan y de Ilog; que en una invasión los moros mindanaos, hacia el 1599 arrasaron y quemaron todos los pueblos que en la isla había; que el año 1622 Fr. Francisco de San Nicolás, natural de Cádiz hizo un viaje de Negros á Manila: que hubo milagros sorprendentes que dieron gran fama y prestigio entre los habitantes de la isla de Negros á los PP. Recoletos; que el mismo año 1622 el P. Fulgencio fundó el convento de Binalbagan administrando 1500 familias; que en 1628 encargó el Sr. Arce á dichos Padres el partido de Bago y demás pueblos de la costa; que el 1638 se nombró Prior de Binalbagan en los capítulos provinciales

haciendo después una permuta con los PP. Jesuitas que llegaron á tener los pueblos de Ilog, Cabancalan, Jimamaylan, Cauayan y las misiones de Inayauan y Sipalay, viniendo después á poder de los PP. seculares, hasta que en 1848 el Excmo. é Iltmo Sr. Obispo de Cebú, D. Fr. Romualdo Gimeno, expuso al Gobierno Superior de Manila, la necesidad de entregar la Administración de la isla de Negros á los PP. Recoletos en vista de la escasez de sacerdotes seculares, tomando posesión aquellos religiosos y en su nombre el Muy R. P. Provincial Fr. Joaquín Soriano, el año 1849.

En la «Breve reseña de la Diócesis de Cebú» publicada por el presbítero D. Felipe Redondo y en la «Historia general de Filipinas» del Padre Fr. Juan de la Concepción, Recoleto Agustino Descalzo, impresa en el pueblo de Sampaloc el año 1792, se detallan fechas de irrupciones de moros, de administración de pueblos, y de proposiciones de oficiales y cabezas de tres partidos de la isla de Negros hechas al Corregidor, informadas por los PP. Matias Guerrero y Fr. Gaspar Arzate y presentaciones del Padre D. José de Setien para la reunión de las rancherías, pero esto, ni llena ni cumple el objeto de estos «Apuntes», que no es otro, que presentar la isla de Negros con perfecta veracidad y exacto conocimiento, tanto que el que la haya visitado puede desde luego decir, «estos datos y observaciones resultan ciertos; el sucedido está relatado como pasó, las costumbres, escenas descriptas y trabajos presentados, parecen sacados del natural», y el que no haya pisado su suelo forme de ella una idea lo más esacta y justa.





## CAPÍTULO II.

Según reseñas, folletos é impresos dados á la luz pública, no contradichos ni puestos en tela de juicio, en el año 1849 «la isla de Negros no tenía agricultura, principal elemento de riqueza de la localidad; el territorio yacía sumido en la más escandalosa miseria, y se dice escandalosa porque esa miseria era hija de la holgazanería.»

Sin pueblos ni caminos; sin edificios ni agricultura y sin gente apenas, entre ambas costas, hoy dos provincias, existían en el citado año los siguientes pueblos.

| | Pueblos. | Parroquias. | Curas. |
|---|---|---|---|
| Costa oriental. | Dumaguete... | Dumaguete .. | D. José Gorriz, cura peninsular. |
| | Sibulan........ | Sibulan ....... | D. Alejandro, cura insular. |
| | Dauin.......... | Dauin ......... | D. Félix Alegría, id. |
| | Tanjay ........ | Tanjay ........ | D. Juan Qumbo, id. |
| | Guiljungan ... | Misión......... | D. Alejandro, id. |

| | | | |
|---|---|---|---|
| Costa occidental. | Ilog ........... | Ilog ........... | D. Mariano Guiquin cura insular. |
| | Jimamaylan.. | Jimamaylan... | D. José M.ª Pavon idem. |
| | Bago.......... | Bago.......... | D Balbino Gonzaga, idem. |
| | Bacolod....... | Bacolod ...... | D. Roman Locsin, idem. |
| | Silay .......... | Silay ......... | D. Eusebio Locsin, idem. |
| | Ginigaran .... | Ginigaran...... | D. Isidro Piccio, id. |

Al tomar posesión en 1849, los PP. Recoletos administraron desde luego las Parroquias de

| | | | |
|---|---|---|---|
| Costa oriental. | Bacong ....... | Dumaguete... | Fr. Bernardino Soriano, ex-provincial. |
| | Siaton ......... | Dauin ......... | Fr. Tomás Mezguita. |
| | Amblan ...... | Tanjay......... | Fr. Ramón Cabas. |
| Costa occidental. | Cabancalan.. | Ilog ... ........ | Fr. Andrés Coho |
| | Jimamaylan,. | Jimamaylan .. | Fr. Agustin Olmedilla. |

En los años anteriores á esta época estuvieron al frente del curato de Dumaguete é isla de Siquijor un cura peninsular que se llamaba el P. Setien, y del de Tanjay, otro sacerdote peninsular llamado Bracamonte, ambos según tradición, personas de historia en España.

La isla de Negros debia contar en sus padrones el año 1849, unas 30.000 almas, según resúmenes sacados á la vista de papeles adquiridos á fuerza de paciencia por no existir un documento digno de fé y de crédito, hecho después en años posteriores en medio de un trabajo pesado y minucioso que supone privaciones y desvelos sin cuento.

Toda la preponderancia y riqueza de la isla se reducia á uno ó dos caciques en cada pue-

blo que tenían menor ó mayor número de carabaos, algunas cuentas de oro colgadas al cuello, contados cavanes de palay, escasamente los necesarios para la manutención de su familia, y la casa en que vivían más ó menos arreglada con dindines ó tabiques exteriores de tejido de caña.

Los edificios públicos, si tal nombre podía dárseles por su aspecto á los tribunales y escuelas, eran de nipa y amarraduras de caña, exceptuando los de Dumaguete y Bacolod que tenían para su defensa tabiques pampangos.

Las iglesias y casas parroquiales estaban fábricadas de los mismos materiales ligeros de nipa y caña, separando de éstas las de Dumaguete en cuyas paredes esteriores se había empleado la mampostería y en su cubierta la nipa.

En los demás curatos de la isla, las iglesias y los edificios públicos y particulares se hallaban en el estado más atrasado que puede imaginarse. Los pueblos entre si se comunicaban por senderos de peatones, utilizados antes por los venados; en la costa occidental la via más natural expedita y fácil era la de la playa, andando y caminando entre las vueltas y revueltas de las salientes puntas de Tomonton, Cabugao, Minuluan, Bago, Ilog, aprovechando las mareas bajas y salvando los ríos cuando esas se hallaban en su menor fuerza, ó usando de un baroto pequeño proporcionado por algún pescador, si éste se encontraba en las inmediaciones, ó aguardando horas y aun días, interín la suerte le proporcionaba alguna pequeña embarcación que salvase la distancia que mediaba entre una y otra orilla.

Si lastimoso era el estado de la provincia en lo que respeta á pueblos, edificios, caminos y

agricultura, no resultaba más adelantado en la parte moral y religiosa, en supersticiones, maganitos, aspereza de costumbres, vicios, crímenes y holganza.

La idea del *balos* ó de la venganza adquiría tales proporciones en los naturales, si recibian algún agravio ó injuria, que no imperaba otra ley, que la del *siantong* y la de la lanza, pareciendo la isla de Negros una población en estado permanente de guerra, pues sus habitantes para todos los actos de la vida desde que salían de su casa llevaban armas blancas dejándolas al entrar en la iglesia reclinadas sobre las paredes de ésta durante los oficios, concluyendo este alarde de fuerza en algunas ocasiones con la muerte de alguna familia sacrificada al *balos* de otra más valerosa ó de inclinaciones más predispuestas á las comisiones de delitos de sangre, hoy por fortuna desaparecidos de la isla, solo cometidos y vistos raras veces en los momentos que el viento nordeste, *calienta las cabezas de los naturales*, ejerciendo sobre ellos despótico é irresistible influjo que se presta al estudio de los crimininalistas conocedores del *amok*, y de otros predisponentes de raza, «característicos de la ausencia completa de motivo que condiciona el crimen.»

Reseña histórica.—Al hacerse cargo los PP. Recoletos de la isla de Negros era Gobernador interino de ella, el Gobernadorcillo de Jimamaylan, —entonces la capital de la provincia se hallaba en este pueblo,—D. Juan Doroteo, insular del gremio de naturales, persona de valia y respetada, habiéndose hecho la sustitución por haber

fallecido repentinamente D. José Saenz de Vizmanos, Gobernador propietario.

En 1849 tomó posesión del gobierno de la isla una autoridad estimadísima, el Sr. D. Manuel Valdivieso Morquecho, que prévio permiso verbal del Excmo. Sr. Gobernador general, Sr. Clavería, trasladó la cabecera á Bacolod, iniciándose al poco tiempo de su mando, una serie de reformas, actividades, energías y adelantos que llegaron á preparar, y á disponer lo que hoy es la exuberante isla de Negros.

Era el Sr. Morquecho, un carácter, un hombre de cuerpo entero, capaz de acometer empresas de altos vueltos, á pesar de tener setenta años de edad ya cumplidos, y una autoridad celosa, inteligente y activa.

Este Sr., apoyó á los primeros Recoletos fundadores de los pueblos de la isla de Negros, secundándoles incondicionalmente en todo. Durante su mando se deslindaron pueblos, barrios y visitas, todas las que hoy existen, y principió los espedientes de creación de los pueblos y parroquias, y en su tiempo se redujo á poblado gran parte de las casas diseminadas por el bosque y campos, y puso á todos los pueblos nuevos, barrios y fundaciones nombres peninsulares, como Toboso, Salamanca, Lemery, Escalante, Argüelles, Magallanes, Marianas, Cadiz Nuevo, Cadiz Viejo, Toreno, Murcia, Granada, Numancia, Jovellanos, Valladolid, Madrigal, hoy San Enrique, Simancas, hoy La Carlota, Pontevedra, Miranda, Isabela, Campomanes, Tolon, Zamboanguita, Valencia, iniciativa del Sr. Morquecho, trabajo inmenso y fatigoso de los PP. Recoletos.

Durante el mando de esta autoridad, en una

expedición que hizo por el Tipasi, á la costa oriental, el P. Fernando Cuenca empezó á construir, y ultimó, el trayecto de calzada que existe entre Bacolod y Minuluan, inutilizando el sendero ó camino de herradura que servía de paso por Mandalagan y Banago, lugares antes de escaso é insignificante valer, hoy haciendas de verdadera importancia.

Partidario decidido de la agricultura, oyó consejos de los PP. Recoletos, conocedores de terrenos y de cultivos, y por sus órdenes se iniciaron los plantios de abacá, café, tabaco y caña-dulce.

Sucedió á esta autoridad tan digna de recuerdos, D. Emilio Saravia, primer Gobernador Político-Militar de la isla de Negros.

Este Sr., más militar que político, de carácter violento y temperamento nervioso, de grandes condiciones para mandar y poner en movimiento á sus administrados, hizo entrar en acción á peninsulares y á insulares, y sacudiendo la pereza del trabajador, le obligó á las faenas del campo; formó calles en los pueblos, construyó edificios públicos adecuados á su época, hizo las calzadas trazadas antes, y puso á los pueblos en comunicaciones bastante aceptables.

Emprendió también con brio la reducción de infieles, remontados y gentes de mal vivir de la isla, fracasando tan gran obra por causas agenas á su voluntad.

Con toda la energía de su genio Militar, defendió á los pueblos contra las invasiones de los moros. Su última salida á la mar en 1857, la hizo desde Minuluan, en una pequeña embarcación con ocho soldados del Tercio de Policía, pasando entre siete pancos ó embarcaciones de moros; les causó algunas bajas, y así con su

valor y arrojo, los ahuyentó de la costa para no volver á parecer más, contribuyendo á esta apetecida tranquilidad, la marina de guerra con Jefes como los Sres. Malcampo, Machado, Uaredes, Barona y otros.

Todas las nuevas fundaciones con nombres de Santos pertenecen al mando del Sr. Saravia, San Isidro, S. Carlos, S. Joaquín, también Clavería, Calatrava y otros.

En su tiempo comenzó el aumento de población de la Isla, con la inmigración de las provincias de Panay, Antique, Cápiz y Cebú, inmigración conveniente y hábilmente preparada. Así mismo se procuró atraer á los pueblos gran número de cristianos remontados que por sus fechorías se albergaban entre los montes del Canlaon, en las regiones oriental y occidental.

Entonces, en 1856, de acuerdo el Ilustrísimo Sr. Obispo de la Diócesis de Cebú, D. Fr. Romualdo Jimeno con el Sr. Saravia, autorizaron al M. R. P. Fr. Fernando Cuenca, que administraba como ahora el pueblo de Minuluan, el pueblo en la actualidad de los tranvías, del arado de vapor y de las máquinas potentes, en aquellos años de unas cuantas casas, y al principiar de los cultivos del café, abacá y azúcar, para hacer una expedición á los montes, y penetrando en ellos, comenzó desde los de Minuluan, en lo que hoy es visita de San Fernando, hacia el Sur de la isla, logrando un empadronamiento en este corto trayecto de 6.000 familias de monteses, que arrojaban un contingente de 20.000 almas; conversó con ellos, les nombró Tenientes, que aceptaron y convinieron en agruparse y vivir en los sitios que les designaría. La obra empezada no

paró aquí, mientras el Gobernador Saravia, atravesaba el monte Tipasí en 24 horas, travesía prodigio de rapidez que acusaba un genio atrevido y emprendedor, el P. Cuenca, caminaba á los barrios que hoy son pueblos de Saravia, Victorias, Manapla, Sicaba, Cádiz, Marianas, Argüelles, Escalante, Calatrava, y á pesar de mil obstáculos, de disgustos y contrariedades, daba posesión á los Tenientes, empadronando habitantes y animándolos á vivir de una manera regular, unidos y preparados para el trabajo y la defensa del enemigo común, que era el moro de Mindanao.

Las excursiones provechosísimas que en estos tiempos hizo el P. Cuenca, ayudado en algunas de ellas por sus hermanos de hábito, entre todas la más famosa la del Carolan, resultaron de gran interés para la religión Católica y el Gobierno de la nación española. El P. Fernando y los suyos cumplían con su deber, iban de barrio en barrio, de sitio en sitio, catequizando, instruyendo y reduciendo, y el Gobernador Saravia, ayudaba, protegía y sancionaba con su presencia y valimiento, lo ofrecido y prometido.

Sin remuneración alguna, sin más compensación que su amor á una pátria que le viera nacer y á una obligación sagrada, encima del pueblo que hoy administra, en Sondol, puso por Teniente, á Calalas, hijo de Cauntao, reyezuelo de las estribaciones del Canlaon, bautizado á los 60 años, siendo padrino de esta ceremonia el Presbítero Secular D. Eusebio Locsin, consiguiendo que se casara y viviera con una de sus mugeres, y logró traer á toda su gente á Puncian, punto situado á la espalda del monte Mam-

babuy, encima del pueblo de Murcia al Norte del río Caliban y del Bago.

En Mampunay, encima de la Carlota, segunda estribación del Canlaon, designó por Teniente á Casitoy, viendo aquí curar á una hija de éste de calenturas palúdicas del modo más sencillo y fácil.

El mediquillo después de las exhortaciones del caso y preparativos propios de su profesión ababaylanada, colocó á la enferma una de sus manos en su pecho, mientras él chupaba el anverso de la otra, y así con el esfuerzo de absorción, decía que extraía el mal que la enferma tenía dentro de su cuerpo sin temor á virus, contagios ni á inoculaciones.

En Bungajin, la Castellana hoy, nombró Teniente á Causa; en Baylan á Camaitis, en Tinongan y Calatcat á Sarincoy y Amaray y bautizó á este y á toda su gente en número de más de 60 personas adultas, después de instruidos por el Párroco de Jimamaylan, Fr. Agustín Olmedillas.

En el Carolán nombró Teniente á Manyabog, reyezuelo de toda la cordillera, cuyo conocimiento con los PP. Cuenca y José Martinez, desgraciadamente este privado hoy de la vista en el Convento de Monteagudo en España, merece la pena de ser relatado.

Afanosos se encontraban los dos Padres citados de conocer y tratar á Manyabog, natural, de regulares facciones, tipo fornido y hombre tenido en el concepto de valiente y bravo, no solo entre los suyos, sino en los alrededores que él acostumbraba á frecuentar. Después de hechos los nombramientos arriba apuntados, los dos Padres montaron á caballo una tarde desde

Cabancalan, llegaron al principio del Carolán, á donde habían anunciado su visita, encontrando á la gente de Manyabog temerosa de un acontecimiento, y como este cacique ó reyezuelo no creyese en las palabras de los Padres, para confirmar su presencia y acreditar sus buenas intenciones, dejaron en prenda los hábitos á los infieles con la condición de recogerlos al día siguiente, que sin falta se presentarían en el mismo sitio. Así sucedió; apenas habían comido los Padres en Cabancalan, emprendieron su marcha y llegando al Carolan, guiados por dos prácticos, penetraron en un valle delicioso, en el que sorprendente cascada de unas treinta varas de caida y más de veinte de ancha, entre piedras, arbustos, árboles y enredaderas, forma un sitio delicioso.

Allí unos 100 infieles armados de lanzas, crises, rodelas y dagas ó *balaraos* y sables de palmabrava, y Manyabog en medio de ellos, presentáronse y rodearon á los Padres, formando un círculo con las lanzas clavadas en tierra. Manyabog colocándose en el centro, saludó á los Padres con un «Gracias á Dios, seais bien venidos, amigos y parientes» cogió la mano del Padre Cuenca, en señal de fraternidad y la chupó hasta sacarle sangre por absorción, instándole para hacer lo mismo á lo que el Padre se negó, no por escrúpulo, sino por la poca fuerza y falta de costumbre en la succión de sus labios.

Los nombres de otros Gobernadores que han sucedido en el mando de la provincia, se pronuncian con verdadero respeto y cariño, y ellos en su círculo de acción, y los PP. Recoletos con peninsulares é insulares en sus respectivas esferas, han contribuido al impulso y fomento de planta-

ciones y siembras según las condiciones de localidad, formando la isla de Negros, mina inagotable por trabajar, mañana emporio de riqueza y bienestar.





## CAPÍTULO III.

# Agricultura.

En estado verdaderamente primitivo y rudimentario se encontraba tan importante ramo de riqueza en el año 1849. Entonces la industria y la agricultura azucareras no se conocían apenas, ignorándose lo que eran el abacá y el café.

En Minuluan, Silay, Bacolod y Bago, se conocía el trapiche vertical de madera de molave que pasaba tres veces la caña, dos por los cilindros, y una por el *suallo;* los hornos sin chimeneas semejantes á los de pan cocer, daban calor á una ó dos cauas de China beneficiadoras del *azúcar binagol*, ó sea la panocha, viniendo después al corriente embasado en el *lip-lib*, que era la hoja entera del burí embastada con bejuco, y el arado chino ayudaba á recoger estos productos, haciendo esa labor somera *que apenas rascaba la tierra*, produciendo en conjunto, Montilla en ago, unos 1.000 picos, Luzuriaga en Bacolod, 700,

Gaston en Silay, 900, y la llamada tia Sipa en Minuluan, unos 400, que sumaban 3.000 picos.

Ya en 1854, introduciendo mejoras en Bacolod, en lo que hoy es hacienda Lupit, el abuelo de su propietario en la actualidad, D. José Ruiz de Luzuriaga, perfeccionó los hornos inventando el llamado económico, que más tarde puso en su hacienda Constancia, conocida por Ubay, uno de los agricultores más antiguos de Negros, don Agustín Montilla, Q. E. P. D.

Así iba caminando la agricultura, con los esfuerzos de unas cuantas personas muy contadas: el natural en la época aludida, se dedicaba con preferencia al comercio de telas y tejidos, llegando á registrarse en la Aduana de Iloilo, del pueblo de Molo, 133.000 piezas de piña, producto de su industria, hasta que un Gobernador enérgico, batallador, activo y decidido, ayudado de los PP. Recoletos y secundado por algunos peninsulares é insulares favorecidos por la habilitación del puerto de Iloilo, y por la presencia en este punto del Vice-Consul Británico D. Nicolás Loney, todos unidos y agrupados sin plan preparado ni convenio pactado, trabajando cada uno en su círculo de acción, esforzados los unos, animosos como cuadraba á los genios del Gobernador de la Provincia y de su inspirador Fr. Fernando Cuenca, vacilantes y dudosos como convenía al temor y al recelo de un compromiso que podría traer la ruina de sus familias, resuelto y con gran perspicacia comercial como el Sr. Loney, empezaron á preparar esa prosperidad, ese resultado asombroso, que jamás llegara á creerse, sino contase la incontrastable demostración de los números.

Gobernaba en propiedad la isla D. Pedro Beaumont, amante del progreso y de la prosperidad de la provincia, y á ella empezaban á acudir gentes emprendedoras que habían apreciado los esfuerzos de Loney, Coscolluela, Gaston, Luzuriaga, Montilla, Perez, Sotomayor y otros más; ya los molinos de hierro se habían colocado en las haciendas Buenretiro, Constancia, Binalbagan y Lupit, y ya merced al cuidado y esmero de los agricultores de Jaro, Ledesma, Jalandoni y Argüelles y al de Gaston en Guinalaran, la elaboración del azúcar mejoraba, creando los tipos 1, 2 y 3, correspondientes al 14 de la escala holandesa, en cauas europeas, y ya se hacían encargos de máquinas de vapor y de arados á Europa.

En nota estractada del consulado Británico, y en escritos auténticos, y de oidas, pues en los centros oficiales de Negros, el anay ha dado al traste con todos los archivos, se demuestra, lo que valen inteligencias bien dirigidas caminando á un mismo fin. Loney, haciendo préstamos en métalico al ocho por ciento, entregando molinos y cauas á largo plazo, sin interés ninguno, practicando escursiones á Negros, donde afirmó amistades con PP. Recoletos, entusiastas, celosos y amantes de su provincia y de una intuición sorprendente; el aumento del personal peninsular, de dos individuos á catorce, la inmigración de los insulares de Iloilo, con familias de Molo, Jaro y Miagao, antes entretenidas en el comercio de telas, donde obtenían grandes ganancias mermadas en la competencia con los chinos; la baratura de los terrenos de isla de Negros, á ocho pesos y diez y seis pesos cada cavan, la constancia de la Marina de guerra ahuyentando los moros de estos contornos, los buenos precios

del azúcar, y la acojida dispensada á insulares y á los peninsulares por los PP. Recoletos, sus consejos y dirección, contribuyeron á formar el desarrollo é incremento de Negros.

De 1859 á 1865; años que pueden señalarse como el primer paso de gigante de la citada provincia, en la cuestión agrícola, albergaba esa en su superficie 111.263 almas dirigidas por 27 PP. Recoletos, y 4 Sacerdotes seculares; se habían creado 12 pueblos más; los 3.000 picos de azúcar se habían convertido en 40.000; y de dos pesos á dos y medio pico, habíase elevado el precio á tres pesos, y tres y medio, que con más el premio de la plata, 25 p.°/₀, *(hoy daño 33 p.°/₀)* equivalía á cuatro pesos y dos reales fuertes y á cuatro pesos con tres, pico en Iloilo, costando el flete de este puerto á Manila $ 0'50.

El primer barco que cargó azúcar en Iloilo para el extranjero, fué el bergantin inglés «*Pet*» que llegó procedente de Manila, el 2 de Marzo de 1859, y salió para Australia, el 14 del mismo mes y año, y á contar de esta fecha, empezaron los envíos á China, Gran Bretaña y Australia, según la estadística siguiente:

| | | TONELADAS | NACIÓN |
|---|---|---|---|
| El indicado año | 1859 | 584.... | Australia. |
| | 1860 | 2511.... | id. |
| | 1861 | 2766.... | id. |
| | 1862 | 6404.... | id. |
| | 1863 | 588.... | Gran Bretaña. |
| | 1863 | 3419.... | Australia. |
| | 1863 | 6670.... | China |

y algunas toneladas más que se exportaban á Manila.

En los años 1860 al 1861 se inicia la formación de haciendas importantes; se oye por vez primera en la isla de Negros el silbato del vapor, que es recibido con alegría en medio de fiestas y espansiones por los peninsulares y algunos insulares, viéndose en aquellos momentos solemnes alrededor del agricultor animoso en la hacienda San Ildefonso de Minuluan, á las autoridades presidiendo la fiesta del trabajo, á los PP. Recoletos bendiciendo la maquinaria, proyectando canales de riego, y á todos unidos y confundidos para ir luego á la Constancia, á Silay, á Vista-alegre, y á la Helvecia en Bacolod, pueblos y lugares primeros que tuvieron en su jurisdicción los molinos movidos á vapor. No pararon en estas mejoras y adelantos, decididos á dar impulso, llegaron á poder de Mascuñana, peninsular trabajador é inteligente, los primeros arados europeos, y se emprendió la tarea del azúcar centrifugado en San Ildefonso, Minuluan y en la Constancia de Bago.

Los insulares de Jaro y Molo, van á Negros; Simeón Ledesma y Lucio Lacson, se dirigen á Minuluan, dan trazado á sus propiedades, forma el primero con Cornelio Hilado, su portentosa hacienda Bagacay, el segundo, su grande y hermoso Matabang, y se abren las de Binonĝa y otras muchas.

Coscolluela, Escamilla, Pérez, Sotomayor y otros peninsulares, se distribuyen por Minuluan, Candaguit, Ginigaran y Jimamaylan, sujeridos por los PP. Recoletos como los demás; roturan, se lanzan á rudas faenas auxiliados por los braceros insulares, y señalan esa línea de continuidad hoy objeto de contemplación de propios y estraños.

Valladolid, bosque inmenso, solo habitado por

unos negritos procedentes de Inampulugan, que tenían sus covachos en lo que hoy es casa de la heredera de D. Hugo Kok, conviértese en pueblo; Saravia, en cuya jurisdicción hoy existen 30 máquinas de vapor y 84 molinos de sangre, ayer un manglar, el antiguo Toc-gauan, situado entre el Madalag pequeño y grande, fuertemente castigado por los moros, hácese pueblo el 1860; Escalante y otros más, sufren la misma suerte, todo avanza, se acotan terrenos, y se compran, y como por ensalmo, establécense haciendas y barrios y se prepara la isla para esa serie de adelantos, y progreso que hoy empieza á causar admiración, así que la publicidad se ha encargado de desenvolver las sombras proyectadas en momentos que la provincia de Negros, debió ser comprendida y ensalzada.

Continúa en el año 1865 hasta hoy el impulso que la agricultura á contar del 1850 recibiera, salvando ligeras crísis que tuvieron origen en el cólera, bajos precios del azúcar, falta de brazos, retirada de créditos abiertos pródigamente por los dos Bancos ingleses establecidos en Iloilo, y en otros motivos con que ha tenido que luchar á brazo partido el hacendado esta blecido en Negros.

En este corto tiempo opéranse verdaderos prodigios que causan una revolución en los trabajos: los molinos movidos por agua, se colocan en Minuluan, Bago, Bacolod, La Carlota y Granada, los tranvías corren por Ilog, Pontevedra, Minuluan, Saravia, La Carlota, Silay y Bais; el arado de vapor, funciona en Minuluan, Pontevedra, Bago y Binalbagan; los de europa y americanos, trabajan en todas las haciendas; se abren canales

se perfecciona el modo de arreglar las tierras, empiezan los abonos, los camarines y las casas se cubren de hierro galvanizado, prevención contra los incendios que en horas consumian los ahorros de algunos años, y por el empeño de ir más adelante se abandona la playa, se crean rápidamente en meses, la Isabela, Zaragoza, Guimbalaon, y se marcha á robarle al Canlaon y al Marapara su abrupta vejetación y poderosa valla, ya rotas y deshechas por el hacha del jornalero, y el arado del esforzado labrador.

No paran aquí los adelantos materiales y religiosos, el peninsular y el insular unidos correspondiendo al desinterés y patriotismo del P. Recoleto, le ayudan en sus trabajos; pueblos insignificantes, pueblos de poco numerosa tributación, hacen gala y ostentación de iglesias fabricadas y construidas de materiales fuertes, y en días solemnes adornan el culto, le realzan y le llenan de esplendor con imágenes y objetos traidos expresamente de Europa.

Un día, una cuestación promovida, produce cientos de pesos; otro, en bautizo solemne regalan el hierro para el tejado de la parroquia; más tarde ofrecen y cumplen expléndidamente la renovación de un campanario, cinco arañas de cristal y bronce iluminan profusamente un ábside; la nipa desaparece reemplazándola la piedra y el hierro; vénse iglesias de crucero; localidades de corto número de habitantes secundan la voz del Padre; al atravesar el canal que separa á Iloilo de Negros, se destacan desde la toldilla del buque, hace algunos años, los templos de Bacolod, Minuluan, Silay, Valladolid, Ginigaran y Pontevedra; penetrando en la isla, admirase en una torre,

soberbio relój, iglesias en edificación, obras que han de dar renombre á sus autores, ámplio convento bien hecho en sus detalles y conjunto, trabajos en Cementerios, y en todo, esa compensación hija del agradecimiento al que pudo tener mucho y nada posee, interés bien pobre al capital inmenso regalado; retribución escasa á tanto servicio jamás recompensado, nunca pagado.





## CAPÍTULO IV.

Es innegable que de año en año la edificación general se aumenta ganando en condiciones de solidez, higiene y belleza.

Los pueblos nuevos como los antiguos, administrados todos ya por los PP. Recoletos, tienen templos de mampostería, unos en construcción habilitados al culto y otros terminados en toda la magnitud del edificio; casas parroquiales de madera la parte superior y de mampostería ó tabique la parte baja; escuelas y Tribunales arreglados y espaciosos en la mayor parte de los pueblos con piso de tabla, elevados del suelo un metro poco más ó menos, cubiertos unos con hierro y otros con nipa; torres bien dotadas de campanas, unas de mampostería y otras de madera, todas con techumbres de hierro; edificios particulares de importancia, como casas de materiales fuertes y camarines en todos los pueblos, notándose un cuidado y gusto especial

en la cimentación, mano de obra y detalles, observándose al pasar por algunas haciendas, casas agrupadas tan bien arregladas y dispuestas, que un Jefe de la Guardia civil, intentó por el aspecto que ofrecía una de aquellas al creerla pueblo, establecer un puesto del benemérito instituto, contando con Cementerios situados convenientemente, hechos y arreglados de una manera práctica, ostentando algunos capillas, verjas de hierro, muros de mampostería, nichos bien fabricados, dispuestos á guardar con el respeto merecido los cuerpos de los que han dejado esta vida.

Todos estos edificios han venido á sustituir á la pobre iglesia y humilde casucha de los antiguos pueblos, hoy, con un trazado y alineación de calles y plazas perfectamente pensados, y nutridos de casas colocadas á distancias proporcionadas, indispensables para la salubridad pública, viviendo la mayor parte del vecindario, á los lados de los caminos ó calzadas que se dirijen á la playa ó al interior de la isla.

Las necesidades agrícolas de distancia entre las haciendas y los pueblos, han obligado á formarse por si propios unos barrios ó agrupaciones de casas, algunos muy importantes que cuentan representantes de la autoridad, llevados á lugares tan distantes para servir de cumplidores de las órdenes de su Capitán municipal, y en cuyo sitio el Padre á que pertenece el barrio, tiene modestísima casa y humilde Capilla, que puede convertirse en contados meses, si la acción oficial termina el expediente informado, en pueblo, con edificios particulares de bonito aspecto, iglesia bien arreglada y calles rectas trazadas á cordel como ha sucedido con la Isabela, y Guimbalaon,

y se verá en Zaragoza, S. Fernando, Cabancalan y muchos más.

Los pueblos y barrios, los antiguos y modernos, poseen como de su privativo derecho servidumbres establecidas por el Gobierno, por la representación genuina de cada localidad y por la costumbre impuesta y sancionada á causa de la necesidad del tránsito; servidumbres que deben ser respetadas, y rectificadas para que jamás se dé lugar á la imposición de uno ó dos individuos contra la mayoría de los habitantes de un pueblo, amparados por una perfecta legalidad.

Esta obra llevada á cabo por una autoridad activa y celosa, le llenaría de honra y ayudaría á evitar cuestiones que dentro de algunos años, revestirán un carácter temible, así que la propiedad vaya adquiriendo mayores precios, mucho más, el día que la vida agrícola de la isla, se dirija al monte quedando relegados los pueblos de la playa á centros mercantiles é industriales, acaparadores de los productos, útiles y enseres indispensables para la marcha ordenada de los que se agitan y trabajan en los campos.

---

# DATOS Y DETALLES

## QUE PRUEBAN LAS AFIRMACIONES DE LOS CAPÍTULOS ANTERIORES.

## Año 1850.

| | |
|---|---|
| Habitantes de la isla . . . | 30.000 |
| Pueblos . . . . . . . . | 71 |
| Curas insulares. . . . . | 11 |
| Padres Recoletos . . . . | 6 |
| Azúcar en picos . . . . | 3.000 |
| Molinos de madera . . . | 7 |
| Palay (arroz) en cavanes. . | 10.000 |
| Maiz en id.. . . . . . . | 2.000 |
| Tabacos en fardos. . . . | 1.000 |

# Año 1880.

| | |
|---|---|
| Habitantes de la isla . . . | 200.000 |
| Pueblos . . . . . . . . | 30 |
| Curas insulares. . . . . | 2 |
| Padres Recoletos . . . . | 30 |
| Azúcar en picos . . . . | 618.120 |
| Molinos de madera. . . . | » |
| Máquinas de vapor . . . | 59 |
| Hidràulicas. . . . . . . . | 17 |
| Molinos de hierro movidos por fuerza animal . . . | 495 |
| Palay (arroz) en cavanes. . | 659.330 |
| Maiz en idem. . . . . . | 153.840 |
| Tabaco en fardos . . . . | 4.827 |
| Abacá en picos. . . . . | 12.322 |
| Café en cavanes. . . . . | 4.298 |

# Año 1893.

| | |
|---|---|
| Habitantes de la isla. . . | 320.606 |
| Pueblos . . . . . . . . | 42 |
| Curas insulares. . . . . | » |
| Padres Recoletos . . . . . | 47 |
| Azúcar en picos . . . . . | 1.800.000 |
| Máquinas de vapor. . . . | 274 |
| Hidraúlicas . . . . . . . | 47 |
| Molinos de hierro movidos por fuerza animal . . . | 500 |
| Arados de vapor . . . . . | 3 |
| Tranvías . . . . . . . . | 23 |
| Palay (arroz) en cavanes . . | 430.000 |
| Maiz en idem . . . . . . | 200.000 |
| Tabaco en fardos . . . . | 6.317 |
| Abacá en picos. . . . . | 16.740 |
| Café en cavanes . . . . | 1.115 |

## PUEBLOS NUEVOS CON IGLESIAS

DE MAMPOSTERIA Ó MATERIALES FUERTES Y TECHADOS DE HIERRO GALVANIZADO.

---

| | |
|---|---|
| Bacolod. . . | Fr. Mauricio Ferrero. |
| Silay. . . . | Fr. Patricio Adell habilitada al culto y en construcción. |
| Bago. . . . | En proyecto y acopio de materiales. |
| Valladolid . . | Terminada y construida por Fray Cárlos Ubeda. |
| S. Enrique . . | Terminada la obra por Fr. Inocencio Sola. |
| Pontevedra. . | Principiada y terminada la obra por Fr. Andrés Ferrero. |
| Ginigaran . . | Principiada y terminada la otra por Fr. Francisco Ayarra. |
| La Carlota. . | En construcción y adelantada la obra por Fr. Andrés Torres. |
| Isabela . . . | En construcción por Fr. Mariano Lasa. |
| Jimamaylan. . | Tabique pampango por Fr. Pedro Sanz. |
| Cabancalan. . | Tabique pampango por Fr. Joaquin Navarro. |
| Ilog . . . . | Tabique pampango por D. Mariano Guiquin y Fr. Cándido Diez. |
| Cauayan . . | Tabique pampango por. Fr. Nicanor Arciniega y Fr. Francisco Rada. |

| | |
|---|---|
| Saravia . . . | Materiales fuertes por Fr. Hilarion Narro y Fr. Francisco Rada. |
| Cádiz Nuevo . | En construcción por Fr. Angel Belaza y Fr. Blas Martinez. |
| Magallanes. . | Materiales ligeros por Fr. Victoriano Tarazona. |
| Escalante . . | Por Fr. Ciriaco Echevarria. |
| Calatrava . . | Por Fr. Angel Maestro, |
| S. Cárlos . . | Por Fr. Pedro Chivite. |
| Guijulngan . . | Por Fr. Angel Martinez. |
| Tayasan. . . | Por Fr. Bernardino Remirez |
| Manjuyod . . | Por Fr. Juan Zúñiga |
| Bais . . . . | Por Fr. Guillermo García. |
| Amblan . . . | Por el P. Fr. Matías Villamayor y sucesores. |
| Tanjay . . . | Por el P. Jorge Carcavilla y sucesor Fr. Julian Adan. |
| Sibulan . . . | Por el P. Fr. Pedro Echevarria. |
| Dumaguete. . | Por el Padre Fr. Juan Félix, y por el Provincial Fr. Mariano Bernad, materiales fuertes. |
| Bacon . . . | Por el P. Fr. Leandro Arué, hoy Obispo de Jaro, materiales fuertes. |
| Zamboanguita . | Por el P. Fr. Lorenzo Cordón. |
| Dauin . . . | Por el P. Fr. Tomás Gonzalez. |
| Siaton . . . | Por el P. Fr. Julian Adán materiales fuertes. |
| Bayauan. . . | Por el P. Fr. Angel Maestro. |
| Sumag . . . | Por el P. Fr. Severino Garijo. |
| Minuluan . . | En construcción habilitada al culto por Fr. Fernando Cuenca. |

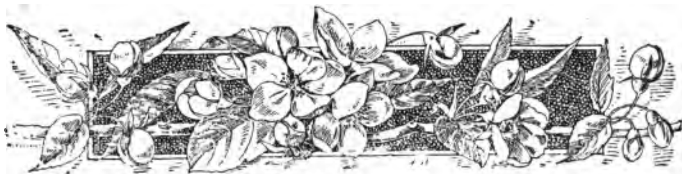
Ante números y cifras que demuestran esfuerzos colosales y suponen desvelos y fatigas, luchas

continuadas, contrariedades sin cuento, apuros económicos un día, desahogo y bienestar en otro, proyectos desvanecidos, ilusiones realizadas, el atraso y la miseria de escasas personas, el adelanto y felicidad del mayor número, «estos Apuntes,» resultarían incompletos, sino estampasen en sus líneas los nombres de peninsulares y de insulares, hijos del arado y del trabajo, lema que ostentaron en ocasiones bien solemnes; pequeño tributo de gratitud á fin de que su memoria no quede olvidada por aquellos que han de venir á disfrutar y á recojer la herencia cuantiosa legada para el porvenir.

Nunca debe olvidar la isla de Negros, que en Pontevedra y la Carlota han de resonar con respeto y cariño los nombres y apellidos de los Frias, Urquijo, Gurrea, Camon, Uriarte, Perez, Locsin, Tejido, Zuloaga, Aldecoa, Lopátegui, Corteza, Araneta y otros; en Ginigaran, los Colmenares, Sotomayor, Yulo, Sigüenza, Viña y Pelayos; en Jimamaylan, Isabela y Cabancalan los Nogueras, Lizárragas, Monton, Alvarez, Ramos, Vidaurrázaga; en Minuluan, los Coscolluela, Cuenca, Lacson, Ledesma, La Rama, Lizares, Sison; en Bacolod, Luzuriaga, Montelibano, Gonzaga, La Rama y Ramos; en Silay, los Lopez, Ledesma, Locsin, Jarra, Hilado, Severino, Tarrosa, Hernaez, Montinola; en Bago, los Montillas, Amonátegui, Araneta, Amechazurra; en Saravia, los Azconas, Tongoy, Magalona, Gustilo, Benedicto, Ledesma, Maravilla, Cuaycong; en Bais, los Montenegros, Avella, San Andrés, Gomez, Diago y en otros puntos, los Cañete, Lasarte, Estebanez, Vega, Santua, Lerenas, Arenas, Tagle, Pastor, Basagoiti y muchos más, todos dignos de ser recordados; todos acreedores

al honor de que andando el tiempo, en esas nuevas fundaciones, hoy misiones en proyecto, mañana pueblos, se les guarde las consideraciones debidas al gigantesco trabajo por ellos iniciado, y se les tenga presente, esculpiendo su memoria en las calles y plazas, nombres más armoniosos cien veces, que no esos de procedencia dudosa y poco lisonjera para los amantes de una pátria generosa y espléndida.





# CAPÍTULO V.

El trabajo de la agricultura en la isla de Negros no se hace en lo general directamente por los dueños de las haciendas; otorgánse pactos y celebránse convenios de administración á un sueldo fijo, de alquiler á metálico ó parte proporcional de lo producido, ó mediante acsas ó aparceros, lo más corriente, que suele variar según la situación financiera y posición social del hacendado. La manera de administrar una hacienda no necesita explicación alguna; es un representante del propietario que cuida con mayor ó menor esmero la finca, que atiende á sus necesidades con mejor ó peor voluntad, percibiendo por este concepto un sueldo mensual ó anual, que se aumenta con la venta á los jornaleros, del anisado, telas, tabaco, y otras necesidades que estos empiezan á crearse para conveniencia de todos.

El alquiler á metálico no resulta muy conocido, y responde á una penetración grande del terreno

por el arrendador con perjuicio indudable del propietario, que suele desengañarse á los años, al notar la prosperidad, si no es vicioso, del individuo con quién contrató. Algunas veces, el alquiler se hace para las nuevas haciendas, encontrándose el propietario al cabo de algunos años con una finca que no esperaba.

El arriendo á la tercia, á la cuarta, y aún á la quinta de los frutos recogidos, suele pactarse con frecuencia y quedar las partes contratantes satisfechas de lo convenido. Estas obligaciones contienen claúsulas de entrega de los productos en el pueblo más próximo, en el embarcadero, ó en Iloilo, de recomposición de edificios, sustitución de animales y aperos de labranza y otras muchas, más ó menos previsoras, según la perspicacia de los obligacionistas.

Por acsas es la mejor, más fácil y más cómoda manera de trabajar.

Una hacienda con buenos acsas tiene que marchar para adelante, ganando cada día más, y creando sin sentirlo un estado de fortuna relativamente desahogado al agricultor. Este, entrega al acsa, ó sea á un individuo afanoso por el trabajo, que cuenta con algunos recursos ó familia dilatada, un número de carabaos y terrenos y le hace adelantos en dinero, que luego paga en azúcar á un tanto alzado, viniendo por este concepto el acsa á quedar ligado al propietario por el préstamo del dinero, por vivir en la misma hacienda, y por tener que moler en un edificio común la caña cultivada por él y su principal, que en momentos de gran apuro le insta á ayudarle con sus animales y jornales, aviso que nunca suele olvidar el acsa.

Este, andando el tiempo y los años, le cobra afición y cariño al sitio donde ha *plantado* su casa, han nacido sus hijos y empezó á prosperar, una vez ayudando en especie al propietario y otras en metálico, ya acopiando leñas, ya *otorgando* el corte y acarreto de la caña, ya practicando actos que le ponen en situación de formar parte integrante de la hacienda.

Los cultivos ó labores necesarios para que fructifique la caña, no son escasos como algunos creen, efecto sin duda de no conocer el estado de adelanto de la agricultura en la isla de Negros.

Desde el mes de Junio, que puede considerarse como el principio del año agrícola, comienzan los trabajos preparatorios en las tierras nuevas que han de plantarse en los meses posteriores, dándoles una, dos y hasta seis vueltas de arado, pasándoles después el rastrillo y dejándolas así en disposición de recibir la punta de la caña, que se coloca en la tierra preparada desde los meses de Septiembre á Marzo, y abonada la semilla, se distancia una de otra lo bastante para que el viento circule y la labor se haga con facilidad. Al brotar la semilla se la cuida con atención limpiándola de yerbas; arando á un lado sin tocar sus raices, volviendo á matar todas las yerbas, tornando á acariciarla con el arado dos, tres, cuatro y cinco veces, cavándola con la azada y aporcándola con la pala más tarde, así que está en pleno desarrollo.

Los campos en que se siembra la caña, se dividen por canales conductores de las aguas sobradas de las monzones del Nordeste y S. O., que con su

fuerza y continuidad en llover, arruinan la planta, preparándola así para luchar con el enemigo más temible de la caña, la abundancia de lluvias.

En bastantes haciendas las nuevas siembras, después de cortadas, crian lo que aquí llaman *Cala-anan*, el retoño, que atendido con algún esmero, mejora la clase del azúcar, si bien pierde en cantidad lo que gana en calidad.

Los arados usados en Negros vienen, triste es confesarlo, de Inglaterra y de América, sucediendo lo mismo con las azadas y recogedoras del bagazo. En las máquinas de vapor, no se leen «Maquinista terrestre y Marítima, ni Arsenal civil de Barcelona», no acusan la procedencia peninsular; todas ellas sin excepción se importan, de Inglaterra ó de los Estados Unidos, pudiéndose decir lo mismo de los tranvías, del hierro galvanizado, de los recipientes que benefician el azúcar, de las bocas de los hornos y de sus parrillas.

Hoy que la privilegiada Bilbao con sus «Altos Hornos,» y su «Vizcaya», esfuerzo grandioso de capitales vizcainos, pide auxilio ante un tratado próximo á ser contrato internacional; prevalida de los cambios y de los aranceles aduaneros, se le presenta ancho campo, hermosa perspectiva de trabajo en Filipinas; venga á ellas, estudie, observe y construya tanto y tanto aparato; cambiénse procedencias, leánse una vez nombres de origen peninsular, no supliquen protecciones, que en su propia casa tienen el remedio al conflicto; establézcanse relaciones comerciales é industriales, lazo indisoluble de fraternidad, sacúdanse yugos y tutelas, y á la vez que impulsan y dan vida á sus fábricas, prestarán servicios inmensos á la navegación peninsular, á sus capitales y á los de

estas islas, encauzando corrientes de importación y exportación que traerán beneficios inmensos á la Península y al Archipiélago.





## CAPÍTULO VI.

Por asunto innegable, y como cosa corriente pasan las supersticiones de los insulares no sometidos á la religión Católica, y aún de algunos que dentro de esta no han podido substraerse al vicio de origen. Cuantos escritores se han ocupado de esta cuestión, no han vacilado en emitir una trás otra, curiosidades bien extrañas de creencias y cultos tan originales, que muchas veces se ha llegado á dudar de la veracidad de lo relatado. Verdad es, que desde que, los rajahs de Colambu y Siagú, que habla Pigafetta, «adoraban á los ídolos cóncavos ó vacios por detrás, con los brazos y piernas desviados y los piés vueltos hacia arriba, su cara grande y dientes gruesos como los del jabalí,» hasta hoy, tanto y tanto se ha contado en folletos, periódicos y libros, que buena gana dá de pasar como sobre ascuas por este Capítulo, si no se viniera por este olvido, á echar á un lado la obra meritoria de

los encargados de destruir preocupaciones y sucesos, que con sus falsedades, ritos y costumbres, desdoran la verdad de nuestra religión.

La isla de Negros escasa en directores que enseñasen á los naturales los preceptos sagrados de aquella, hubo de llamar la atención del Sr. Obispo de la Diócesis de Cebú á que estaba sometida. Tan dilatado territorio bajo la acción de unos pocos, no podía escaparse de trabar intimidades con los ídolos, y con las notabilidades babaylanescas creadas en la debilitada imaginación de cuatro individuos aficionados, aquí como allí, á embaucar y á seducir incautos.

El Tamao, el Ludid, el Cama-Cama, el Talayjang, el Manleo, el Mantió, Múa, Taijo y Mamao, preocupaban á los habitantes de Negros. El uno, como el comendador del D. Juan Tenorio, penetraba y se filtraba por las paredes; los otros, poseian las cuálidades de convertirse en perros, caballos, gallinas, en jóvenes de cinco años, en gigantes de estatura colosal, en segadores del arroz, y en porción de disfraces, solo creidos por espíritus enfermizos cuya materia gris apenas tenía cabida en su estrecha y deprimida organización.

Al sembrar y segar el palay ó arroz hacían alarde de supersticiones raras, por fortuna desterradas completamente.

En la luna nueva de Mayo ó Junio, la noche antes de sembrar, en el *carajay* ó sartén se tostaba arroz luego machacado hasta hacerlo polvo en el *lusong* ó mortero, y después mezclándolo con azúcar, se llevaba al fuego, y se obtenía una golosina llamada *Paduya*. Esta se dividia en veinticuatro porciones, y puestas en veinticuatro pedazos de hoja de plátano, se colocaban alrede-

dor del campo que se iba á sembrar, como ofrenda, para que los espíritus protectores del campo, los *asuanes talunanon*, le diesen una cosecha abundante.

En el *tabig* ó cesto portador de la semilla, se colocaban yerbas olorosas y medicinales criadas en las cañas-espinas, una peineta de madera, una fruta de la palmera, todo revuelto con el arroz, á fin de que el campo sembrado se criase, tan abundante como las púas del peine, con la fuerza de la palmera y la virtud de las yerbas. Esta operación se ejecutaba con el arroz *pangas*, ó sea el sembrado á voleo.

No eran menos curiosas las ceremonias que precedian á la siega del *palay*.

La noche antes de recolectar el arroz, en el campo que iba á ser cortado, cojía el mismo dueño ó dueña siete gantas de aquel cereal, hacia el *pilipig*, que es el arroz tostado y machacado; *ubas*, algo más verde que el anterior, y el *bayibayi*, el *pilipig* hecho harina; mezclaba los tres con la carne del coco y azúcar y hacia una masa que volvia á *pilar* machacándola en el mortero. El babaylan, ó sea el encargado de toda superstición, perteneciente á una secta que oficia, hace ofrendas, dá gritos como un energúmeno, salta, brinca, y echa espumarajos por su boca en los sacrificios y reuniones que tienen los de su laya, habia sido llamado al terminar la mezcla de los arroces; penetraba en la casa, se paraba en una de las habitaciones, hacian humo á su alrededor, llamaba á sus espíritus familiares, temblaba como un azogado, y recitaba unas oraciones para todos incomprensibles. Esto duraba desde las doce de la noche á las cuatro de la madrugada, hora que bajando de la casa

se dirijia con el amo del palay al campo, y distribuía en sus linderos el amasijo hecho de harina de arroz, coco y azúcar para que los espíritus de los bosques no comiesen lo que se iba á recolectar, y así se pudiera segar más. Pasaba como cosa segura, que el desgraciado mortal que probaba la mezcla abandonada en el arrozal, enfermaba y se ponia en estado grave.

En aprensiones, consejas y costumbres no andaban menos imbuidos y penetrados.

La muger embarazada, decian los que creian en el Manleo, el Mantió y el Tamao, no debe salir de casa, andar ni caminar sin pañuelo.

No pasará por encima de los *mecates*, ó cuerdas, sino por debajo de estos, porque el niño naceria defectuoso.

No ha de llevar rosario alguno al cuello, y así la criatura que nazca no saldrá con el cordón rodeado al cuello.

No tomará morisqueta, arroz cocido con agua, dentro de la olla, porque la expulsión del feto ha de ser peligrosa.

Tampoco puede subirse á la casa de la embarazada ningún racimo de plátanos.

No se hablará del gabilán, ni saldrá á las inmediaciones de la casa mientras esta ave se encuentre por las cercanías.

No debe tapar ningún cañuto ó *bombón*, por que el feto saldrá á duras penas.

No descansará en la escalera al subir ni al bajar por ella.

Si va al bosque ó á otros lugares sola y lleva arroz, no lo comerá todo; debe reservar algo para su marido.

Si la salida del feto és dificil, cojerá la em-

puñadura del *binañgon* (machete) que tenga en casa.

No cubrirá al niño con tela negra, y al bautizarlo convendrá que tenga un plátano y un pescado llamado *lisa* en la mano, á fin de evitar ciertos contagios.

Cuando hay eclipse las embarazadas no deben mirar al sol, porque el feto saldrá con el lábio partido.

Al plantar el cocotero es muy conveniente practicar este trabajo con un chiquillo al hombro; el plantarlo así proporciona doble fruto.

Cuando se vaya á sembrar *camote*, un tubérculo, así que todo esté arreglado para empezar la faena, los trabajadores se quitarán las camisas, se tenderán horizontalmente y darán vueltas en el suelo. La siembra debe hacerse en luna llena.

Si se celebra una boda y hay *funcia*, ó gasto, en la que abunden la morisqueta y la carne, los recien casados están en la obligación de coger una cuchara y colocarla sobre un plato lleno de aquellos guisos, y lo pondrán en un rincón de la casa con objeto de que coman las almas de sus difuntos abuelos. De no practicarlo así, tendrán seguramente dolor de vientre.

Esas preocupaciones y muchas más, llenaban la imaginación del habitante de Negros, haciendo de él un individuo que todo lo fiaba á los espíritus, como si estos fuesen las causas de los fenómenos de la naturaleza.

Edward B. Tylor, en una de sus obras antropológicas, esplica estas absurdas creencias como sugeridas claramente de la teoría del alma, pues los espíritus dice, «son considerados cual almas que ejercen sobre la naturaleza una acción análoga á

la que las almas ejercen sobre el cuerpo del hombre, siendo estos espíritus los que arrojan el fuego de los volcanes, los que arrasan las selvas en el huracán, los que hacen dar vueltas á la canoa en la vorágine, los que habitan los árboles y los hacen crecer. Las razas inferiores no solo hablan de tales espíritus naturales, sino que los tratan de un modo personal, que muestra como estaban modelados á estilo de almas humanas». De esta manera se explica el ilustre antropólogo inglés, en tesis general, sin descender á nación ó pais en particular.

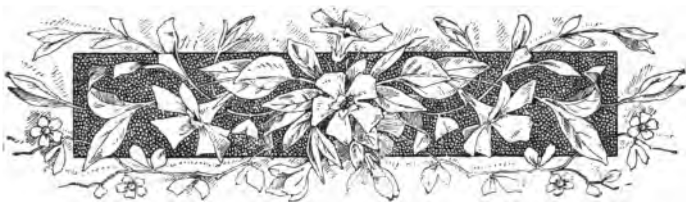
Así encontraron los PP. Recoletos, que en 1848 tomaron posesión de la isla de Negros, á la mayoría de sus habitantes; así vivian estos, practicando á su gusto y conforme á sus inclinaciones, ritos y costumbres encarnados en su peculiar manera de ser. La labor por tanto habia de ser pesada y fatigosa en los primeros momentos, tanto, que caso original, primitivo y muy comentado, fué el que sucedió á un padre, tan joven como animoso, en la empresa de hacer una iglesia.

Había convocado á muy pocos principales y bastantes jornaleros al bosque, con la intención de derribar algunos árboles que sirviesen para la construcción de un edificio destinado al culto. La faena empezóse con ardor; el talar y destrozar es ya manía en los trabajadores insulares, más al llegar á uno de los árboles, aquellos se negaron porque era albergue de los espíritus, y por tanto sagrado. El padre recoleto les increpó por aquel acto de superstición; cogió el hacha, la hendió en el árbol, ejemplo que imitaron los principales hasta derribar este. Al día siguiente, efecto sin duda del calor del anterior, ó de

otras causas, el padre apareció con un gran flemón en la cara. Bastante tiempo después, los trabajadores siguieron achacando la hinchazón á castigo de los dioses del bosque, preocupación que el mismo padre desterró, derribando él con ellos árboles tenidos por sagrados.

En la actualidad los descendientes de aquellos, penetran en el bosque, tronchan y echan al suelo toda clase de árboles, plantan la caña, y siembran el arroz y los tubérculos, valiéndose de un trabajo ordenado y bién distribuido, y cumplen como buenos, y si alguno persiste en sus *abusiones* ó *busiserías*, son sus palabras, que no tienen equivalente en español, se rien á su costa, y se burlan con donosura, pues el que conoce y ha tratado al insular trabajador sabe muy bien, que *en tomaduras de pelo*, y en apreciaciones de individuales á su manera, y en su lenguaje comparativo, *se pasa de listo*.





# CAPÍTULO VII.

No se puede asemejar ni comparar con ninguna de las faenas agrícolas de la Península; tiene carácter propio y típico. No es la recolección de la uva, ni la de la oliva, no se confunde con la siega de los cereales, ni con la recojida de los demás frutos que forman la felicidad del agricultor de allende. Es nada más que la molienda de la caña aunada con la siembra de la misma, sin duda para mortificación de los dedicados á su cultivo y beneficio. Es el único momento de satisfacción del pobre é infeliz hacendado libre ya de los báguios, y de las collas, y en días próximos del *alili*, un cuarenta por ciento de módico interés, gracias al arroyuelo que del molino corre espumoso y apresurado hácia la caua más próxima á la chimenea del horno, que lo ha de elevar mediante cambios de uno á otro recipiente, hasta convertirlo en azúcar.

No ha amanecido; faltan tres horas para que

la claridad del día luzca, y ya en el camarín ó edificio donde se muele la caña y cuece su jugo, se notan indicios de trabajo. El ayudante de la máquina ó fogonero, á la luz del farol que guarda entre sus cristales el mortecino resplandor producido por el aceite de coco, recoje pedazos de leña que mete á golpe en el horno de la caldera. Una rociada de petróleo, ó el rescoldo guardado de la noche anterior, obligan á arder al combustible que ha de poner en ebullición el agua y producir el vapor. Así que el manómetro señala treinta ó cuarenta libras, el silbato de la máquina, avisa, y los golpes de las cañas sobre la bandeja del molino empiezan á oirse; despierta el maquinista, y acuden á su puesto, panseadores y jornaleros destinados al molino.

Los unos de mal talante, los otros soñolientos, los más esperezándose y renegando de su suerte, y de la hora, aguardan la palabra sacramental, la voz del general de aquella división, que tal se cree el maquinista, el *aúisto*, que hace al ser pronunciada, mover piñones, émbolos, regulador, rueda catalina y cilindros del molino.

Los chirridos, los escapes de vapor, los tornillos apretados, la lubrificación, los gritos, las órdenes del maquinista, que martillo y llave en mano corre sin afanarse, las voces de los que echan la caña al molino, y el toque de una campana cuando apenas alborea el día que sale rodeado de vivísima claridad, y precedido de ligera brisa del nordeste, son los comienzos de la obra diaria, llevada á cabo, á fuerza de paciencia y de tomar el sol, que parece fundido en las fraguas de antiguo martinete vizcayno.

Los cabos, jornaleros, encargados y los afi-

cionados al trabajo, dejan el petate ó el suelo, y paso á paso se encaminan al pasalista, que es operación necesaria y de positivos resultados. Uno por uno llaman á los trabajadores que contestan á la voz de «presente,» pasando á formar pelotones, según el número que de ellos cuenta la hacienda. Luego se dividen en grupos destinándolos á los diferentes trabajos que en el día se han de hacer.

Los aradores van á la manada á coger el carabao que ha de marchar á paso de tortuga volteando la tierra, los que llevan la caña cortada de los campos al camarín, cojen la vaca y el carro que ha de ser su catre, y donde han de sestear durante el trayecto que media entre aquellos lugares en sus viajes sin carga alguna; el que siembra y los que quitan las yerbas, llevan las manos en los bolsillos ó un pedazo de caña y hierro, y los felices, los contentos, son los que bolo en mano, han de cortar á cercén la caña, entre gritos de alegría y de confusión, que lanzan al ver á una *babaye*, que de patadión encarnado pasa junto á ellos.

En funciones de trabajo, todo el personal, en movimiento el camarín y en acción el campo, los cabos van y vienen, hacen algo y no hacen nada, mandan con imperio, pero no tienen la constancia de la inspección que á menudo suele faltar, (salvando excepciones), ya visitando la casa de algún acsa ó jornal donde viven mujeres con quienes se pueden hacer *suguilanon*, (cuentos), ya mientras él calcula no puede llegar por aquellos contornos su dueño y señor.

A las ocho, la campana llama á los trabajadores del campo, que presurosos acuden á co-

mer la morisqueta con algún pescado seco que les ayude á soportar la vida hasta las doce, trayecto de tiempo que pasan, uniendo lo útil á lo dulce, el quitar yerbas á chupar la caña, el arar á mascar el buyo ó encender el cigarrillo.

Los del camarín, comen en él, no descansando sino breves momentos, y aguantan un tra bajo duro que se vé recompensado con dos reales fuertes más á la semana que el sueldo del jornalero del campo.

Con paso tardio y desfallecido vuelven después del desayuno, los unos á sembrar, los otros á sus carabaos y al arado, no apresurándose ni deseando agradar, pero sí procurando cumplir.

La hacienda á estas horas presenta el aspecto más alegre del día, así como la tarde el más bullicioso.

Una larga fila de carros que vacíos y cargados transita por los caminos de la hacienda; un campo donde veinte ó treinta jornaleros animosos destrozan cañas; otros grupos, de veinticinco á treinta, aran entre la siembra reciennacida, animando al carabao, tirándole del mecate ó cuerda que de su nariz parte á la mano del arador, increpándole ó largando ese chasquido nasal al que obedece el paciente búfalo; los que siembran, los que del camarín de molienda llevan despacio al depósito los cestos ó bayones repletos de azúcar; el silbato de la máquina apurando á los *carretoneros*, lá actividad de los que llevan cañas al molino, la limpieza del *intus* ó jugo sacarino, la cocción, las voces de carga *calayo*, (fuego), *parejo*, (igual), el recipiente de hierro repleto de espuma no puede contener el líquido, el burbujear de la caua de punto, la voz de cocida, la en-

friadera, el batir de los soplillos, el pesamieles, el dueño de la hacienda que gozoso contempla su riqueza, el *acsa* mirando por su caudal, el maestrillo que con su palo delgado entre los dedos pulgar é índice aprecia el estado del intus, el otro echando unas gotas estraidas de la carne del coco para apaciguar los humos de los recipientes, el que hace el *butong-butong*, los gallos que cacarean, y el maquinista que manda, son detalles á la ligera que acreditan las múltiples funciones de la mañana en una hacienda de Negros.

---

Aún humean las chimeneas de las máquinas y de los hornos; todavía los silbatcs de estas saludan al sol, próximo á perderse entre los árboles del mangle, no vencido, compadecido de su rival el astro nocturno, que cual círculo de plata bruñida y luciente se levanta encima del monte Macauili, concediendo permiso á los agricultores para que trabajen una hora más.

Los carabaos vuelven del campo cargando el arado; los aradores cantan monótonamente al compás de la pausada marcha del animal que con ellos ha trabajado durante el día; el bagazo de la caña empieza á colocarse en montones; los carros formando pirámides de combustible, marchan hacia el camarín, la recogedora arrastra cuanto á su paso encuentra; los jornales del *punqui* gritan, contestan los otros, la alegría de la próxima conclusión de un trabajo de trece horas anima la hacienda.

Una campana pendiente del corredor de la casa-hacienda, emite sonoro y vibrante sonido, que la tranquilidad de la tarde permite oir á gran distancia; al ruido y á los gritos sucede el silencio, el trabajo se suspende, los jornaleros callan, los cabos se quitan los sombreros, una cruz se señala en las caras y pechos de los que antes alborotaban con su algazara; el Ave-María ha sonado, y ante oración tan hermosa, ante salutación tan bella á la que es Consuelo del desgraciado y Madre del afligido, todos se han posternado y confundido, como se posternan y confunden el astro que muere y el que nace en el inmenso firmamento donde mora el Dios de la redención y el de la bondad.

Ni una nube impide ver el azul limpio y diáfano del cielo; solamente una estrella tímida y medrosa de luz muy vacilante y temblorosa mermada en su fulgor por la escasa claridad del crepúsculo vespertino, breve, de corta duración como el de todos los de paises tropicales, aparece hacia el Marapara; después arriba de los árboles que señalan el límite de una hacienda con el mar, se vé otra más resplandeciente y atrevida; á estas, sucede mayor número, engalanándose la bóveda celeste con sus mejores joyas, con sus más refulgentes diamantes, que destellos irradían hacia la tierra, como si con su luz quisiesen anunciar un día de sol tan hermoso, que nunca soñara el hacendado ansioso de recoger el fruto de sus desvelos y fatigas.

El bagazo se ha recogido y llevado al camarín; los jornales cenan á la claridad de la luna, teniendo á su lado el *bilao* de morisqueta, el plato con mongos, verdura y pescadillo; de la má-

quina de vapor, como si se despidiese hasta el siguiente día, sale prolongado silbido, indicando la conclusión del trabajo en el camarín; de las cauas se echa á la enfriadera la última cocida; y en aquella parte de la hacienda tan en movimiento antes, á poco rato, solo quedan un *bantay* (centinela) con su lanza, y otros dos con *siantong;* la campana de alerta que avisa cada media hora, y el hablar de los centinelas, que de un lado á otro, vigilan toriles, camarines, calzadas y casas.

La bulla y el jolgorio se han ido á la casa del cabo, que por muger tiene la *Patti* de los contornos, insular natural de agraciadas facciones, por cuya bien modelada garganta salen gorgoritos á docenas, emitiendo los cantos de la Pasión de Ntro. Sr. Jesucristo, al decir de sus admiradores con sentimiento y delicadeza.

Es la casa de regular apariencia, formada de nipa, cogon, amacanes y harigues, y el suelo de caña tapado por la alfombra del país, el petate, y tiene una sala no muy pequeña, con tres ventanas lo mejor de la vivienda, en la que, en un rincón sobre una mesa, han colocado, un San Roque barbilampiño con su perro que más trazas tiene de caimán; una Dolorosa de cara más alegre que unas castañuelas, un San Vicente, trabajo acabadamente malo del carpintero que en la hacienda arregla los carros, y varias estampas y oleografías baratas, de muchos y muy chillones colores. Hay petates, bultos de almohadas, bancos y sillas esparcidos en desorden, por lo que en el lenguaje particular llámase *salas*, dos libros impresos en bisaya, en cuya primera hoja se lee, «*casaysayan sang Pasión ñga mahal ni Jesucristo,*» un vaso de aceite de coco, más

agua que aceite, un guitarrón, un arpa, muchos hombres, bastantes mugeres, tabaco del llamado amarradillo y buyo, se habla mucho, se comenta todo, se dan noticias extraordinarias, y no judías y contra judías á causa de la solemnidad de la reunión, y se cuchichea de lo que no les importa un bledo, satisfaciendo así uno de sus predominantes vicios que los lleva á donde nada les importa ni interesa, á la curiosidad.

Las mugeres luciendo por las calzadas sus apretados y ceñidos patadiones de color obscuro, acompañadas de otros tantos hombres, que marchan siempre á alguna distancia, delante ó detrás, según el estado de casado ó pretendiente, caminan afanosas hacia la casa del cabo de la hacienda, no deseando perder un instante de lo que ya reviste carácter de gran fiesta.

Una muger, la de un acsa, cuya voz no resulta pura y argentina, como alguien ha dicho más poética que verdaderamente, acomete el canto en tono tan alto chillón y nasal, que parece se han juntado y confundido las voces de un contralto de catedral, una cigarra y un enfermo de pólipos.

Al trascurrir breves momentos, el silencio es religioso, todos callan; los alientos se contienen, no se nota ni el respirar de las personas; el ruido que hiciera un mosquito se percibiría en el último rincón de la sala; la *primadonna* de la hacienda acompañada del arpa vá á entonar su verso, que se nota en ese desenfado, en ese mohin propio y característico de la insular cuando desea agradar. Casi temblando su voz á causa del gentío, conmovida, principia su estrofa, sin notarse apenas el canto, hasta que se apodera del auditorio que le escucha entusiasmado y con de-

seos de manifestarlo. La voz de la cantora cobra toda su intensidad y volumen, se halla en toda su fuerza; Jesús recorre sitios y lugares, vá á casa de Pilatos conducido por la melodía del arpa y lo excepcional de una voz regularmente timbrada, de una sonoridad estimable, mientras otros van y andan también de los piés á las manos, importándoles un camino de lo que en la sala sucede y acontece.

Las diez de la noche han sonado, y el canto de la Pasión se halla en su apogeo, no así los viejos y algunos trabajadores que duermen, ya en la cocina, ya en la sala, reposando los efectos de la tuba y del *tanduay*, que con prodigalidad ha corrido, prévia apuntación y anticipo para el día de cobranza, durante las tres horas que de regocijo llevan en la casa del cabo.

*Cuando media noche es por filo*, y el vaso de luz chisporrotea al sentir el *timsin* el contacto con el agua; las almohadas están repletas de cabezas; el sueño ha llamado á los pasionarios; solo algunas parejas se hallan despiertas, bajan las escaleras y se dirigen á sus viviendas; la libertad más grande reina en la atmósfera; los centinelas rondan y tocan la campana avisando á los desprevenidos; la luna guía á los caminantes ocultándose á ratos envuelta en nubes cenicientas; dos parejas de la Guardia civil conduciendo á dos criminales famosos cruzan la calzada real, se hallan cerca de un sitio que convida á ocultarse, una espesura de cañas espinas, de arbustos, árboles y follages; sitio que se ofrece para una sorpresa; próximo se observa un río de marea, y en él un baroto, y cinco individuos que esperan y acechan. De pronto un salto, dos saltos, voces con-

fusas de ¡alto! ¡auxilio! ¡ánimo!, gritos como de lucha, cuatro disparos, dos cuerpos que caen inertes al suelo, varios individuos que huyen; el ruido de los *bugsais* al resbalar y chocar con el agua, un baroto que marcha rápidamente, los centinelas de la hacienda corriendo presurosos al lugar donde los tiros han sonado, los Guardias civiles resueltos avanzan; los criminales muertos, la sociedad vengada, la vindicta pública satisfecha, y el instituto que defiende á las personas y proteje la propiedad cumpliendo con su deber.





## CAPÍTULO VIII.

Con referencia al año 1850 no había un camino para muestra en la isla de Negros; la playa en bajas mareas era el *único, recto, y seguro para* llegar al sitio propuesto, bien que la discrepancia de horas, entre el pensamiento y la realidad, según el mar y los ríos y los barotos, era de días en algunas ocasiones.

En aquellos años no había vìas de comunicación, ni tampoco necesidad de ellas, no existiendo como no existían, más relaciones que las puramente oficiales, entre la Capital de la isla y los pueblos, salvadas estas únicamente por los dependientes del Gobierno ó de los pueblos, portadores de órdenes ó de fondos.

La apertura de lo que hoy se llama calzada general de la isla, ó calle real, camino único paralelo en casi toda su extensión al mar, empezó el año 1850 por un padre Recoleto, recordando personas hoy vivientes, que la comunicación entre

5

Bacolod y Minuluan era un sendero estrecho, que atravesaba parte del Mandalagan, Banago y Matabang, en la actualidad haciendas de mucho valor.

Desde aquella fecha, á la vez que se formaban pueblos al compás de perentorios recursos necesarios para la buena organización y ordenada marcha de los nuevos habitantes que acudían á la isla de Negros, se construían la calzada general y las ascendentes al monte ó al interior, con cordeles ó *mecates*, sin llevar aparato geométrico que les auxiliase en tan trabajosa faena, y sin contar un práctico ó maestro de obras que les enseñase la fabricación de puentes de materiales fuertes, aun conservados en contados sitios del camino general.

Los caminos se iban trazando y abriendo dándoles la anchura de cinco brazas, hoy acortada por el cultivo de los campos limítrofes á la calzada, y por demasías que están en la conciencia de todos, mermando en parte aquella buena obra compatible con los tiempos en que fué hecha, cuando los terrenos apenas tenían estimación ni precio.

Grandes bosques, inmensos mangles, eternos cogonales, que nadie sabía, en que sitio empezaban, ni en que lugar concluían, formaban lo que en la actualidad es el camino general de la isla. Los apuros y trabajos sufridos para el señalamiento y ejecución de la obra, habían de ser, dados estos antecedentes, y los de no contar personal científico, práctico, ni operarios, de un orden superior, casi de imposible realización, á no mediar personas de voluntad decidida dispuestas á echar sobre sus hombros carga tan pesada, pero de

necesidad suma en los momentos que la agricultura tomaba algún desarrollo.

Designando árboles con un golpe de hacha, poniendo estacas en unos sitios, piedras en determinados lugares, cavando en los más, y abriendo canales, así á fuerza de paciencia y de constancia, se iniciaron los trabajos de caminos, no sin preceder cambios de pueblos que costaron derroches de palabras, gastos de energía y actos de audacia propios de aquellos momentos, en que se imponía un deber supremo de común y general beneficio contra el interés particular de unos cuantos individuos.

Así vemos hoy aplaudidas aquellas medidas por los mismos que entonces las criticaran; así vemos otorgada la justicia merecida á los que tan claro véían, á los que no tenían otro pensamientoque el aumento y progresión creciente de la provincia.

No reune la calzada general de la isla de Negros las condiciones de una obra perfecta y concluida, las de una carretera de primer orden; como todas las de Filipinas, cuenta su buen ó mal estado, por las escasas ó abundantes lluvias, siendo el barómetro más fijo para apreciar el tránsito, las aguas, esas collas de días y días que parece no tienen fin, días tristes y obscuros de una humedad penetrante, causa eficiente de ligeras enfermedades, días y semanas de nubes parduzcas y cenicientas, gasas inmensas colocadas entre el individuo ávido y deseoso de luz, de mucha claridad, y el sol, alma y vida, recuerdo y alegría del peninsular acostumbrado á contemplarlo casi diariamente.

La calzada general de la isla resulta un camino formado por la mano del hombre que no tiene

á su alcance la piedra, el hormigón ni el recebo; su único mérito consiste en la construcción, después, la conservación responde á obligaciones y apuros momentáneos. Marchando entre haciendas, sirviendo de paso ordinario á los *acarretos* de frutos recolectados, y de objetos y útiles indispensables para aquellas, parece que el agricultor debía ser el primer interesado en tenerlas bien cuidadas y arregladas; más, no sucede así, no dejando de tener razones potísimas que abonen su proceder, si se penetra en la sempiterna cuestión de los quince días, del trabajo personal, y de otras causas que en estos «apuntes» no deben tratarse, por no tener entrada, ni en su índole, ni en sus tendencias.

La estructura y composición del suelo de la calzada general procede de los elementos que á la mano ha encontrado y encuentra el individuo trabajador; arcilloso y arenoso en unos sitios, madrepórico y volcánico en diversos lugares, dándose casos en trayectos de uno á dos kilómetros, de salvar baches, y andar por caminos llanos, debido esto al firme del piso sobre que se marcha, haciendo esos viajes raros y extravagantes que son una serie de aventuras, una odisea filipina que alguno se encargará de relatar pasando el tiempo.

Se está en marcha por la calzada general, y á la vista preséntase, tras buen camino, un trayecto largo de lodo y barro, un hoyo extenso hecho por el frecuente tránsito de carros y carabaos Débese viajar por necesidad en carroza, único medio posible de salvar la distancia que separa del otro resto de camino bueno.

La carroza parece una especie de confesonario

fabricado de cañas espinas y amacanes con sus regillas tapadas por un pedazo de tela, y se halla colocada á dos piés de la tierra, sobre unos pedazos de madera llamados *zapatos* ó *batangas*.

La mañana está fresca, el sol apenas luce, los sembrados de arroz y las plantaciones de caña están verdes y lozanos; el *Tolijao*, la Oropéndola, canta de cocotero en cocotero, el *Doloridao* lanza al aire sus armoniosas tristezas, el *Taguatí*, repite en lenguaje comprensible su nombre, y el *Pitao* en union de sus muchos compañeros, vuela en busca de los suyos, á los que llama, y no encuentra.

A la contemplación de este panorama, la imaginación huye á varios lugares, y la carroza se para.

El carabao detiene su marcha, impulsado, no por lo bello del día, sino por lo que tiene de lante, guiado de su instinto nunca engañado en ocasiones como la presente, á la vista de inmenso bache, lleno de agua y de barro. Procediendo como las circunstancias aconsejan, en esto dá quince y falta al más previsor, mueve una de sus grandes patas y la vuelve á su lugar, levanta la otra y la deja caer en el mismo sitio; es que el temor ante el peligro, y la elección de la mejor derrota deben preocuparle, permaneciendo parado breves minutos. Larga una pata, después la otra, el barro le llega al corbejón, á la tripa, al yugo, la carroza se mueve de babor á estribor, después de proa á popa, luego mete en el fango una esquina, sube magestuosa, y se desliza por aquel océano de barro, mientras el viajero se agarra á donde puede, y á cuanto está á su alcance. El *chac chac*, el golpe producido por el carabao al meter la pata en

el lodo que salpica al viajero, los gritos del carrocero y los crujidos de las cañas, acompañan largo rato hasta concluir el bache y llegar al buen camino.

Si la isla de Negros ha de responder á su historia rápida y llena de trabajos honrosos en lo que atañe á la agricultura, debe tomar con empeño decidido la cuestión de las calzadas y caminos; debe pensar seriamente en los gastos enormes originados en la conducción y acarreo de sus productos, ejemplo digno de imitación por otras islas que se encuentran en el mismo caso, porque desconsuela presenciar en esas calzadas de Negros veinte, treinta, cuarenta carabaos sacados del trabajo de los campos, llevando dos bayones de azúcar, unas *siete* arrobas, desde las haciendas al pueblo, retornando con el arroz ó lo necesario para aquellas, que supone un gasto ó pérdida para el hacendado de dos á tres reales en pico.

Los pueblos y los agricultores no han de fiar todo á la acción gubernativa ú cficial; es preciso que se unan y se agrupen y estudien lo más conveniente. Si se consultase á cinco agricultores, uno á uno, qué gasto les representa esclusivamente el acarreo de sus productos, ciertamente dirían una cantidad que asustaría, y no resultaría excesiva; sumadas todas, se puede asegurar, que el camino quedaría formado idéntico á una carretera de buen afirmado ó dotado de un tranvía que les ahorrase ganados y jornales.

Para conseguir esto debe empezarse por el principio, arreglando sólida y concienzudamente

la calzada principal, después las que van al interior y al mar con buenos canales y afirmados, trabajando todos los años, si favorecen las secas, en prevención de la época de aguas, y si estas atormentasen, reparando en lo posible sus destructores efectos con una acción diaria y continuada.

Los caminos al interior de Victorias, como los de Saravia y Silay; perjudicando en la cantidad menor los intereses particulares, se han de trazar por los antiguos, y donde estos no existan aprovechando los pampanes de los ríos grandes, y las inmediaciones de los pequeños, no descuidando el curso de su cauce, su impetuosidad y las fuerzas y extensión de las avenidas, cuidando especialmente Saravia y Silay de tener siempre expeditas las vias de Cabancalan y Guimbalaon, rompiendo toda clase de obstáculos, animando á los agricultores, y prestándoles los auxilios compatibles con una equitativa y ordenada distribución de trabajo.

Mimuluan, Bacolod, Bago, San Enrique, La Carlota, La Isabela y los demás pueblos de comunicación directa y con el interior, en algunos puntos hasta las faldas del Marapara y del Canlaon, han de procurar excitar el celo de los de arriba, unidos con los de la playa, si esas corrientes hoy apenas iniciadas, que dán á los pueblos ciertos recursos y garantías, se ejercitan como exije el bien de las localidades, aprovechando cada una sus verdaderas fuentes de riqueza y de bienestar, creándose su fortuna particular, que por el enlace de relaciones agrícolas, industriales y comerciales vienen á ser idénticas, dando participación verdadera á todos los que pagan y contribuyen, y ha-

ciendo huir ese espíritu de absorción y de centralismo, siempre de funestos resultados para los municipios, más prósperos y vitales, cuanto mejor administrados é independientes se encuentren en su gestión, representada y fiscalizada por unos presupuestos verdaderos, reflejo exacto de felicidad y deseos de prosperidad, y retrato acabado del valer é iniciativa de los habitantes de una localidad.





## CAPÍTULO IX.

Una hacienda en la isla de Negros es un coto de ciento, doscientas, cuatrocientas y hasta setecientas hectáreas de terreno, aradas, cultivadas, y beneficiadas por setenta, ciento, doscientos ó cuatrocientos jornaleros bisayas, que obedecen á un cabo ó más cabos, bisayas también, estos á los encargados, algunos insulares, y todos al propietario, que unas veces vive en la hacienda, otras en los pueblos ó ciudades, beneficiando esta hermandad de individuos de mil á treinta mil picos de azúcar en cada hacienda, hasta completar la respetable suma de un millón y ochocientos mil picos, miles de cavanes de palay, y bastante abacá, café y tabaco.

La hacienda en isla de Negros cuenta en su perímetro la casa-hacienda, ó sea la del dueño ó encargado, las de los cabos y jornales que viven con sus familias, un camarín de molienda, otros de depósito y combustible, la plaza de

asoleo del bagazo, un sitio donde comen los jornaleros, los toriles para encerrar los animales de trabajo, y caminos, al embarcadero, á los campos de caña, y al pueblo, ó á otras haciendas.

La casa varìa según los gustos, inclinaciones y gastos de los que la habitan. En ocasiones, un edificio de gran apariencia, que acusa por su ſachada confort y desahogo, resulta desabrigado y mal distribuido; y una casa techada de nipa, modesta en su construcción, al pisar su escalera, despide ese tufillo que trasciende á delicadeza y cuidado, á distinción y á esmero. En todas, eso sí, la hospitalidad y la generosidad van cogidas y enlazadas de la mano, y en lo general las casas haciendas resultan muy aceptables y llenas de comodidades.

El camarín de molienda suele fabricarse de hierro galvanizado el techo, sostenido por columnas de madera sin labrar, harigues ó sostenes fuertes, que soportan el peso de una trabazón de maderas aserradas y cortadas de diferentes modos, en su trazado, largura y anchura, apropósito para sostener las planchas de hierro.

Este recinto el más principal de la hacienda, contiene la máquina de vapor, las cauas de hierro, bronce ó acero colocadas sobre los hornos, las enfriaderas del azúcar, los EVAPORADORES, *las clarificadoras*, el molino, y un espacio destinado á conservar el combustible que se ha de gastar en la cocción diaria.

El camarín de depósito guarda el azúcar beneficiado, el arroz para el gasto de jornales y acsas, y los útiles de trabajo de la hacienda; y el de combustible encierra las leñas para la má-

quina y hornos, y los residuos de la caña estrujada en el molino.

La plaza de asoleo es un espacio de terreno, limpio, llano, sin yerbas y libre de objetos, dedicado á secar el bagazo de la caña hasta dejarlo en estado de ser destinado al horno, y en él se colocan, durante la noche, los carros de uso de la hacienda mientras funciona el camarín de molienda.

La vida varía en estos centros del trabajo según el estado del tiempo.

¿Hay aguas?

¡Paciencia agricultores!

Otra vez esas interrumpen los trabajos del campo y del camarín, otra vez los caminos se ponen resbaladizos y difíciles; otra vez se han inutilizado obras de arreglo y de composición.

El mes de Enero señala el almanaque, y apenas se ha sembrado, las semillas se pierden y los jornales cobran. La langosta guarda un compás de espera, afilando sus armas roedoras para el tiempo de secas, que solo Dios sabe si llegará, pues al paso que marcha el tiempo, vá á ser un digno compañero del 83 y 87. El arroz aumenta en consumo y en precio, y el azúcar escaso que se ha molido, permanece en el depósito por no poder llegar al mercado, á causa de las aguas que imposibilitan toda conducción.

Las haciendas alegres y llenas de bullicio en fechas iguales de años anteriores, parecen sitios de recogimiento donde se observan un silencio y un sosiego compañeros inseparables de la tristeza.

El barómetro Faura, esa pequeña máquina, cuya negra saeta se observa en la máxima y en la mínima, ese aparato que alegra y sume en la desesperación, que previene y avisa, siempre sin salir del «variable,» fijo, sin ascender unas lineas, sin bajar un ápice, acusando una irregularidad grande en las monzones; el Nordeste duro en Junio y Septiembre, y la calma en Enero.

Dos mastines roncaleses, hechos á la morisqueta con carne, sin haber perdido nada de su fiereza y valor, permanecen tumbados en el suelo con la cabeza reposada sobre la tabla del piso, y sus ojos adormilados, sin espresión ni fijeza, tristones, y la dejadez en su cuerpo, impropia de ellos, acusan como las ovejas y carneros, que se hallan echados por el campo sin moverse ni comer, el temporal que se está corriendo. Los gansos, esos animales de hígado y plumas tan apetecidos; esas aves cuyo graznido, antes y ahora, sirve y ha servido de señal de alarma al dueño, y de alerta si se aproximan á la casa personas estrañas, se hallan quietos, y su largo cuello retorcido como un pedazo de *tira-tira*, se esconde debajo del ala, no sin dejar ver su amarillento y giboso pico, que presagia en esta rara postura, lo poco bueno que el agricultor puede esperar por el momento. Los grandes SALOCOTS, y las ligeras camisas de los trabajadores del corte de caña, adheridas al cuerpo, semejan multitud de goteras de casa vieja y mal nipada; los pantalones arremangados hasta el muslo les libra de cojer barro en ellos, los brazos cruzados, el derecho sobre el izquierdo, indica el frío que tienen, el machete que les ha servido para cortar y tronchar de un golpe, una trás otra cientos de

cañas, vá en la cintura; y hacia su casa, prece didos de alguna *babaye*, cuya cabeza resguarda un patadión encarnado que hace las veces de impermeable, caminan los cortadores de caña, despacio, mustios y pesarosos, como si acabasen de privarles de uno de sus pasatiempos más entretenidos.

Pasan los wagones abarrotados de cañas, y sobre estas los wagoneros encogidos y silenciosos, no oyéndose más ruido, que ese rum, rum, producido por el roce de la rueda de acero sobre el rail del mismo metal, y los trabajadores llegan al camarín, mohinos y cabizbajos, sin chistar una palabra, ni gastar esas bromas tan frecuentes y corrientes entre ellos.

En la cocina, en el flox sanctorum del insular trabajador, como dijo un ilustrado P. Agustino Calzado, si se trata de la cocina agena, los jornaleros no sueltan, ni largan cuchufletas; no hacen al cocinero comparaciones atrevidas y algún tanto libres; no le hablan de la morisqueta, ni de la falta de vianda, se concretan á tragar y más tragar bolas de arroz, á sorber el caldo del *gulay*, y á comer el pescado, para irse pronto al pozo más cercano, enjuagarse la boca y marchar á sus ocupaciones.

La lluvia continúa, los railes no encuentran asiento, las ruedas de los wagones pegan en la tierra; el carabao paraliza su fuerza, ni el bejuco que el conductor aplasta sobre su piel le conmueve, ni el ruido gutural del que guia, semejante á un gruñido con que pretende animarle, le incita á tirar más de lo que puede, y los campos repletos de agua desahucian al arador que lleva su apero á los bajos de la casa.

El agricultor vá al camarín; se sorprende de la abundancia de jugo, coje el balde, lo repleta de intus ó jugo, y en el oscilante moverse del graduador, entre la espuma, vé un seis que le atrista. La cocción es lenta; no entra por la boca del horno el bagazo tan preciado y deseado por su baratura y facilidad en arder, echan bastantes trozos de leña, el maestro grita, el fogonero obedece, los azucareros mueven lánguidamente las espumaderas, yendo el guarapo de uno á otro recipiente sin levantar burbujas; el clarificador humea; la cal, el coco, la varilla prodigiosa en algunas manos, la canal, la enfriadera y un líquido negro, pegajoso, difícil de cuajar, sin hervor y de un color negruzco, la pala y la bielva que lo remueven, y el gesto avinagrado del inteligente, acusan un azúcar corriente necesitado de mezcla ó asoleo en otros tiempos mejores.

El agua cae, sigue pertinaz; el viento afloja, los presagios no son buenos, y el barómetro empieza á bajar; suspéndese la molienda, el viento rola del primero al cuarto cuadrante, viento conocido por *canauay* en estas islas, y por un epi teto ó calificativo bien injurioso, viento precursor de los báguios ó ciclones.

Las nubes arrojando agua y el viento arreciando, luchan en competencia; los rios pequeños aumentan su cauce en momentos; los árboles tambalean y doblan sus copas y ramas, los jornaleros defienden sus casas, los carpinteros de la hacienda preparan cuerdas y colocan maderos en las uniones de las planchas de hierro de los tejados de la casa y camarines; las órdenes del propietario previsor animan á los jornaleros y cabos que cumplen con riesgo de su persona; un mur-

mullo lejano, un ruido más próximo, advierte el peligro, el agua y el viento llegan sin respetos, rompiendo cauces, arrasando siembras, destrozando árboles, arrancando casas, tirando camarines, arrastrando personas y animales, y llevando tras sí el luto, el desconsuelo y la amargura.

Coje la avenida un campo, luego dos, á poco rato aisla una casa; los toriles donde se encierra el ganado se hallan invadidos, los esfuerzos para salvar los carabaos, inauditos; por los camarines corre el agua con fuerza impetuosa, en algunos campos no se vé mas que la flor de la caña; los puentes desaparecen llevados por impulso superior; unas *bancas* ó *barotos* guiados por cabos y jornaleros armados de *bugsays* (remos), van de acá para acullá, cogiendo á una persona que pide auxilio, al caballo que llevado de su instinto impaciente piafa en su cuadra ante el peligro, y entre estas notas tristes y los gritos del salvotaje, la proximidad de una ruina, la desolación y la pérdida en cuatro horas de los sacrificios de años.

¿Aparece el buen tiempo?

El sol sale radiante, espléndido y lleno de majestad por los dos cortados y finos picos del Macauili; ni una nube acompaña su salida, preséntase solo para recibir mayor homenaje. El ascenso que hace hasta sobreponerse al monte, es una marcha triunfal presenciada por miles de personas que le saludan cariñosamente. Espectáculo hermoso; nunca se exhibiera más felicitado y resplandeciente, en ninguna ocasión se viera mas aplaudido y reverenciado.

Su luz dá vida y anima al agricultor instán-

dole al trabajo; su calor le proporciona bienes sin cuento, le arregla los caminos, desarrolla sus siembras, seca el bagazo y le facilita prontas y rápidas cocidas.

La caña cae al suelo de un solo golpe; dos ó tres golpes mas la limpian, y el cortador de puntas ayuda al vagonero que la recoje y la trasporta. Uno, ocho, diez, treinta arados americanos, el azadón, la pala, el abono, la limpia de la yerba, el cabo que manda y ordena por su cuenta, dan carácter á la hacienda. La plaza del asoleo, y los caminos se encuentran llenos de bagazo, de lo que pronto, merced á la fuerza del calor solar, será combustible

Siguiendo la dirección del penacho del Canlaon, volcán que en sus entrañas guarda la seguridad de los habitantes de la isla de Negros, las chimeneas de los hornos y de las máquinas despiden columnas de humo de variados colores, según se quema leña del pagatpat, del bacjao ó bagazo.

La alegría renace, el jugo de la caña de azúcar arroja diez grados, el caldo de la enfriadera se esponja y se beneficia con facilidad, saliendo el núm. 1 dorado, seco y suelto.

Los panseadores piden caña; el molino no cesa de tragar, las *cauas* rebosan intus y espuma, la máquina marcha sin ruido, la campana llama al almuerzo, y el trabajo no se interrumpe al ver llegar doce wagones repletos de cañas, y sus conductores alborozados, hablan y cantan, como si fuese el desquite de días peores y más fatigosos.





# CAPÍTULO X.

*(En todos estos párrafos se habla del mayor número, no de excepciones).*

El agricultor de la isla de Negros, no vive todavía con esa holgura é independencia que fuera su principal objetivo. Muchas veces busca, y la generalidad no encuentra, y si halla, es pasando por las horcas caudinas, unas veces del alili, otras del quince al veinte por ciento, ó de otra manera ECONÓMICA de prestar, que en estos actos indispensables á la vida agrícola, el dinero filipino se amarra y se afirma sobre seguro, y con premeditación.

El hacendado batalla al trabajar con obstáculos inherentes al suelo que pisa; y con dificultades originadas por disposiciones, ya mitigadas ó retiradas, según el criterio del que interpreta, pero siempre en jaque, en actitud amenazadora, interin no se le atienda arriba, no para otorgarle

favores no pedidos, sino á fin de concederle justicia, más que nada, en la cuestión de jornalería, crisis pavorosa iniciada este año si la cosecha hubiese resultado al nivel de las anteriores.

Los enemigos más declarados del agricultor son las aguas, y la langosta; de las primeras, procura defenderse colocando los campos en condiciones de cultivo, saneándolos, canalizando y haciendo terraplenes y alcantarillas, inservibles si el tiempo se declara en llover y llover, durante meses y meses; de la segunda, se libra á fuerza de constancia y de trabajo, organizando los jornaleros, distribuyéndolos y acudiendo á los sitios invadidos, sin reparar en horas ni en obstáculos.

El que vive de una hacienda, lucha con la costumbre de la tara, merma de sus productos introducida en el mercado exportador, sin razón alguna que le apoye, ni motivo justificado que le acredite, á no ser la complacencia del agricultor con beneficio manifiesto del comprador.

Tiene en su contra, el impuesto que paga cumpliendo mandatos superiores sobre los molinos propios, indispensables y necesarios, si ha de poner lo cultivado y beneficiado en condiciones de venta. El hacendado por la dura é imperiosa ley de la costumbre, y de la falta de capitales, más obligatoria y forzosa que la sancionada y publicada, es labrador é industrial, cultiva y se ocupa en el trabajo de obtener por breves y sencillos procedimientos el azúcar, uniéndose en determinados meses del año las dos operaciones de campo y de camarín que le obligan á desembolsos cuantiosos, y á préstamos usurarios á causa de no poder pasar por otro camino. Interin en comarcas llanas y extensas, no se establezcan ha-

ciendas centrales, y el agricultor sea agricultor, y el industrial aparezca como industrial, no prosperará el hacendado lo que debiera dadas la feracidad del suelo, la baratura de los jornales del campo, y los rendimientos que se obtienen al comparar el producto de una semilla de aquí con otra de la Península.

Nada suponen las contrariedades apuntadas si se comparan con la de mayor entidad, la que más perjudica los intereses del labrador, la que sino se toma un remedio enérgico, ó se dicta una disposición que obligue y sujete á todos, concluirá con la agricultura de la isla de Negros; la cuestión de jornalería.

Esta isla, en el cultivo tan intenso del momento, en progresión cada día mayor, necesita un número de jornaleros que en su perímetro quizá tenga, pero que no quiere trabajar, prefiriendo disfrutar de las prodigalidades de unas llanuras y de unos montes copiosos de frutos, de los ríos y de los mares que con ligero esfuerzo le proporcionan el sustento diario. A la necesidad de brazos dentro de la isla, responde la de buscarlos en otras provincias.

Llega el mes de Septiembre y el agricultor contempla y admira una cosecha buena; su complacencia no tiene límites, piensa al recorrer campo por campo el número de picos que ha de recolectar, más en medio de estado tan satisfactorio una pena le aqueja, un pensamiento le preocupa, la falta de jornales, y allá ván para acallar estos temores treinta, y cuarenta mil pesos á la isla de Panay. Pasan Noviembre, Diciembre, y Enero, y el pacto celebrado al entregar el dinero, sin cumplir; no llegan á las haciendas el

número de jornaleros convenido, ni la cantidad de pesos recibida de antemano.

Veinte ó treinta individuos provistos de sus ropas, se presentan en el camarín de molienda, hablan con los cabos, y manifiestan deseos de trabajar porque saben que el hacendado tiene buenas costumbres y trata bien á la gente, pidiendo al final, después de largo rato de palabrerías, de siete á diez pesos por cada individuo, que destinan al pago de las cédulas, de los quince días, al cabeza, y para atenciones de sus familias. El hacendado vé el cielo abierto, y se forja sin número de ilusiones con el refuerzo llegado, entrega el dinero, y la sorpresa es para el día siguiente que se encuentra sin jornaleros y sin dinero, por haber huído durante la noche todos los trabajadores presentados el día anterior.

Esto pasa actualmente en Negros, y urge poner remedio pronto y eficáz á mal que de extenderse puede concluir con el trabajo de muchos años. Estipúlense obligaciones respecto á horas de trabajo, sueldos que se han de ganar, comidas, viajes, tiempo de estancia en cada hacienda, pero á la vez, como consecuencia de deberes pactados, dénse garantías al capital y seguridades al agricultor. Créense cuerpos de vigilancia de jornalería, díctense reglamentos adoptando á este Archipiélago el que tiene una de las Antillas, hágase una ley que concluya con la vagancia, y al establecerse las Misiones, dótense á los misioneros y á las autoridades nombradas, de facultades extraordinarias en lo que afecte á indocumentados y vagabundos.

No se intenta hacer la defensa del insular trabajador, tampoco perderse en el terreno de las diatribas y de su mala fama de flojo y abandonado; donde hay muchos hay de todo.

No se pretende seguir las ideas de tal ó cual persona, de este ó del otro individuo. En este caso concreto, como en la generalidad de ellos, el refran de que cada uno habla de la feria, según le vá en ella, tiene exacta aplicación.

El insular trabajador de la isla de Negros, él solo, sin ayuda de estraños, rotura, abona, siembra, ara, cultiva y beneficia 1.800.000 picos, y más de 400.000 cavanes de palay, bastantes quintales de café y abacá, cria tubérculos y destroza el bosque, dejando en estado de aprovechamiento agrícola, cientos de hectáreas de terreno. Los que se hallan al frente de la maquinaria, fuera de escasísimos ejemplares, los cabos, encargados de los camarines y pesadores, insulares són.

El camarín de molienda representa un trabajo de diez y seis horas, y el del campo doce, entre un sol abrasador y un calor inaguantable.

El insular unido y mandado por el peninsular, lo mismo en las cottas de Joló, que en las fortalezas de Maibung, igual abriendo haciendas en Negros, que yendo al bosque, resulta valiente, activo y trabajador, sin importarles que este «*clima de fuego convierte en agua la sangre y asfixia el pensamiento.*»





## CAPÍTULO XI.

Quizá el mayor de los adelantos agrícolas de la isla de Negros, consistió en la construcción de las hidraúlicas, aparatos económicos, ahorradores del combustible caro, y de la maquinaria costosa.

Minuluan, pueblo de cinco casas el año 1850, fundado en 1788 por veintidos familias escapadas de Tocgauan (Saravia) en una irrupción de moros, era el destinado, como más tarde (1881) sucedió con el arado de vapor, á tener en su jurisdicción el artefacto impulsado por el agua.

Era el año 1872; gobernaba la isla el señor Masgrao, defensor de los intereses agrícolas de su provincia, cuando un peninsular había intentado en la parte de Candaguit colocar una hidraúlica, ensayo que resultó desgraciado.

En Minuluan, el P. Fr. Fernando Cuenca en sus excursiones á las haciendas, á los barrios y á los ríos, había visto con envidia y sentimiento el curso y altura del Imbang y la situación res-

pectivamente baja de los terrenos de su pueblo capaces de ser regados, y le punzaba incesantemente un escozor que afligía sus aficiones agrícolas, al ver marcharse al mar un caudal de agua tan grande, sin aprovechamiento para nadie.

Espíritu solitario el P. Cuenca, sabe inventar; fabrica artefactos, pero teme al éxito, no comunicando á nadie sus proyectos, interin no ha salvado la distancia que media del proyecto á la realidad. Conseguido su objeto, lo entrega para que otros lo utilicen y saquen la sustancia de muchos días de experiencia, y el pensar de algunas noches de insomnio.

El método que empleó para hacer la presa que había de contener el agua, fué tan sencillo, como requerían los materiales y útiles de que podía disponer, ó que á la mano tenía.

Estudió el terreno, y con sesenta jornaleros, en doce horas embalsó el agua sostenida en un plano inclinado por escolleras de piedra; hizo varias balsas que detuviesen el empuje de la corriente, y próximo al cauce abierto para conducir las aguas que habían de caer sobre la rueda, con cantos rodados del río y cascajo, formó la presa, contuvo el agua, y la empujó hacía el sitio por él designado. Hecho el ensayo, llevada á la realización la idea principal, lo accesorio era lo más fácil.

En los bajos de su convento con unos trabajadores que él enseño á ser carpinteros, dibujó la máquina en el suelo, sacó plantillas, se hizo herrero, ligó, trabó y formó la rueda al mismo tiempo que en el lugar que esta había de ser colocada, trabajaba de albañil y cantero, fabricando con unos cuantos jornaleros, los muros de contención y el salto de agua con sus auxiliares y adherentes.

En Julio de 1873 un camino del interior de Minuluan, era estrecho para contener las carros, carruajes y caballos que por él transitaban. El Gobernador de la provincia, el Alcalde, peninsulares, insulares de Bacolod, Silay, Minuluan y del Sur, hacían alto delante de un camarín donde se veia al lado de los atributos y culto de nuestra religión, una rueda de madera que la mayoría ignoraba cual era su destino. El Reverendo P. Fr. Mauricio Ferrero revestido y acompañado del R. P. Cuenca, rezó sus preces y bendijo la rueda, y un peninsular D. Diego de la Viña la impulsó echando sobre ella inmenso caudal de agua distraido al Imbang. Los momentos fueron de entusiasmo, de satisfacción y de verdadero contento.

El hombre de genio emprendedor, derrotado en Candaguit en una intentona parecida, abrazaba llorando al vencedor de Minuluan, las autoridades le felicitaban, y los peninsulares é insulares aunados por sentimientos de respeto y gratitud, daban el parabien á su mejor amigo y protector.

Desde aquel día las pruebas para *plantar* hidraúlicas, no han cesado, tomando parte activa en ellas su primer constructor.

Las ventajas que proporciona ahorrando la compra de leña escogida para producir el vapor, y la de los múltiples y costosos aparatos de hierro que forman una multitubular ó una locomóvil, la tranquilidad ante una explosión, y la economía del maquinista, con otras más, han entrado de tal modo en el hacendado, que pueblos no, barrios en contados meses, han visto moler las cañas de su jurisdicción en ocho hidraúlicas, una de ellas de gran potencia.

Bacolod, La Carlota, Pontevedra, Granada, Minuluan, Silay, Bago y Bais, tienen en su jurisdicción motores hidraúlicos, algunos capaces de moler mas de cien picos en doce horas, y se ha sustituido la primitiva rueda de madera de trabazón sencilla, por la de hierro traida de Inglaterra, y por la turbina que economiza caudal de agua y aumenta fuerza impulsora.





## CAPITULO XII

Se llegan á tratar en este capítulo cuestiones que patentizan y evidencian los esfuerzos proclamados en estos «apuntes», y esto salta á la vista con solo anunciar Guimbalaon y Zaragoza, trabajos superiores en contados meses, generosidades inestimables para el bien común, adelantos incomprensibles y previsiones saludables; y Carolan, valles y cañadas, collados y terrenos fertilísimos y productivos; punto de partida en estos momentos, de llegada en el porvenir para el hombre trabajador, para el cultivador del tabaco mejor que el de la Isabela de Cagayán, del café y cacao superiores á los de Batangas y Mindanao, del abacá de mayor estíma que el de Albay, y del arroz solo comparable al de Valencia por la gordura de su grano y sabor exquisito.

# Guimbalaon

Era una de las once Misiones propuestas al Excmo. Sr. Gobernador general de estas Islas en el proyecto publicado en Octubre de 1889 por el R. P. Fr. Mauricio Ferrero, Vicario de la costa Occidental de Negros, formaba un barrio del pueblo de Silay, de este distaba 17 kilómetros, y tenía por colindantes al Norte, el bosque, lugar inmenso para extender su territorio y jurisdicción, Sur, río Najalinan, divisorio de la misión de Dos hermanas, Este, el monte Macauili, y Oeste, el pueblo de Silay.

La despejada colocación del barrio, desde sus casas se dominan multitud de haciendas de los pueblos de Minuluan, Silay y Saravia, el fondeadero de los vapores de Iloilo, y la costa de Panay; sus terrenos de primera calidad para caña, café y abacá, sus condiciones higiénicas, una fuente en medio de su plaza, de agua excelente, y cuatro ríos que le circundan, el Najalinan, Samuyao, Napilas y Malisbog de corriente accidentada, hacen de este sitio uno de los más preferidos por los agricultores inteligentes, comprobándose este año sus previsiones, por que al paso que en los terrenos de la playa, la cosecha es insignificante por no haber prosperado la caña á causa de las muchas lluvías, en Guimbalaon ha crecido y se ha desarrollado sin que las aguas le hayan retrasado ni detenido en su crecimiento y lozania.

En las diferentes visitas que el R. P. Fr. Patricio Adell, Cura de Silay, hizo á Guimbalaon, examinó detenidamente el sitio que estaba en-

clavado el barrio, lo anduvo paso á paso, penetró en el bosque, y deseando, tanto como el bienestar de su pueblo, la prosperidad de Guimbalaon y que sus habitantes viviesen dentro de la acción religiosa, gubernativa y económica, previos los permisos oportunos, envió á un compañero, hermano de hábito, al barrio con la modestia característica del Misionero que vá á emprender una obra regeneradora, libros los necesarios, ropa la suficiente, abundancia de fé, de celo y de paciencia, y muchos deseos de trabajar.

Cumpliendo una ley de la naturaleza, en esta ocasión ayudada por los esfuerzos de los Padres y de sus superiores, cayó el barrio del lado que se inclinaba; Guimbalaon se convirtió en pueblo á los dos años de hallarse el Padre regentándolo, en Julio de 1892; y en el año pasado de las estadísticas de la iglesia aparecen las importantes sumas de 10.118 HABITANTES, 61 CASAMIENTOS, 245 DEFUNCIONES y 413 BAUTISMOS.

No han sido agenos á tan importante progreso los agricultores, D. Cornelio Hilado, cesionario gratuito de los terrenos que forman el pueblo, D. Ramón y D. Melecio Severino, este Capitán municipal, D. Quirino Gamboa y otros que han ayudado al Padre en gestión tan fructífera, ya llevada más adelante, á otros sitios, al monte, donde se han entablado con los infieles relaciones religiosas que terminan en bautismos, y comerciales que les hacen acudir á los mercados en días fijos, y en breve se fundará nuevo barrio dentro del monte, barrio, que en poco tiempo será de tanta estimación como el pueblo de Guimbalaon.

Para probar lo que un barrio aspirante á

misión en la isla de Negros puede prosperar, bastará añadir:

Que el veinte de Octubre de mil ochocientos ochenta y nueve, hizo su primera visita á tan importante lugar el R. P. Fr. Patricio Adell acompañado del Sr. Coronel de la Guardia Civil, su hermano de hábito, R. P. Fr. Fernando Cuenca, y principales de Silay y de Minuluan.

Que se consiguió en 20 de Abril de 1891 de los habitantes del barrio de Guinbalaon, y de algunos principales de Silay, que firmasen una instancia pidiendo Gobernadorcillo.

Y que el trece de Mayo del mismo año, la Capilla se trocó en Iglesia, bendiciéndose con gran solemnidad y pompa, y en Agosto de 1892, por orden del P. Adell, el P. Juán Manzanares, fué al barrio que se convirtió en pueblo, en Julio del año 1893.

## Zaragoza.

Barrio situado en las proximidades del Canlaon, albergaba hace algunos años individuos de mal vivir, ladrones de oficio y malhechores de profesión, que obligaron á una batida combinada de la Guardia Civil al mando de tres Sagentos peninsulares, que dejaron pacificado el barrio, y de orden superior se estableció un P. Recoleto, el año 1892.

Cuenta aquel, unas sesenta casas, y hay un Teniente sujeto á la autoridad municipal del pueblo de Bago, del cual dista 24 kilómetros, siendo sus linderos Norte y Oeste, el pueblo de que depende, Sur, terrenos de La Carlota, y Este, el monte Canlaon.

Su posición ventajosa le obliga á ser el punto de tránsito, de los que enfermos van á tomar las saludables aguas de Mambucal, centro concurrido á causa de conseguirse prodigiosas curaciones, y á fundarse un pueblo que contará desde su principio con 10.230 HABITANTES; 50 CASAMIENTOS, 150 DEFUNCIONES y 250 NACIMIENTOS, independiente de su parroquia Bago.

En su jurisdicción existen haciendas importantísimas, alguna de ellas cosecha 20.000 picos, y los ríos que atraviesan el barrio impulsan 14 hidraúlicas.

Quien haya visto y considere lo que era este barrio hace algunos años, y hoy vuelva á él, no atinará, sino tiene en cuenta la prosperidad de Negros, como la presencia de un Padre de iniciativa, impulsado por los suyos y secundado por su feligreses, puede llevar á cabo una obra tan grande en tan pequeño espacio de tiempo.

Casuchos de escaso valor y cogonales sin precio, se han convertido en casas y terrenos de labor, aquellas cámbianse en camarines, y estos en haciendas: dos ríos de cauce rápido se sujetan en su curso, se desvian y llevan sus aguas á impulsar maquinarias; en la ermita se construye la iglesia, el carro se sustituye por el tranvia, y todo prospera, y prosperará más, si esas líneas de avance que se han de situar en el monte llamadas Misiones vivas, llegan á aprobarse y á ser un hecho.

## Carolan.

En la parte Sur de la isla de Negros, en las estribaciones del monte Carolan, que á sus piés

tiene á treinta kilómetros el pueblo de Cabancalan, poderosa manifestación de la cultura de una localidad trabajadora, y á sus espaldas las dominantes mesetas de Tayasan, Jimalalud y Ayuñgon, sitios que albergan la ignorancia y el error, existe una inmensa extensión de terreno, que comprende por el Norte, la Cordillera de Suay, por el Sur, la del Tipasi, y en ella, al lado de bosques vírgenes, árboles seculares, arbustos ramificados desde su base, parásitas alimentadas con la substancia de tanta y tan gran vejetación, van encanzados caudalosos ríos de corriente impetuosa que lamen las faldas de los montes, dando salida á torrentes desbordados y entre helechos, y plantas expontáneas, brotan manantiales, puros y cristalinos, presentándose en Lapjan á los ojos del visitante, una cascada de agua, de gran caida, que corriendo antes por mansa tranquila y larga esplanada de árboles, plantas y terrenos cultivados, salta después, rápida y velozmente sobre piedras salientes y prominencias del terreno, y al chocar en ellas y recibir los rayos del sol, se forman juegos caprichosos y sin número de efectos, viniendo á parar este poderoso caudal de agua en un valle cuyas faldas crían el pino y otras maderas de construcción.

Las tierras que componen tan inmensa porción de territorio, son de primera clase, exceden á todo elogio; en las llanuras crecerá la caña y su cultivo resultará fácil y barato, en las cañadas y valles fertilísimos, que forman panoramas agradables que recrean y alegran al que los vé por primera vez, se cría en la actualidad el tabaco pagado á doble precio, que el de Barili de Cebú, cacao más estimable que el de Siquijor, y el café

y el abacá plantados y beneficiados de una manera primitiva por los infieles, se buscan hoy con empeño.

Habitan tan productivos y feraces terrenos 14.000 á 15.000 infieles diseminados en chozas y casuchos de *ticoy*, nipa del monte, reunidos en agrupaciones sumisas, obedientes y tributarias á su manera de un cabecilla, reyezuelo ó cacique que hace como padre de familia, y sin hostilizarse, porque su temperamento, ni es provocador ni guerrero, como algunos infieles del Norte de Luzón, viven en cierta holgada independencia sin el reconocimiento expreso de un Jefe que á todos domine en absoluto, y á quién respeten y acaten como tal.

Los infieles que pueblan el Carolan son de constitución robusta, musculatura desarrollada, de condición apacible si se les trata con suavidad, pero valientes hasta el heroismo si se les atropella ó se intenta cometer con ellos algún atentado. No tienen ídolos, ni supersticiones especiales, profesan las peculiares de los insulares bisayas imbuidos en ciertas escuelas de babaylanismo, pero como nadie lleva adelante el infiel del Carolan la practica del *balos*, que consiste en tomar venganza con las armas, la lanza ó el *siantong* del que le ha inferido una injuria personal ó ha causado en su familia muerte violenta. Ahuyentan también *el dangan*, espíritu maléfico de las parturientas, dando mandobles con el SIANTONG en las proximidades de la casa donde están las enfermas.

El Carolan, á pesar de su poco trato con los pueblos limítrofes, tiene su historia que lo acredita de hospitalario y valiente, y antecedentes

honrosísimos de una conducta sin ejemplo entre las razas infieles.

San Juán de Ilog, pueblo distante del Carolan más de 40 kilómetros, había sido asaltado y saqueado por los moros de Mindanao en 1727, como de costumbre, sin respetar religión, familias, casas, hombres, ni mujeres. Atemorizados los habitantes, huyeron al monte llegando al Carolan, un P. Dominico y más de 2.000 personas, entre ellas las autoridades, que pusieron en conocimiento de los Carolanos el motivo de la llegada á sus dominios. Estos, valerosos y resueltos les entregaron cuanto tenían, y empezaron á prepararse para la defensa, innecesaria, pues sabido és que el moro no se aleja nunca de la playa donde guiado de su instinto pirático, comete todo género de atrocidades. Así consta en un testimonio que el P. Dominico y las autoridades extendieron y firmaron para garantía y crédito de los habitantes del Carolan, á fin de que se exhibiese á propios y á extraños, cuyo documento, cuidadosamente guardado, se enseñó por el Cacique Manyabog á dos PP. Recoletos en una excursión practicada hace algunos años.

Las monteses del Carolan además de las buenas condiciones arriba señaladas, son laboriosos y trabajadores; siembran palay y maiz y plantan tabaco y toda clase de tubérculos como *camote*, *ube*, *gabe*, comercian con los pueblos de la costa próximos al Carolan, haciendo desde antiguo, cambios, ventas y compras, sin que nadie tuviera ni tenga el menor temor ni recelo en subir al monte, dormir entre ellos y negociar; no se ha lamentado atropello alguno, robo ni agresión de parte de los infieles, y no consienten que se al-

bergue entre ellos malhechor, ni remontado de los pueblos cristianos.

Su bravura y temeridad la tienen acreditada como la hospitalidad con un suceso ocurrido hace treinta y ocho años.

Preparados los Carolanos en 1856 por dos PP. Recoletos, los dos viven afortunadamente, uno en Filipinas, en Minuluan de la isla de Negros, joven en sus pensamientos, activo y emprendedor á una edad relativamente avanzada, el otro en España, impetuoso y decidido, pero sin luz ni vida en sus ojos, para una pronta reducción, comisión especial que les confió el Gobernador de la isla D. Emilio Saravia, entraron en pactos y condiciones que aceptaron los infieles de buen grado, suplicando estos que se les otorgase un plazo para levantar sus cosechas, que por cierto eran muy lozanas y abundantes, y que una vez recogidas empezarían á hacer actos de reducción construyendo casas en los puntos que la autoridad les designase como más saludables y de mejores condiciones para su instalación.

Esto ofrecieron cumplir los infieles del Carolan á los dos Padres que obsequiados, atendidos y respetados permanecieron en el monte una noche; y esto mismo prometió personalmente una comisión de treinta monteses de los más principales que acompañaron á los religiosos á Cabancalan, donde se hallaba el Gobernador, aceptando esta autoridad el ofrecimiento, así como el plazo ó tregua que solicitaban á nombre de su principal reyezuelo Manyabog.

El Sr. Gobernador los recibió cariñosa y paternalmente, los obsequió y les hizo varios regalos que apreciaron, dando por hecho y con-

venido lo que los dos religiosos habían tratado con Manyabog.

Esta obra tan fructuosa encaminada á un fin cristiano y patriótico, perjudicaba á personas acostumbradas al negocio y tráfico con los monteses, y les arrebataba dominio y capital, y como en algunas ocasiones vencen las malas artes, el maquiavelismo de unos cuantos muy contados, hoy ya desaparecidos de aquellas comarcas, fué á parar en el entonces Gobernador, haciendo fuerza en la vehemencia de su carácter y temperamento, y en los monteses, cuya ignorancia y candidez se explotó.

Y desde este momento faltando á todo lo prometido por los religiosos, y por él á Manyabog, se precipitó la reducción, creyendo hacer por la fuerza de las armas, lo que con paciencia, constancia y medios pacíficos se hubiese efectuado en algunos años.

Decidido y firme en aquella idea sujerida, por quienes andando el tiempo se han de nombrar, el Gobernador preparó su entrada en el Carolan con una fuerza de cuatrocientos cincuenta comisarios, pertrechados de armas blancas, más sesenta individuos del tercio de policía con fusiles y dos cañones de á uno, con metralla. Toda esta tropa se dirigió al monte mandada y dirigida por el sargento de policía, el peninsular D. Pedro Matanzas.

Llegada la fuerza al centro del Carolan, al sitio denominado Lapjan, ya enteramente prevenidos los infieles por quienes habían urdido la trama en que cayeran el Gobernador y los monteses, encontró Matanzas á estos en número considerable, en actitud hostil, metidos y parape-

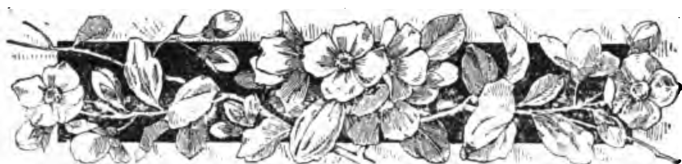
tados gran parte en una *Cotta*, especie de fortaleza, formada de troncos de árboles derechos y muy unidos, y las proximidades del fuerte rodeadas de mucha gente para protejerle, situándose los restantes en los puntos más altos y estratégicos, y cosa rara, sin amonestarles ni brindarles con la paz, y sin intimar la rendición á los que días antes se habían presentado sumisos y obedientes, sin contar para nada con los dos religiosos que intervinieron en los pactos y ofrecimientos, se inició el fuego, empezó el combate á tiros y á cañonazos, reservándose los infieles interín la lucha no se llevase al arma blanca. Mientras Manyabog vivió, á pesar de los muertos hechos por las armas de fuego, los infieles se defendieron, más privado de la vida el reyezuelo por una bala, sin entregarse ni rendirse, se retiraron á tres casas bastante grandes que techadas de cogon tenian dentro de la fortaleza, llevando á cabo un acto de valor y de virilidad que demostró su energía y fiereza, así que todos estuvieron dentro, el de pegarles fuego ellos mismos á las tres casas muriendo quemados y asfixiados infinidad de ellos, no sin defenderse, pues el Teniente de Cuadrilleros de Valladolid, al intentar asaltar la *Cotta,* desde una ventana de las casas le arrojaron una lanza que en el acto le dejó muerto.

Tuvo por resultado esta espedición dos soldados y cuatro comisarios muertos, mas de ochenta heridos, y asfixiarse en las casas muchísimos infieles.

El tiempo se ha encargado de ir borrando las terribles impresiones de este acontecimiento tan triste y lastimoso para los intereses patrios y re-

ligiosos. Poco á poco han venido la calma y la reacción, y á saberse causas y motivos ignorados en aquellos momentos de inquietud y zozobra, quedando pequeñas reminiscencias que los monteses olvidarán por ser muy susceptibles de reducción, si se emplean medios pacíficos, y se usa una política de atracción condescendiente y suave encarnada en nuestro sistema de colonización, en el que se identifican el misionero con la cruz, única bandera como signo de la redención y como árbol precioso bajo cuyas ramas pueden cobijarse todos los pueblos, y la espada, cuando los tiempos y las circunstancias la reclamaban, ó la reclaman, y la hacen imprescindible, y el arado y el trabajo, lazo de unión que hoy para gloria de gobernantes y gobernados hace unirse y fraternizar á los habitantes de la isla de Negros.





# CAPÍTULO XIII.

Quedó convenido, y cosa rara en el país filipino, la puntualidad distinguió á los viajeros.

El chocolate saboreado resultó exquisito, ignorándose si era de la clase *á ó é.* Cuentan que se sirve soconusco de estas dos especies en algunas casas, y así se previene al criado, que lo ha de hacer, al usar el tranquillo insular de acompañar á la palabra *chocolate,* una de las dos primeras vocales, que indican su mejor ó peor calidad.

Había en la mesa bizcochos, queso y un agua más transparente que la enviada por el Moncayo á sus pueblos predilectos.

Eran las cinco de la mañana, el día empezaba á clarear; colores violáceos inundaban el oriente de la bóveda celeste, en la que aun se veían algunas estrellas, y en el Oeste, se ocultaba la luna entre nubes blanquecinas y de ópalo.

Los montes aparecen despejados; ligera brisa

mueve las cañas espinas y los cocoteros, cimbréanse al paso de ella los extremos de la caña del azúcar; los plátanos ajitan sus largas hojas; y trás la quietud, el silencio, la obscuridad y las tinieblas de la noche, empiezan á adivinarse los resplandores de la luz, y á notarse los ruidos que anteceden á de un día de trabajo.

Tres caballos ensillados y dos insulares de atléticas formas armados de escopetas de cañones rayados y cartucheras con municiones, esperan en las puertas de una casa, que á sus inmediaciones tiene un jardin, donde la sampaguita doble y el nardo, el rosal de España y el jazmín, embalsaman con su olor cuanto á su alrededor se encuentra.

Los caballos relinchan; los ginetes suben sobre ellos, las campanas de las haciendas y los silbatos de las maquinas de vapor, llaman á los jornaleros, y por larga y ancha calzada, los viajeros precedidos de los criados que ván á paso ligero, entran en el camino del mangle.

Los extremos de los palos de una embarcación, asoman por encima de las copas de los árboles, haciendo discurrir al que no conoce las interioridades de los mangles, como en aquella multitud de *pagatpat* y de *bacjao* puede haber un barco, más un camino corto y despejado abierto á destral, tronchando árboles y haciendo terraplenes, y un río, sacan de dudas llevando á la realidad, á la vista de un bote donde aguardan cuatro remeros y un timonel, de una falua que embaula en su panzudo casco bayones de azúcar sacados de los wagones de un tranvia, de la marea que creciendo cada momento sube, del marisco encarnado que huye y se oculta al sentir un ruido, y de las redes,

que al salir del agua llevan entre sus mallas abundante y pequeño pescado.

¡Avante! grita el patrón del bote al sentarse en él los tres viajeros que se esperaban; adelante, marcha al compás y fuerza uniforme de los cuatro remos; detiénese la embarcación, queda varada un momento, echánse al agua remeros y patrón, á la voz preventiva se preparan, y al oir «*á las tres*» dicho en voz fuerte y enérgica por el patrón, fuerzas superiores ponen en el canal á la pequeña embarcación, que nuevamente marcha describiendo zis, zás, salvando recodos, y evolucionando hasta llegar al sitio donde el caimán tiene su guarida

El silbato de una lancha de vapor se oye á lo lejos, y los gritos arrulladores de la paloma se escuchan; el árbol que solicitario crece y se desarrolla en medio del río, en un banco de arena, el árbol único que al nacer rodeado de agua salada acredita lo bello de un paisaje y lo hermoso de una perspectiva, es saludado. Las banderas y gallardetes de una lancha de vapor ondean en el aire; el que sobre el agua marcha ayudado por la fuerza de los remos, se detiene un momento reconociendo la superioridad del que anda por el impulso del vapor; los pañuelos se agitan, los saludos se cambian, y hacése el trasbordo. La mar está tranquila, parece un lago; las lorchas, esos barcos de corte esbelto que llevan dentro de sus débiles tablas la fortuna del agricultor ó los ahorros de un comerciante, van en direcciones encontradas, y los *vilox* ponen la proa hacia un bulto que firme y sin movimiento, aparece en el mar á dos millas de la playa, coincidiendo en su marcha y rumbo con la lancha de vapor.

Vése bastante alejada una tolda de lona en el mar; ya se pueden contar las *palmas-bravas* clavadas en la arena; ya las miradas de cién individuos se posan sobre el vaporcito que forzando su marcha desea llegar al término de su viaje, y se empiezan á contar las pequeñas embarcaciones que rodean al corral de pesca, que no es otro el sitio á donde se dirijen los viajeros de la lancha.

Sobre ocho brazas de agua se halla colocada la pesquera, *corral* ó *ponot;* sobre ocho brazas, que suponen un trabajo sin límites, una constancia y decisión á prueba, y un bucear que pocos pulmones y escasas personas resisten. La caña espina, la *palma-brava*, el bejuco, el conocimiento del sitio, de las corrientes, de las mareas y de los vientos, todo se ha barajado y tenido en cuenta.

La aptitud natural del trabajador insular, esa cualidad ingénita en él, propiedad de su organismo, descuella en el artefacto colocado en medio del mar; la inteligencia y la industria, el comercio y el afán de lucro, el sócio capitalista y el industrial, el poseedor de seiscientos ó setecientos pesos, y el dueño de unos pulmones forjados en acero, de un tesoro escondido en sus músculos y pecho, se han convenido por uno ó dos meses.

De la lancha á lo que el buzo, y el que no es buzo llama *horma* del *corral*, se pasa y salta con facilidad, y sobre ella se encuentra una mesa con botellas de Jerez, *tinto* y coñac Jules Robin, á un lado un *calan* que empieza á arder, los amacanes que privan de miradas indiscretas, el *batulang*, el *carajay*, las botellas de manteca, el *canon* y treinta ó cuarenta personas.

Los buzos que llevan en su desnudo cuerpo

tan solo un estrecho *bajaque*, preparan el *sihod*, y lo echan al agua; otros cojen el *siguin* que lo pasan nadando y rozando las *palma-bravas* que forman el corral; estrechan al pescado, lo acosan y lo meten en reducido círculo donde ha de ser cojido.

El caso ha llegado; la impaciencia y el deseo por parte de los convidados y curiosos de averiguar la fortuna ó desgracia, y el conocimiento ó torpeza de los constructores, no puede contenerse, curiosidad que estos han satisfecho, pues costumbre es muy arraigada en los pescadores insulares, visitar el día anterior el corral, y hacer una intentona, que si sale provechosa, no se utiliza, arrojando al mar lo que la fortuna les ha proporcionado.

El buzo más práctico y resistente empuña el *sihod* que ha de sacar lo que abajo se encuentre; una cuerda larga amarrada al *sihod* le previene y le alivia el peso que pueda subir si la pesca es afortunada; el buzo con aquel aparato desaparece entre las aguas, y entre el círculo del *siguin;* los pescados, al notar que un cuerpo estraño viene hacia ellos se inquietan, suben, bajan, aparecen en la superficie del agua, y descienden aprisionados por cadenas de estrechas cañas. Pasa minuto y medio y á una señal convenida, el que abajo, a ocho brazas de agua se encuentra, avisa al de arriba, este recoje y tira cuerda, y más cuerda hasta que al aparecer el *sihod*, ó banasta de red fuerte y compacta, fuera ya del agua, los coletazos del *tanguingui*, resultan más fuertes que los del *rompecandados*, el *lison*, se esfuerza y sobrebuja al *badlon*, el *ampahan* quiere recobrar su libertad, y en aquella heterogeneidad de pescados tan variados y raros, tan exquisitos

y sabrosos, el agua sale rociada por el asperjes de la cola del pescado preso, que en sus deseos de saltar desprende de su cuerpo escamas que llegan á la cara y vestidos de los que presencian faena tan animada. Gritos de satisfacción se escapan de varios lados, el dueño sonrie, los buzos hablan y recuerdan casos parecidos; los compradores callan pensando en la baratura del precio ocasionada por la abundancia, y solo los *turistas* y los invitados piensan en lo sustanciosa que resultará toda aquella variedad de pescado en salsa á la mayonesa, al graten, frito, con arroz, y de otras mil maneras, condimentos y guisos.

La primera excursión al fondo, ha resultado provechosa; los compradores ofrecen cantidades por lo que coja en un *batulan* ó cesto de gran capacidad; el día siguiente, es viernes de Dolores; el dueño se niega, empieza el regateo, los espectadores se impacientan, y otra nueva excursión de mayores rendimientos que la primera anima á todos, compradores, buzos, dueño y testigos presenciales de tanta fortuna.

De Iloilo y de Jaro, llegan los regatones instigados por la calidad y el gusto sabroso del pescado, y por la ganancia que ha de ser mucha; empiezan nuevamente las pujas; la venta al menudeo se entabla, se defienden los que desean comprar en gran escala; el martillo en medio del mar se halla abierto; el vapor «Rápido» pasa á la vista; el pescado frito, el golpeado y tomado ligeramente de harina y huevo batido, y el cocido con yerbas olorosas para luego aderezarlo con salsa vinagreta, se hallan sobre la mesa; el dueño llena de pesos mejicanos su cartera de viaje, antes vacía, se ensartan los pescados des-

pués de cerrado el trato, y del corral pasan á las embarcaciones en cuerdas preparadas como pasarán á los estómagos de los felices habitantes de Iloilo, que disfrutan de la prodigalidad y riqueza de la isla de Negros.

La expedición del día anterior á causa del fuerte sol de toda la mañana y de la tarde, y del ajetreo de lanchas, botes y caballos, había quebrantado los cuerpos de los viajeros que en casa confortable y cómoda de una hacienda, proyectaron dar descanso á sus averiadas personalidades. El tiempo se prestaba á hermanarse con las intenciones de los turistas.

Era Viernes de Dolores, y el Viernes de Dolores, supone vapores y lorchas que dejan sobre la arena de la playa y en los camarines, cajas y más cajas repletas de sombreros, zapatos, piezas de cantón, de paño negro y de coco espartero, sayas de seda, abanicos y miles de efectos que los chinos, esas hormigas filipinas, han cuidado de traer de sus cabecillas de Iloilo.

Las haciendas están repletas de jornales, nunca en los trescientos sesenta y cinco días del año, según el cuaderno de pasar lista, ha entrado más gente al trabajo. El agricultor se halla contento; el depósito de arroz vomita gantas y cavanes, y todas las faenas se ejecutan con puntualidad asombrosa. A las dos de la mañana arronzadores, panseadores, azucareros, soplillos, fogoneros, y toda esa taifa que lleva la carga más pesada de la hacienda, han ocupado sus puestos sin faltar uno, no decayendo un instante en sus respectivas ocupaciones que duran cuando menos

para resarcirse del retraso de la semana que vá á entrar, unas veinte horas.

El día está hermoso, resplandeciente de luz y claridad; el sol cae perpendicular sobre las sudadas espaldas del jornalero, que sin sentarse un minuto, lleva cuatro horas sembrando puntas; el nordeste empieza á soplar, la marea crece, y aprovechando la abundancia de agua, la lorcha llega y fondea en el embarcadero de la hacienda, conduciendo bejucos, bayones y bastante dinero, que ha de llevar la alegría al jornalero ansioso de estrenar objetos, la satisfacción al chino que en sus miras avariciosas no se contenta con menos del treinta por ciento de ganancia, y la tristeza al hacendado, que después de pagar religiosamente, quizá verá al tocar la campana del trabajo el lunes de Pascua, que han desaparecido bastantes jornaleros.

Una procesión interminable acude á la casa-hacienda; en el *silong* el propietario con un papel en la mano, el escribiente apuntando y un cabo leyendo nombres en voz alta, no se dan punto de reposo, no descansan un momento, mucho más si el turno corresponde á una mujer, siempre dispuesta á hablar, nunca vencida en la ocupación de pedir.

Uno por uno van compareciendo, con la sangre fría, y «el que se me importa» del trabajador cuando trata de dinero, y pretende igualarse, haciendo desaparecer organizaciones, decoro, vergüenza, constancia y valer en el trabajo, pidiendo lo mismo el que durante un año ha soportado la labor de la inmensa mayoría de los días, las aguas, el viento, el sol y el camarín, que el flojo y abandonado que siempre busca

el día bueno ó la clase de trabajo más conforme á su constitución de perezoso y haragán, ó acude al pasalista aguijoneado por el hambre ó la necesidad.

La mesa de narra contiene pilas de pesos que asombrarían al que facilita los gastos de la hacienda; se acercan los jornaleros y piden «ocho, diez, doce pesos» entregados sin vacilar, pues merecido lo tienen, asomando á los labios del hacendado ligera risa burlona cuando llega uno de esos malos trabajadores que con descaro y cinismo sin igual, al preguntarle cuanto quiere, contesta, «doce,» habiendo trabajado en los dos últimos meses según el pasa lista, catorce días, precisamente los anteriores á este pagamento.

Llenos de dinero, deseosos de gastarlo, las mujeres van presurosas al pueblo, y compran sombreros, zapatos, pantalones, sayas, y camisas; el anisado «tanduay,» y la tuba, corren á diestro y á siniestro, y en un campo de caña apartado de la casa, y de los caminos al que no pueden llegar los ojos del dueño, el resto del dinero entregado por la mañana, recorre la última etapa de su posesión en manos del trabajador.

Una luz pobre y escasa de petróleo resguardada del viento y con objeto de prevenir un incendio, se halla dentro de los cristales de un farol, aquella alumbra un campo de caña, y un grupo de unos cuarenta hombres dando sus amortiguados reflejos en primer término, en un trabajador, cocinero de oficio, de contestura delgada, vista penetrante y largas manos, cuya izquierda agarra unas barajas sucias con el empeño que guardaría prenda de todo su afecto. En su derecha lleva un tabaco lleno de

ceniza y amaraduras llamado *piocus*; «*taya*», dice en voz baja tirando albur y gallo, y después de hechas las apuestas esclama, «*vira*», y al volver el naipe, y echar sobre una manta encarnada desteñida por el uso, la primera carta del montón, se confunden en aquellos instantes los pensamientos de todos los jugadores en uno solo; ganar, y ganar.

Los centinelas de la hacienda han abandonado su puesto al tener noticia del juego; una pareja de la Guardia civil que se comunica casi todas las noches con aquellos, extraña la ausencia, van en su busca, pasan por los bajos de una casita, oyen hablar, y discutir de jugar á varios jornaleros; los guardias suben, y les obligan á enseñarles el sitio del juego.

Paso á paso con toda precaución se aproximan al lugar del suceso, oyen algunas palabras, ven moverse bultos, van á caer sobre ellos, y al gritar; ¡alto! ¡alto!, el farol desaparece, las cártas sufren escamoteo, el dinero se escapa, dos pesetas, cuatro cartas y dos jugadores son el cuerpo del delito, las piezas de convicción y la prueba del juego; los guardias corren, los jugadores más prácticos se ocultan en los campos de caña, ríos y sapas; la campana de alarma tocada por los centinelas suena en la hacienda, y con una frescura sin igual, unos limpios y nuevos, otros llenos de barro y cojeando, acuden á poner en conocimiento del propietario lo que ha pasado.

Al día siguiente los sombreros comprados han ido á mejores manos, los zapatos cambian de dueño, y los pantalones se han vendido por menos precio, envolviéndose los afanes de lujo de la semana santa, en los mismos trajes que en los meses anteriores.

El sábado se había designado para continuar el viaje, y llegar el Domingo al pueblo de..., famoso por su gallera, y así sucedió.

Penetrad en el templo que por ídolo tiene el gallo; pasad una puerta de caña en cuyos alrededores el *paccio*, *la morisqueta*, el pescado frito, el escabeche, el *binuro*, las golosinas, el *tanduay* y la *tuba* abundan en movibles mesas y en el suelo; atravesad ancho espacio defendido del sol por un tejido de nipa donde cacarean los de colores tan variados, los de plumas tan vistosas, el *bucay*, el *talisayon*, el *pula*, el *camasojon*, el *tabas* y el *alimbuyog*, los orgullosos con sus amarraduras, los que han de ser curados con empeño, aplaudidos, festejados, vilipendiados y escarnecidos, según se le antoje al dios *Exito*.

Pagareis, si sois persona de menor cuantía, y os entregarán un billete ó papel, que derecho os dará á disfrutar de la cocina del asentista ó subarrendador del circo gallístico, os abrirá una puerta de *barasbaras*, un centinela ó bantay, que según vuestro porte ó persona, os saludará, ú os soltará un empujón, andaréis trecho pequeño, limpio de yerbas, rodeado de caña, y ya estais en la pista, en el suelo, en ese ruedo para el que no existen clases, donde se igualan el peninsular, el capitán pasado, el teniente, el gobernadorcillo, el comisario, el jornalero y el cabeza de barangay, en el que las aspiraciones se confunden, las impresiones se suceden, los gritos salen expontáneos, los alardes de valor se aprecian, el dinero hijo del trabajo, ó producto de la irregularidad, pasa de mano en mano como

bolsa de titiritero, en ese ruedo, en el que en letras grandes leereis la apoteosis del vicioso, expuesta, en cartel de regularesdi mensiones, que dice «*Palco para españoles*, y *Tajures preferentes*.»

Volved vuestra cabeza y observareis tres grupos de doce á catorce individuos cada uno, todos en cuclillas, que tocan, palpan y manosean los gallos que se hallan en un *palayas* grande dentro de la gallera; en el sitio más próximo al lugar destinado á los gallos que se han de pelear, *tauos* que van y vienen, que se aproximan y alejan; criados, ó amigos ó parientes que marchan trayendo y llevando animales que colocan junto á si, en el claro ó círculo que deja el grupo, con objeto de examinar lo grande, lo largo, la forma y el peso del que ha de combatir, para entrar luego en lo que se llama *emparejar;* operación de sumo cuidado, de gran atención, de apreciación fina y de recursos para el que se tenga por jugador hábil, de una paciencia encarnada en el temperamento del individuo, que mira y vuelve á mirar la *tenaza*, la escama, la señal, el cuerpo, las orejas, el ojo y el pico del gallo.

A fuerza de hablar unos y otros, de ponderar y ensalzar al bípedo ageno y de menospreciar al propio, de alabanzas, de vituperios, de dichos y de ocurrencias, el gallo llega á *emparejarse*, empezando en este instante á notarse esa corriente de simpatías y antipatías, y á formarse los corrillos, las conversaciones en voz baja, y el reflujo de gente hácia la pista antes abandonada, creciendo y llegando á su mayor auge la animación si han llegado á encontrarse, ó *enfrentarse* dos gallos de perso-

nas pudientes que se las tenían juradas desde la anterior gallera, ó gallos de islas diferentes, ó de pueblos contrarios, por razones del personal ó de emulación en fiestas y adelantos.

Un navajero, ó el mismo dueño del gallo, abre una caja de madera ó bolsa de paño con piel de gamuza, que contiene varios efectos, entre ellos, doce cuchillas de primera, segunda y tercera clase, según largura y grosor, cuchillas que tienen un filo y son de una pieza sola ó de dos del más rico acero, una piedra de afilar, la badana ó papel que se adhiere al espolón para no lastimar al gallo, la amarradura y la vaina de acero con adornos de plata que cubre la navaja.

Fórmase círculo estrecho de gente ansiosa de no perder el menor incidente y peripecias de la pelea, en medio el navajero ó dueño, saca las navajas, las mira, las observa, las mide, las afila, y por último elige una que pasa por la piedra de toque, la coloca entre sus dientes con la punta hacia la nariz y la orquilla para abajo, comenzando en aquel instante el acto más trascendental y de mayores consecuencias en el juego del gallo.

Un criado de confianza, el que quizá le ha cuidado con esmero y atenciones solícitas durante meses, el que le ha *ejerciciado*, bañado, sobado, echado vinagre en la cabeza y en las patas, y depositado con atento cariño sobre sus alas el humo de su tabaco más fuerte para matarle los animalillos, lo coje afectuosamente sobre el brazo izquierdo con el pico hacia su corazón como si quisiese prodigarle eterna caricia, y prestar el valor y entusiasmo por el sentido, al que en breve ha de reñir, á su gallo favorito. Coje el navajero la pata izquierda, la que tiene el espolón re-

cortado y bien arreglado, pasa á las manos del amarrador que lo soba y mima muy despacio al poner la badana ó papel en el que ha de ajustar la orquilla ú ojo de la navaja, fíjase esta, se separa un paso atrás el amarrador sin soltar la pata; su vista *vá* de la punta de la cuchilla al *tornillo* de aquella, la examina y la compara, y perdiéndose en mil cálculos *rectilineos* ó *curvilineos*, si á gusto la encuentra, empieza á sujetarla, dá cien vueltas de cuerda ó *mecate* finísimos de seda ó hilo retorcidos, hasta que embute la vaina en el filo, y estira al gallo las uñas de los piés para que adquieran elasticidad y agilidad, si la habían perdido al arrollar á la pata tanto hilo como lleva.

Ya están en el ruedo los animales, ya los que la noche anterior, apenas sin hacer ruido, han sido visitados á las doce ó á la una de la madrugada por sus respectivos dueños, á la tenue y obscura luz de una vela de esperma ó de un vaso de aceite, que delante lleva á guisa de pantalla papel opaco de china, encontrándolos dormidos ó descansando en posturas iguales á la *culebra* ó mirando á la amarradura, ó parecidos al *baguis;* ya los que tienen las uñas, *dao tirabuson,* ó que sus patas son, *dao redoble sa tambor*, ó sus señales en el espolón encarnado, pintado de negro, ó las escamas, ó el pico, ó las alas los acreditan notablemente, ya por los que se ha consultado la marea, la luna, Sagitario, Piscis y Capricornio, la pluma y el color, están para pelear, van á *enfrentarse.*

Pilas y rimeros de pesos aparecen en la mesa del casador, sin importar un comino disposiciones reglamentarias limitadoras de apuestas; en aquella se agolpa gente de todas clases, inquiriendo

y preguntando; óyese, ¡poco falta! ¡sobra tanto! ¡pago! ¡retiro cuanto! ¡añado uno ó dos!, esto equivale á ciento ó doscientos pesos; la mesa es insuficiente para tanto dinero y personal; los jugadores marchan de uno á otro lado olvidando la tradicional pereza; la confusión resulta espantosa, las apuestas se cruzan ya por fuera, de esquina á esquina se hacen preguntas, se corre, se animan las conversaciones, empieza el relato de procedencias, juego, vida y milagros de los gallos, las veces que han ganado, la manera de pelear, mezclánse la bulla y la algazara, las risas y los dichos alegres, notándose un olor á tabaco, un calor, una animación y un ambiente entusiasmador de casa de juego que excita y pone nervioso á un público ávido de ganar ó perder la mayor parte, deseoso de impresiones la menor, y ajitándose todos en una atmósfera embriagante solo soportada por el aficionado de verdad, solo respirable para los dueños de los gallos embelesados en la contemplación del ídolo de la casa, y para el que siente la inclinación á un juego lícito, en el que por mucho entran el amor propio y la vanidad, la confianza y el conocimiento del gallo.

La voz del casador gritando «*pica y larga*», llega á los oidos de los que en la gallera se encuentran, la campana anuncia que las apuestas quedan hechas y se hallan casadas; la pista aparece libre de gente echada á empujones, pues no otro medio se puede emplear con los puntos enloquecidos por el gallo y el dinero, vénse solamente en ella los soltadores, el sentenciador y el edil del tribunal. Cojen sus gallos los dueños ó los que los han de soltar, colócalo el *del llamado*, ó

sea el de mayor apuesta en su brazo izquierdo poniendo la cabeza tapada con su mano derecha y las orejas libres á disposición del contrario, ó sea del *dejado*, del de menor apuesta, que pica con furor, repitiéndose la operación por el otro.

Ya quitan la vaina; el acero aparece brillante y reluciente, retíranse á un lado el encargado del tribunal y el sentenciador, que desde este momento observa atenta y minuciosamente á los soltadores y á los gallos; empieza la cuestion magna, la de las líneas, la de los infundios, la de las querencias, en las que el soltador suele mostrar gran pericia y conocimiento, porque en estos instantes, un descuido ó una desventaja, podría ser fatal, de pérdida irremisible.

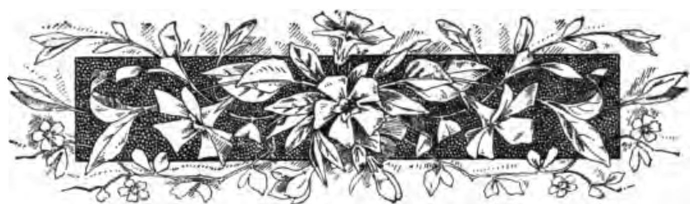
Todo es silencio en la gallera; no se oye ruido alguno, nadie habla, todos han enmudecido, la vista ha reemplazado á la lengua, no se pierde un movimiento de los soltadores que se disputan, abusando de las supersticiones innatas en el jugador de sangre, el sitio que ganó la anterior soltada, la dirección del sol, un altito en el suelo escapado á la previsión del asentista, ó aprovechan un descuido, la menor ligereza, y la más pequeña indiscreción.

Por fin trás cambios de un lado á otro, careos, vueltas, marchas y trigonometrías mil, quedan los gallos en el suelo dejados á cierta distancia calculada por las disposiciones del animal, que puede ser rápido ó tardo en el embestir, por volar mucho, por que su juego sea *en alto ó en bajo*, y por esas mil circunstancias y detalles reservados á los profanos, que no encuentran á causa de su ignorancia, lances ni diversión, ni habilidad en la riña con cuchilla, y

declaran que todo depende de la suerte, como si esta no fuese siempre en achaques de juego, el árbitro inapelable, y como si no hubiese gallos que valiesen, desde 4 reales á 50, 60 y más pesos.

Ya están frente á frente los gallos; ya bajan la cola antes tan alta como su copete, ya círculo de pequeñas plumas rodea su largo cuello; el pico en bajo, vá de un lado á otro, quiere distraer á su contrario entretenido en escarbar, sus ojos se fijan en los movimientos del contrincante; ambos temen embestirse, clavan sus abiertas patas en el suelo, agitan su pequeña cabeza, signo infalible de los buenos gallos; estos reservan su pecho como si conociesen lo grave de la herida en él causada, extienden sus anchas alas, vuelan, el acero por una contracción de las patas viene á ser su defensa y su ofensa, la guardia y la herida al contrario; los dos luchan bien, son acabados *esgrimidores*, no se han *topado*, vuelven al suelo, el valor propio de ellos vale más que la táctica y *esgrima* enseñada los lunes en el *sampoc*, se embisten con coraje; segunda vez se *porracean* con ahinco, golpe trás golpe cae uno, que intenta defenderse, casi espirante, ó los dos mal heridos huyen á causa del dolor, y el sentenciador entrega el gallo ganancioso á uno de los soltadores, renovándose entonces lo de siempre, la soledad, las malas palabras, y los dicterios injuriosos al que ha perdido, las caricias, halagos y acompañamiento al vencedor, no en todas ocasiones, porque gallos se han visto que perdiendo por un accidente inexplicable, ya heridos, han sido curados y han vuelto á ganar con bravura.





# CAPÍTULO XIV.

Preocupa y con sobrada razón á las autoridades, centros oficiales y personas que habitando fuera ó dentro de la isla de Negros, siguen paso á paso sus adelantos, el género de vida, riesgos inquietudes y zozobras llevados y sufridos por los agricultores y jornaleros hoy afanados en las roturaciones y cultivos de los montes y bosques de aquella provincia.

No podía escaparse el poner pronto remedio á este malestar, á los más directamente interesados, y ya en 1856 un Gobernador de dicha provincia D. Emilio Saravia, enviaba al Excmo. Señor Gobernador general una exposición acompañada de una memoria y del padrón general de la isla, escritos y formados con datos que se tomaron directamente de barrio en barrio, y de sitio en sitio por los PP. Recoletos llenos de un deseo perfectamente justificado, que no era otro, que reducir á la vida social á los que se encontraban

fuera de ella, designando como sitios donde habían de establecerse misiones, Bactoc, hoy Zaragoza, Mampunay, Bung̃ajin Calatcat y Carolan. Ignórase el resultado de esta iniciativa.

Después el M. R. P. Fr. Pedro Sanz de Jimamaylan, de buen recuerdo, publicó un folleto sobre Misiones lleno de datos y apreciaciones, que sirvieron á un ilustre gobernante, al Excmo. señor D. Valeriano Weyler, para llevar á la isla de Negros sus nunca bien encomiados proyectos sobre repartimiento de enlace, que encajaban en la organización de esta provincia con un ajuste apropiado á las condiciones particulares de la isla, cuyo principal desarrollo agrícola iba caminando hacía el monte.

Coincidió con la época de mando de aquella ilustrada y celosa autoridad, la publicación de un proyecto de misiones y una ligera reseña de la isla de Negros, dedicado al Marqués de Tenerife, y escrito por el M. R. P. Fr. Mauricio Ferrero, Vicario del Sur de la Región Occidental de Negros, proyecto, que en algunas de sus ideas ha encontrado la realización más completa que pudiera calcularse.

No era el Excmo. Sr. Gobernador general de estas islas, autoridad que diese al olvido impresiones recibidas de una manera halagüeña, así es, que en una de sus primeras visitas á las provincias, sin previo aviso, desembarcó en la isla de Negros, vió, inspeccionó y animó á los PP. Reoletos á continuar en su empeño, ordenando deslindes y señalamientos de demarcación á los ayudantes de montes, y recordando hoy alejado de estas islas, en importante mando en la Península, proyectos tan interesantes y necesarios.

Las gestiones no paran, y en últimos del año 1893, el M. R. P. Provincial de PP. Recoletos, Fr. Mariano Bernad, ha acudido al Excmo. Sr. Gobernador general en instancia tan razonada como práctica, en la que se desenvuelven problemas beneficiosos á la Patria y á la Religión, suplicando el establecimiento de Misiones vivas y Misiones Parroquias en la isla de Negros.

La autoridad superior de las islas patrocinadora siempre de las ideas que tiendan á un fin útil y provechoso, en su deseo de llevar el bien y la prosperidad allí donde haya necesidad, acordó sin perder tiempo abrir los informaciones de rúbrica, ya evacuadas en la región Occidental de una manera favorable como era de esperar en los antecedentes del actual Gobernador, y el Illmo. Sr. Obispo de la Diócesis á su vez enviaba á los Vicarios de aquella región, el expediente canónico, en estos momentos informado, cual se merece asunto tan trascendental, acompañado de datos numéricos, de detalles de apreciación y conocimientos de la provincia, que acreditan el estudio acabado de un asunto, y el valer de los M. R. PP. Fr. Patricio Adell y Fr. Mauricio Ferrero.

Hay que caminar del año 1849, fecha de la reincorporación de la isla de Negros á los padres Recoletos, y observar con escrupulosidad y detención la política seguida en todas ocasiones, exceptuando la malhadada campaña del Carolan, en mal hora interrumpida por el genio de la impremeditación y de la avaricia, y venir á estos días para formar ideas propias respecto á colonizaciones y manera práctica de adelantar sin entorpecimientos ni dificultades.

Hemos visto al recoleto, al peninsular y al insular unidos, favorecidos á la vez por las actividades y energias de los gobernantes. Se han podido admirar las disposiciones del insular solas y únicas en los desmontes, apertura de calzadas, roturaciones y trazados de haciendas, al dejar el comercio por la agricultura. Aquel ha apreciado y ha seguido las huellas del peninsular, construyendo canales de desagüe, mejoras en el cultivo, y adelantos materiales, y los dos á la vez han aprendido la fabricación de hidraúlicas y máquina desfibradora del abacá en la generosidad y en el desprendimiento del recoleto.

Así presenciamos que el catecismo, el trabajo agrícola y la idea patria representados en el padre, el peninsular el insular y la autcridad, mientras permanecen juntos, marchan prósperamente, defendiendo, enseñando y trabajando, todos á una, estimulados por el bien general y por el engrandecimiento de una Madre común.

El insular trabajador con el hacha precede á todos, sufre las tiranías de las enfermedades, del mal comer, del peor dormir, arranca árboles, quema leñas, planta el tubérculo y siembra el palay y el maiz. Síguenle el insular propietario y el península delineando haciendas, construyendo casas, llevando el cultivo de la caña, del abacá y del café, protejidos por el padre que les envía el compañero, que les visita, si solo regenta la parroquia, que les anima, les fortifica, y les hace dignos de consideración á los ojos del trabajador, predicando y aconsejando, á la vez que las prácticas sabias del Evangelio, el amor y el respeto á las autoridades y á sus subordinados.

El Padre, quiere y no puede. La distancia que

separa su convento del barrio ó sitio objeto de sus afanes, suma veinte, veinticinco kilómetros de caminos que son baches, y de baches que son simas, donde ni el carabao puede andar, no pudiendo por esta causa tan importante llegar, ni la acción gubernamental, ni el auxilio del párroco.

Las Misiones vivas y las Misiones parroquias, responderán á un principio civilizador, cristiano y patriótico, y á un fin administrativo y económico, que deben llegar á hacer brotar y á entusiasmar el sentimiento del español, del católico, del gobernante y del economista, si parten de los principios de la protección y defensa debidas al habitante de los bosques, que contribuyendo á sostener las cargas del Estado en parte proporcional, no recibe ningún beneficio de este; de los auxilios que se deben prestar al que pertenece á una comunidad de fieles, y se halla imposibilitado de poder practicar, y de no consentir que miles de personas sin freno ni sujeción, vivan de una manera salvaje sin ser provechosas á nadie, más que á sus creencias absurdas, y á errores inveterados.

La isla de Negros, trabajadora y trabajada en la playa, ha ido en su aumento de población y deseo de progresar hacia el monte, suponiendo cada paso de avance de la civilización, un esfuerzo de ocultación de ciertas gentes, al interior. Estos son los indocumentados y los infieles cuya reducción y atracción, se proponen las Misiones al ser planteadas.

Comprenderán estas los puntos siguientes:

## MISIONES PARROQUIAS CON $ 600

| | |
|---|---|
| **Vicaria Sur de la region Occidental.** | Suay con Binicuil de Jimamaylan.<br>S. Miguel con la granja de la Carlota.<br><br>*Misiones vivas con pfs.* 800, *y pfs.* 400 *para el auxiliar.*<br><br>Alegría con Sta. Rosa de Murcia.<br>Cumalisquis de Murcia.<br>Odiong de la Isabela.<br>Carolan de Cabancalan.<br>Campomanes de Sipalay. |

*Misiones parroquias.*

| | |
|---|---|
| **Vicaria Occidental Norte.** | San Carlos con Guadalupe y Jagna de Calatrava.<br>Argüelles con Magallanes y Marianas de Escalante.<br>Sicaba con Cádiz Viejo y Chamberí de Cádiz Nuevo.<br>Victorias de Manapla.<br>Cabancalan de Saravia. |

*Misiones vivas con pfs. 800, y pfs. 400 para el auxiliar.*

| | |
|---|---|
| Vicaria Oriental Norte. | Bagabuinis con Tabon y Gilaitan de Guijulngan.<br>Toboso y Salamanca de Escalante.<br>Honot-honot de Escalante. |

Expuesto el número de misiones parroquias y misiones vivas, se detallarán todas, siendo las primeras las del Norte de la Región Occidental para llegar al Sur Occidental, y así facilitar su comprensión.

*Misiones parroquias.*

## 1.ª Calatrava.

| Jurisdicción de las misiones. | Distancia de la matriz. | Almas | Indocum.s | Infieles |
|---|---|---|---|---|
| San Cárlos ... | 27 kilóm.s | 3000 | 2000 | 4000 |
| Guadalupe ... | 30 » | 1800 | | |
| Jagna. ... ... | 33 » | 1200 | | |

Los terrenos de primera calidad, producen 24.000 picos de azúcar, tabaco, cacao, arroz y algún abacá.

## 2.ª Escalante.

| Jurisdicción de las misiones. | Distancia de la matriz | Almas | Indocum.s | Infieles |
|---|---|---|---|---|
| Argüelles... ... | 20 kilóm.s | 4441 | 2500 | 1000 |
| Magallanes ... | 30 » | 1400 | | |
| Marianas... ... | 34 » | 1600 | | |

Excelentes terrenos que cosechan 40.000 picos de azúcar, mucho maiz y tubérculos.

## 3.ª Cádiz Nuevo.

| Jurisdicción de las misiones | Distancia de la matriz | Almas | Indocum.s | Infieles |
|---|---|---|---|---|
| Sicaba ............ | 10 kilóm.s | 10000 | 7000 | » |
| Cádiz viejo...... | 15 » | 1250 | | |
| Chamberí......... | 18 » | 927 | | |

Grandes extensiones de terrenos de la playa al monte Macauili todavía incultos; caudaloso y ancho río navegable, y sus cosechas consisten en unos 8.000 picos de azúcar, bastante palay, algo de abacá, café y mucho pescado. Esta misión tiene buenas maderas, bejucos y leña de mangle para todas las necesidades de su agricultura.

## 4.ª Saravia.

| Jurisdicción de las misiones | Distancia de la matriz | Almas | Indocum.s | Infieles |
|---|---|---|---|---|
| Canbancalan ... | 10 kilóm.s | 3875 | 8000 | » |

En esta misión se prueba de una manera evidentísima la cuestión de los indocumentados, no comprendiéndose como 3875 individuos de todas edades, pueden trabajar y beneficiar más de cien mil picos de azúcar, que producen estos privilegiados terrenos, más, si se advierte que los desmontes y las roturaciones se hacen, y aumentan como en ninguna parte de la isla.

## 5.ª Manapla.

| Jurisdicción de las misiones | Distancia de la matriz | Almas | Indocum.s | Infieles |
|---|---|---|---|---|
| Victorias .. ... | 12 kilóm.s | 5600 | 6000 | » |

Igual que en la anterior se acredita la indocumentación.

Más de 90.000 picos de azúcar, la siembra del palay, la pesca, el maiz los tubérculos que se cultivan y el *cainguin*, no pueden ser atendidos por 5600 habitantes de todos sexos y edades.

## 6.ª La Carlota.

| Jurisdicción de las misiones | Distancia de la matriz | Almas | Indocum.s | Infieles |
|---|---|---|---|---|
| San Miguel con la Granja Modelo. ... ... | 16 kilóm.s | 10000 | 6000 | 3500 |

El azúcar que producen parte de los dilatados terrenos que componen esta misión, pasa de 80.000 picos, siendo tanto el afan de nuevas explotaciones, que en el día los trabajos han rebasado las primeras estribaciones del Canlaon.

## 7.ª Jimamaylan.

| Jurisdicción de las misiones | Distancia | Almas | Indocum.s | Infieles |
|---|---|---|---|---|
| Suay.. ... ... | 6 kilóm. | 6.000 | » | 3.000 |

Este pueblo tiene Capitán municipal y Juez de Paz, y se halla separado de la matriz por tres rios que imposibilitan toda clase de comunicaciones y auxilios en tiempo de avenidas; produce azúcar y palay en bastante número de picos y cabanes.

*Misiones vivas.*

## 1.ª Guijulñgan.

| Jurisdicción | Distancia | Almas | Infieles |
|---|---|---|---|
| Baganinis ... ... | 30 kilóm.s | 500 | 9500 |
| Tabon. ... ... | 36 » | | |
| Jilaitan. ... ... | 40 » | | |

En esta misión se encuentra enclavada en su territorio, la cañada más próxima para comunicarse ambas regiones, la Oriental y la Occidental. Al pié de este hermoso valle se halla establecido en su parte oriental D. Diego Viñas, persona práctica é inteligente, de trabajo, de constancia y de abnegación, que honra el nombre y apellido de su padre el peninsular don Diego Viñas, hombre emprendedor y activo. Ha abierto aquel Sr., un camino que pone en comunicación la región oriental con la occidental, por el punto mas corto y practicable de toda la isla. Ha sabido con su buen trato atraerse las simpatías y el afecto de los monteses, que habitan en los alrededores de todo el valle. Presta protección, auxilio y hospedaje á todo transeunte, que pasando de una ú otra costa, busca albergue en su casa, y se ha dedicado á las siembras de palay, maiz y tubérculos, y á la cria de toda clase de animales.

Se producen en toda la extensión del valle y jurisdicción de esta misión, de cuatro ó cinco mil cavanes de maiz, tabaco unas veinte mil manos

de primera calidad, palay tres mil cavanes; se crian el bejuco y el *sig-id*, en sus abundantes y buenos pastos existen caballos, carabaos y vacunos; los terrenos se prestan á todo cultivo, y tiene su territorio aguas potables y caudalosos ríos.

## 2.ª Escalante.

| Jurisdicción | Distancia | Almas | Indocum.s | Infieles |
|---|---|---|---|---|
| Toboso ... ... | 30 kilóm.s | 400 | » | 7600 |
| Salamanca. ... | 35 » | | | |

Montes magníficos que crian maderas del primer grupo; se siembra abundante maiz y mucho tubérculo, y los terrenos inmejorables para tabaco, abacá y café.

## 3.ª Escalante.

| Jurisdicción | Distancia | Almas | Indocum.s | Infieles |
|---|---|---|---|---|
| Honot-honot ... | 24 kilóm.s | » | » | 3.000 |

En su circunscripción se hallan grandes betas de carbón de piedra denunciadoras de minas, por las escavaciones, catas y pruebas que se han practicado.

La generalidad de los terrenos sirve para el cultivo de la caña de azúcar, y se hallará situada la misión, en las inmediaciones del río Danao, de gran profundidad, en el que pueden penetrar embarcaciones de gran calado, y andando los años cuando el progreso agrícola y material de Negros, haya llegado al auge que se debe esperar, dado el avance rápido y portentoso de estos últimos años, será el punto de embarque y puerto de la isla de Negros.

## 4.ª Murcia.

| Jurisdicción | Distancia. | Almas | Indocum.s | Infieles |
|---|---|---|---|---|
| Alegría ... ... | 10 kilóm.s | 2500 | » | 2500 |
| Sta. Rosa.. ... | 15 » | | | |

Feraces terrenos que crian toda clase de productos, palay, maiz, tubérculos, como camote de varias clases, ube, gabe, barot, lima-lima, tinancong, cambaya, y abacá, quinisol, halbay, moro, y mundo; y café en abundancia, de primera clase, en su mayor parte caracolillo.

## 5.ª Murcia.

| Jurisdicción. | Distancia. | Almas. | Indocum.s | Infieles |
|---|---|---|---|---|
| Cumalisquis ... | 40 kilóm.s | » | » | 3000 |

Su reyezuelo ó cacique Abnay, tiene prestado juramento de reconocimiento y subordinación á España ante las autoridades civiles de Murcia, y ante su cura párroco Fr. Miguel de las Angustias que ha sabido reducirlo con su política de atracción.

Los valles y cañadas de esta misión son sorprendentes por lo bién que producen en muy cortos cultivos, el café, abacá, cacao y tabaco.

También se ven multitud de árboles ilang-ilang, y expontáneamente nace y se desarrolla la quina conocida por *Bitá*, entre los insulares, y se extraen la brea, la resina, el caucho y la gutapercha, de árboles hoy sin dueño, ni aplicación alguna.

## 6.ª La Isabela.

| Jurisdicción. | Distancia. | Almas. | Indocum.s | Infieles |
|---|---|---|---|---|
| Odiong ... ... | 29 kilóm.s | 11415 | 4000 | 5000 |

Situada al pié del Canlaon, domina los pueblos de Pontevedra, Ginigaran y la Isabela.

Los cultivos preferidos son el palay, y en gran extensión la caña. Sus tierras son de primera calidad, y según pruebas practicadas, se dán muy bien el ramio y el añil.

Estos terrenos en el presente momento, son objeto de proyectos y estudios que si llegaran á realizarse, causarían una revolución en la agri-

cultura de Negros, pues se trata del establecimiento de una fábrica central en condiciones aceptables para el que vive de la tierra, y de la construcción de un tranvía económico movido á vapor, empresa intentada por persona de gran cálculo comercial muy amante del país.

## 7.ª Cabancalan.

| Jurisdicción. | Distancias. | Almas. | Indocum.s | Infieles |
|---|---|---|---|---|
| Carolan ... ... | 24 kilóm.s | » | » | 13000 |

Es sitio sin duda el mejor de todos cuantos la isla de Negros cuenta. En su extensa jurisdicción, sus feraces terrenos y la temperatura agradable y fresca, lo ponen en condiciones de intentar toda clase de cultivos.

Su tabaco se paga á doble precio del corriente y usual en la isla; los tubérculos son exquisitos, y en tiempos anteriores, cuando el hambre como plaga desoladora vino á ser un castigo, los productos del Carolan, aliviaron en gran parte la situación desgraciada de los necesitados.

Esta Misión, abarca la cordillera del Tipasí, y es el camino que une á las dos regiones.

El trabajo del Misionero, ha de resultar excesivo, pero de grandísimo interés.

## 8.ª Sipalay.

| Jurisdicción | Distancia. | Almas. | Infieles. |
|---|---|---|---|
| Campomanes . . | 33 kilóm.s | 500 | 2.500 |

Se situará esta Misión, en el seno de Campomanes, y en sus terrenos, podrán cultivarse el añil, algodón, abacá, café, caña y palay.

### RESUMEN PARCIAL.

| Misiones parroquias | Almas | Indocum.s | Infieles |
|---|---|---|---|
| 1.ª | 6.000 | 2.000 | 4.000 |
| 2.ª | 7.441 | 2.500 | 1.000 |
| 3.ª | 12.247 | 7.000 | » |
| 4.ª | 3.850 | 8.000 | » |
| 5.ª | 5.600 | 6.000 | » |
| 6.ª | 10.000 | 6.000 | 3.500 |
| 7.ª | 6.000 | » | 3.000 |
| 1.ª Misión viva. | 500 | » | 9.500 |
| 2.ª | 400 | » | 7.600 |
| 3.ª | » | » | 3.000 |
| 4.ª | 2.500 | » | 2.500 |
| 5.ª | » | » | 3.000 |
| 6.ª | 11.415 | 4.000 | 5.000 |
| 7.ª | » | » | 13.000 |
| 8.ª | 500 | » | 2.500 |
| | 66 453 | 35.500 | 57 600 |

## RESUMEN TOTAL

| | |
|---|---|
| Almas . . . . . . . . . . . . | 66.453 |
| Indocumentados . . . . . . . | 35.500 |
| Infieles . . . . . . . . . . . | 57.600 |
| Suma total . . . | 159.553 |

Estas cifras particularmente y en conjunto, dan más elocuencia y fuerza que cuanto se pudiera hablar en pró del establecimiento de las misiones; ahorran comentarios y excusan todo género de discusiones.

Miles y miles de individuos fuera de todo comercio humano; *cincuenta y siete mil seiscientos* séres, sin tener noción alguna de lo que sea religión, ni pátria, civilización ni autoridad; *treinta y cinco mil quinientos*, lejos de la acción de la justicia, escapados de sus cabezas de barangay, perseguidos por los tribunales, (1) y sin atender á las cargas del Estado, y el resto, la mayor parte viviendo sin auxilio ni protección, sin garantías, ni lazos de unión, obligan á crear centros, donde á la voz del párroco y de las autoridades, empiece lentamente la agrupación de casas, las exhortaciones y la reducción, el conocimiento mútuo de individuos, después el trato continuado para terminar en la aproximación de las familias, y preparar así la formación de pue-

(1) En tiempo del Excmo. Sr. Gobernador general Don Joaquín Jovellar, algunos padres llamaron la atención de un Sr. Inspector de Hacienda que se hallaba girando una visita en Bacolod, sobre la cuestión de indocumentados, y este Sr. hizo gestiones que deben encontrarse en la Intendencia.

blos, que en breve espacio de tiempo, se verán llenos de adelantos y de prosperidad.

Y no entre aquí en tan vitalísimo proyecto, la mano del hacendista dispuesta á detener con su afan de economías, la obra del gobernante, que celoso aprecia en su mente, de un solo golpe de vista, el reducir y atraer, el civilizar y someter á miles de personas, no, esto queda zanjado por el aumento de población que entrará á pagar; con el núcleo de indocumentados obligados á la cédula, y á cubrir excesivamente los gastos de las Misiones, solventados solamente con diez mil indocumentados, dejando en completa libertad por el momento á los infieles, que andando el tiempo, serán otros tantos individuos sujetos á los pagos impuestos por la Nación. La dificultad desde el primer momento aparece resuelta más que equitativamente; la hacienda de la Nación, ganará utilitariamente en todos conceptos; el Estado, aumentará sus súbditos, la Religión, contará mayor número de hijos, y los trabajos del campo, se harán bajo la protección de las autoridades.





# CAPÍTULO XV.

Esta secta relegada á los montes, no es originaria de Negros ni en ella vive, ni tiene su asiento. En el reflujo de tantos miles de trabajadores, ha llegado á la isla como á todas las bisayas, dando señales de su vitalidad, unas veces en Samar, otras en Antique, en los montes de Iloilo, y en los de Siaton de Negros; siempre tan poco original en sus intenciones, siempre tan inocente en su manera de hacer levantamientos, y siempre obedeciendo á una misma causa, y á idéntico objetivo.

No cabe en la publicación de estos «Apuntes,» hablar del babaylanismo guerrero que exhibe fusiles de madera, trajes de guardia civil, libritos de oraciones para hacerse invisibles á las balas, que excita pasiones y candideces, pues esto desviaria su principal intención; en este capítulo se presentará al babaylanismo, como agrupación pacífica que practica sus ritos en sitios donde no alcanza la acción del que los podía contener.

Extendido por diferentes islas y provincias, cree en lo suyo que generalmente es su propia conveniencia; sin afecciones ni aficiones, una casucha en un barrio próximo al monte le dá sombra cuando hace sol, le cobija si llueve, le defiende del relente de la noche, y en ella come si tiene hambre y viandas.

Sin pensar en derechos individuales anteriores ni posteriores á la ley, vive feliz, usando de aquellos cada año en la luna nueva de Marzo en pequeña agrupación, y en grande y solemne concurrencia por la misma época cada siete años.

Partidario decidido de una secta extravagante, perseguida con ahinco, acude al pueblo si tiene gran falta, ó si le llaman para curar algún enfermo, gozando de su estado primitivo, pero asimilándose si le conviene, á la vida regalona del curandero, es decir, en su instinto marrullero, promiscua ó participa de las excelencias de la vida salvaje, y de las comodidades del civilizado.

No usa rosarios ni escapularios al cuello, pero en una bolsa atada á la espalda, lleva su *anting-anting* ó amuleto, y no creyendo en Dios, llama al brujo, *Asuang*, ó á los espíritus, de los que tiene para su uso particular más ejemplares, clases y especies que la Historia natural. No eleva su alma á Dios, no ora ni reza, pero en cambio regala su cuerpo, satisface sus deseos, hace sacrificios, y lee su libro con caracteres de IMPRENTA en varias tintas.

Los mayores esfuerzos, los más grandes empeños se han hecho por concluir con esta supersticiosa secta. Dificilícimo. La idea del yo, y siempre el yo, la vida del ningún trabajo, del vicio, y de la lubricidad, la vida de los tres

pecados á que más propensa está la flaca naturaleza, ha hecho callo, ha formado asiento en el babaylan, siendo materia imposible, sacarle de esa marcha arraigada en el tuétano de sus inclinaciones.

Un R. P. Agustino Calzado de la provincia de Iloilo, celoso en el cumplimiento de su deber, no pudiendo consentir su espíritu religioso tamañas supersticiones, fué traidora y villanamente muerto no hace veinte años, y un Comandante de la guardia civil ayudó enérgicamente á otro padre, dispuesto á que en su feligresía no se llevasen á cabo prácticas tan absurdas é incivilizadas, consiguiendo impedirlo en un sitio determinado, pero los sectarios se trasladaron á otros montes, y la superstición existe hoy, y existirá por algún tiempo, mientras la civilización no penetre en ciertos lugares.

En sitio casi inaccesible, al que se llega por senderos extraviados muy extrechos, y de muy pocos conocidos, se encuentra ó encontraba un camarín construido con grandes *harigues*, pilares, ó sostenes de otros más pequeños que formaban una cubierta ó tejido hecho de cogón. Tanto este como los harigues, han sido adquiridos sin emplear instrumento cortante de hierro, acero, madera ó piedra; la mano del hombre y la casualidad deben construir todo el edificio ó *camarín*.

El cogón arrancado empleando solamente las fuerzas de las manos, sin armas de clase alguna, y los árboles encontrados en el monte, tendidos en el suelo por el baguio, por la acción del tiempo, ó por el incendio casual, han servido para fabricar el templo pagano. Las amarraduras de

*balagón* halladas de la misma manera, sujetan y sostienen la obra de muchos, destruida años ha por uno solo.

Inmediato al camarín hay un pozo de agua cristalina rodeado á cierta distancia de árboles, yerbas y plantas de exuberante vejetación, no creciendo estas, ni despidiendo aquellas sus hojas en las inmediaciones de la boca del pozo, á causa según dicen los babaylanes, del efecto sobrenatural que tiene agua tan pura y transparente.

El sitio en que se halla colocado el camarín, testigo de tanta hazaña babaylanesca, donde los *sabios babalianes*, en el lenguaje montesco del país, los dispensadores del agua, del sol, del buen y mal tiempo, por contacto íntimo con los espíritus, y el pozo, cuya agua moja sus sedientas fauces secas por el baile y los gritos, que tienen resonancia á traves de los canales y mares filipinos, estan enclavados en la sapa ó riachuelo *Balabago*, que tiene su curso por los montes de *Tubungan* (Iloilo), afirmando los jefes del concilio babaylanesco, que el agua del riachuelo marcha siempre en contra de su natural dirección.

Las reuniones magnas, el *areópago montesco*, *el sanhedrin* de las notabilidades médico-rurales, las hacen coincidir con la Semana Santa nuestra, llegando el miércoles los agasajos, los regalos, las viandas, los hombres, mugeres y niños de multitud de pueblos bisayas para empezar el juéves los ritos, reuniéndose cuanto de notable encierra la secta babaylanesca, en tulisanes, prohombres del bosque, y algún curioso, continuando el viérnes la sesión, amalgama sin segunda, donde

se hermanan en contubernio indigno, la pereza, la lujuria, y la gula, para el sábado, siguiendo aficiones ingénitas, celebrar la gran gallera, en la que el anisado de Capiz, el *pang̃asi*, y la tuba, corren en mayor cantidad que el agua llevada por la *sapa* Balabago.

Testigo presencial de la reunión del año mil ochocientos setenta y cuatro, celebrada en los montes de Tubung̃an, de aquella asamblea que había de causar la admiración de los iniciados y neófitos, y habian de oficiar de grandes rabinos, Ingo de Cabatuan, otro Ingo de Baroc, jurisdicción de León, Julian y algunos más, enviando cerdos, los Tatauan, los Pael y los Pacios, ha contado, que pasarian de mil las personas asistentes á los sacrificios, y que en cuatro carros no cabrian los *terciados, talibones y lanzas* que llevaban aquellas.

Al ocurrir la catástrofe que privara de la vida al P. Agustino, Ramos era el gran oficiante, el guardador de los dos libros IMPRENTADOS, los Vedas babaylanescos. A Ramos le señalan como autor de la muerte citada, y Ramos expió su crimen, no en un presidio, ni en patíbulo afrentoso, sino entre sus árboles sagrados, los bosques solitarios y las selvas, donde no había penetrado rayo de sol, ni pisado huella civilizadora, asesinado por su sobrino Fruto, que de un tajo de TERCIADO bien fino le separó la cabeza del tronco. Fruto murió en Manila cumpliendo la condena impuesta como autor de un hecho criminal que ejecutó impulsado por una gratificación que no pudo disfrutar.

Nebuloso y envuelto en la mas completa obscuridad se presenta el babaylan, sin atinarse su legítima y verdadera procedencia, y de acusar alguna huella no será favorable á una civilización anterior. Aficionados á inquirir ó averiguar orígines de razas y sectas, encontrarán semejanzas, hablarán de dichos, cuentos, y tradiciones, dudaran, vacilarán, y escribirán, pero cosa cierta, casi es seguro que no dirán.

Ha tomado el babaylan, como después se verá, de unos, ha imitado á otros, y de esta mescolanza ha formado su *ritual* y su *liturgia*, que participa de lo primitivo, haciendo hincapié en sus costumbres y hábitos de flojo, embaucador, dormilon, lúbrico, independiente, aficionado á la soledad de bosque, y comedor de ocasión.

Dicen que la idea *culto* es natural, aun en los pueblos mas incivilizados. Ni aun esto puede apropiarse á esta secta, que en rigor no tiene adoración fija, tomándola en dosis pequeñas por espacio de seis años, para luego, después de haber hecho coraje en tan dilatado espacio de tiempo, atracarse al séptimo, en cantidad relativamente exhorbitante.

Lo que el babaylan practica no puede llamarse culto, es una aprensión, es un negocio lucrativo explotado en beneficio suyo.

Participa, y tiene relación con alguna raza primitiva en el respeto á la luna, y en el empeño por ciertos bailes, más no posee aquel amor grande y ferviente á una divinidad, ni tiene señal cáracterística de valor y brío, ni desea combates ni cifra su anhelo en una muerte para él honrosa, ni pide el triunfo, ni la corona de ramas

de laurel, que *babaylana hermosa* descendiente de cien *mayor mayores* había de colocar en su frente, se contenta y le basta y sobra la de hojas de *tubatuba* si le duele la cabeza.

El número siete, entra en todos sus asuntos, ceremonías y actos; siete, son los cerdos que sacrifica; cada siete años, celebra sus reuniones; siete, son la túnicas quemadas, siete, las mantas entregadas al fuego y siete, las veces que salta sobre el cerdo antes de clavarle la daga.

Ya reunidos los babaylanes en el sitio convenido, el *Mayor mayor*, nombre dado al de más categoría entre todos ellos, viste una túnica negra, una banda, y un pañuelo encarnados, y le acompañan dos iniciados que llevan una bandeja con *buyo* y tabaco á una mesa cubierta de mantas tejidas en Miagao, sobre la que se ven, una cabeza de cerdo sin sesos ni lengua, bastantes luces, cangrejos, flor de plátano, lechon asado, dulces, azúcar y pastas de arroz.

El Mayor-mayor se sitúa frente al altar, coloca en este un libro del tamaño de un diccionario de la lengua castellana, cuyas cinco primeras hojas, se hallan impresas y escritas en latín, después una litografía del Padre Eterno, y sigue lectura bisaya en letras verdes, encarnadas y negras, y á su lado ponen una tinaja de tuba, y otra de pan̄gasi.

Ya en el altar pide un plato con fuego, arroja sobre él almáciga, y al despedir humo, provisto de una daga, toca siete veces el altar, se lanza sobre una rodela, la coje, agítala en el aire, sus piés empiezan á moverse, sus ojos se abren y parece van á salir de las órbitas, el cuerpo no tiene reposo, llama á los espíritus, grita, vocea,

suda, mientras el ruido del *agong* ensordece á los asistentes á la reunión.

Siete cerdos bien amarrados esperan el resultado de aquella grotesca pantomima, siete saltos preceden al degüello de los animales, y una vez muertos, van á las manos de los cocineros, que los preparan y arreglan para satisfacer el hambre de tanto necesitado.

Descansa el *Mayor-mayor* algunos minutos para continuar la procesión al bosque sagrado, y dejar comida á los espíritus, procesión á la que asisten todos los babaylanes y babaylanas, ofreciendo sin distinción dulces y objetos para que aquellos les dén cuanto les pidan.

Comen y beben, pasan los días y las noches en tropel y en comunión la más absoluta, y practican en ciertas horas la quema de las siete mantas y de las siete túnicas, y la entrega de las semillas; habla el *Mayor-mayor* con los espíritus, y previa la entrega de agasajos y cantidades de dinero, vuelven á sus chozas y lugares, acompañando escolta numerosa al gran rabino, que montado en el toro sagrado, no puede volver los ojos al sitio donde han tenido lugar los sacrificios.





## CAPÍTULO XVI.

Una de las mayores calamidades que aflije á la agricultura en las islas filipinas, es la langosta. ¡Pobre hacendado!

Aun no ha descansado de las fatigas y cansancio que le han producido un día y una tarde de contínuo trajin, del campo donde cortan la caña, al en que aran ó siembran; del camarín de molienda al de depósito; del embarcadero á su casa, á la plaza del bagazo, cuando un jornalero, muger ó cabo, para portadores de malas noticias todos son buenos, le avisa la aparición de una banda de langosta en las inmediaciones de la hacienda.

Es cuestión de temperamentos. Unos se encojen de hombros, y con estoica calma y una sangre fría, muy fría, sin contraer nervios, ni hacer esclamaciones dicen, ¡ah! ¡paciencia, no mas!; otros se estiran, se retuercen, se conmueven é impresionan, y ponen en estado de sitio la ha-

cienda encargando á los cabos y jornaleros, á los mas listos, la publicación de la ley marcial, á cuyo efecto las latas vacías de petróleo, las cañas espinas partidas, los cencerros, y cuanto puede hacer ruido y humo se prepara activamente y sin pérdida de momento.

Son las tres de la tarde, el sol aplana con sus rayos, los carros y vacas marchan al compás de lánguido y monótono balitao, los carabaos aran, el molino destroza caña, las cauas hierven y... todo se paraliza, al oir los sonidos atropellados de la campana. Esta, en sus apuros pide auxilio, grita socorro, y así lo comprenden los jornaleros que todos presurosos, dejando sus quehaceres, acuden á un mismo lugar.

Por el estremo Sur de la hacienda, corre en este instante viento Norte, y sabido es que la langosta marcha siempre á un *largo* en contra del aire reinante, se ha presentado una nube, multitud de nubes parecidas á humo al desvanecerse. Una densa niebla se interpone entre la tierra y el sol; la forma la langosta que avanza rápidamente, deteniéndose unos momentos, vacilando en la marcha iniciada, impedida por el humo de los montones de yerbas secas, y de cogon ligeramente humedecidos y quemados.

Adivinado el lugar ocupado por la cabeza ó guiones de la banda, á combatirla y á cambiar su rumbo se aprestan y marchan mugeres con banderas, chiquillos, jornaleros, despacheros y cuantas personas libres existen en los contornos, todos provistos de objetos que hagan mucho ruido.

Dentro de la jurisdicción de la hacienda, ya posada la langosta en los campos sembrados ó

en la caña apenas crecida, en minutos desaparece el verdor y lozanía de las plantas roidas por tan destructor insecto, combatido en algunas haciendas, con cuerdas pasadas de una linde á otra del campo, estorbándole el colocarse en lugares donde el daño y destrozos causados han de ser considerables.

Si á pesar de la buena voluntad empleada, llega á pernoctar y á poner huevas, el trabajo que se viene encima al aparecer el *locton*, ó la mosca, se multiplica excesivamente.

Brota este de la tierra como por ensalmo, entre los nueve á veinte días, después de depositado el huevo, según la temperatura dominante, y ya empieza á causar daño, caminando y siguiendo la ruta iniciada por los primeros que han brotado del campo. El agricultor laborioso, persigue y mata al pequeño insecto, atajándole en su camino, defendiendo las plantaciones á donde van á entrar, con planchas lisas de hierro galvanizado, guiándole mediante banderas, hojas secas de árboles ú otro cualquier objeto, que imprima viento, á pozos situados á cierta distancia, que en sus bordes tienen colocados pedazos de plátano escurridizo, que le ayudan á caer al fondo, hasta que llenos los hoyos de insectos les echan tierra, apisonan y queman.





## CAPÍTULO XVII.

Se ha tenido, y aun se tiene idea equivocada de la explotación agrícola en una hacienda de la isla de Negros, y se han hecho apreciaciones ligeras é inexactas nacidas del desconocimiento de una provincia, apenas visitada, presentada en sus cultivos, apoyada en el arado chino, y en sus productos que rebosan abundancia y dinero.

Un estado de los gastos de una hacienda bien regida y administrada, que no recurre al préstamo del veinte al treinta por ciento, ni al *alili*, operación que consiste en tomar dinero para luego devolverlo en azúcar perdiendo tres ó cuatro reales fuertes, ó más reales de su valor en el mercado, demostrará evidentemente los gastos propios, exclusivos, y ordinarios de una hacienda, sin contar los extraordinarios sobrevenidos por incidentes imprevistos del tiempo, de una calamidad, epidemia ó huida de jornaleros, sucesos bastante frecuentes en estas latitudes.

En el estado no entran ni se cuentan el pago de las patentes de los molinos con los recargos, la comisión del dos y medio por ciento por concepto de venta, el sueldo del maquinista, asoleos, bayones, la tara etc. etc. Se ha procurado tomar el término medio en algun detalle, y en casi todo el cálculo de la hacienda más favorecida en caminos, situación y ventajas de acarreto y conducción.

Pártese de una hacienda de doscientas veinte á doscientas cuarenta hectáreas de terreno, con la suficiente dotación de ganados, maquinaria, edificios, carros y demas aperos, produciendo unos siete mil picos de azúcar.

| | | |
|---|---|---|
| Sueldos de cabos, encargados y gastos de jornalería en un año .. .. | $ | 3.600 |
| Primer cultivo de cien hectáreas de terreno; siete vueltas de arado á peso hectárea, en cada vuelta. .. | » | 700 |
| Veinticinco mil puntas ó semillas por hectárea á pfs. 1 $^7/_8$ .. .. .. | » | 187'50 |
| Dos vueltas de escarda para quitar la yerba, á pfs. 3 hectáreas.. .. | » | 300 |
| Labores secundarias en la caña .. | » | 700 |
| Limpieza de canales.. .. .. .. | » | 600 |
| Corte, acarreto al camarin, poniendo el agricultor el ganado y carros á pfs. 0'5 reales pico. .. .. . | » | 4.375 |
| Leña en cien días de molienda á pfs. 8 diarios .. .. .. .. .. .. | » | 800 |
| Acarreo, asoleo y colocación de bagazo doce jornaleros diarios. .. | » | 250 |
| Empaque del azúcar y camada de 14,000 bayones á pfs. 1 el ciento. | » | 140 |

| | | |
|---|---|---|
| Catorce mil bayones de medio pico puestos en la hacienda á pfs. $3^4/_8$ el ciento .. .. .. .. .. .. | $ | 490 |
| Veinte y ocho mil bejucos á pfs. $2^1/_2$ en la hacienda .. .. .. .. .. .. | » | 70 |
| Conducción al embarcadero á medio real pico. .. .. .. .. .. | » | 437'50 |
| Embarque á un céntimo por pico.. | » | 70 |
| Flete de 7.000 picos á un real.. | » | 875 |
| Gastos en Iloilo á dos céntimos el pico. | » | 140 |
| Grasas, pinturas, y empaquetaduras para la máquina... .. .. .. | » | 100 |

---

Empezaron en los años 1887 y 1888, al llegar la baja de precios del azúcar, y las aguas que mermaron grandemente los rendimientos de la caña, las plantaciones de abacá, no descuidadas en la actualidad en los nuevos terrenos del monte, más productores que los de la playa, ganando con tales previsiones la variedad de cultivos, necesaria para la prosperidad de los hacendados, y por exigirlo así la calidad de los terrenos de la isla de Negros.

Los datos publicados á continuación suplen cuanto se pudiera decir de tan importante filamento.

CÁLCULO de una siembra de abacá de veinte cavanes de extensión, costo de ella, tiempo necesario para su beneficio y resultado aproximado.

En los veinte cavanes de siembra se emplean 72.000 pies, que en estado de producción ó sea á los dos años, dan uno con otro dos libras de

filamento limpio, y hacen un total de 1047 picos, que calculado su precio en venta á pfs. 8 pico, suman 8376 pesos.

## GASTOS DE INSTALACION

| | | |
|---|---|---|
| Por veinte cavanes de tierra montuosa á $ 20, si se compra... .. | $ | 400 |
| Por id. id desmonte de los mismos.. | » | 400 |
| Compra de 72.000 plantas á $ 15 por mil. | » | 1.080 |
| Limpieza y chapeo á $ 16 .. .. | » | 320 |
| Aparatos y camarines de beneficio.. | » | 300 |
| Mitad del producto para los beneficiadores .. .. .. .. .. .. | » | 4.188 |
| Por interés de dos años al capital invertido . .. .. .. .. .. .. | » | 500 |

*Comparación*

| | | |
|---|---|---|
| Productos.. .. .. .. | $ | 8.376 |
| Gastos .. .. .. .. | » | 7.188 |
| Diferencia á favor. .. | » | 1.188 |

Si al trabajador, en vez de la mitad del producto, se le diese un jornal de dos reales fuertes diarios, necesitándose cuarenta hombres en 240 días de trabajo, importaría solo $ 2400 el beneficio, y resultaría una utilidad de $ 1788 más para el propietario.

La consecuencia del producido por caván sería la de cincuenta y dos picos, treinta y siete cates, en $, 418'80 céntimos.

Esto en los primeros años, que en los sucesivos, no hay más gastos que los $ 320 de la

limpieza, y la parte de los beneficiadores. En los años posteriores puede continuar el beneficio sin interrupción, por cuanto llega la planta á su madurez á los ocho meses, por consiguiente la producción aumenta en un 25 p.$^{o}/_{o}$.

Aun suponiendo en esta la mitad de lo calculado, aparecería en el primer año un déficit de $ 906, en el segundo una utilidad de $ 1684, y en los siguientes la de $ 2069.

Como asunto curioso merece estamparse en estos «apuntes», un anuncio publicado hace años, en el que una importante casa extranjera de Iloilo prometía pagar el *pacol*, filamento finísimo, á $ 5 el pico, é intentaba demostrar con este precio gran protección al beneficio del *pacol*.

Este producto de la misma procedencia y orígen que el abacá, se beneficia y teje en Ilog y Cauayan del Sur de la región occidental de la isla de Negros.

Ahora bien, sesenta y cinco varas de pacol en tejido ó tela, pesan cuarenta y seis onzas, ó sean dos libras y catorce onzas, y se paga cada pieza de cinco varas, á dos pesos.

De un pico de pacol beneficiado hecho piezas ó tejido, resultan 2880 varas, que arrojan un total de 576 piezas de cinco varas cada una, que á pfs. 2 término medio, hacen pfs. 1152, y si se deja la mitad para el beneficio, suma pesos fuertes 576 líquidos en pico, saliendo la libra á pfs. 4'02 $^{3}/_{8}$.

¿Qué idea se tendrá del pacol, de su valer, de su beneficio, importe y estimación?

Acusa un interés relativo, y tiene novedad el comienzo y desarrollo del cultivo del café en la isla de Negros, y merece publicarse, como recuerdo y estímulo para lo venidero, si alguna vez los agricultores, al intentar nuevos cultivos sienten desfallecimientos ó desmayos, en la empresa de trabajar en el campo, por fatalidades que ninguno puede prever, aún en los asuntos mejor pensados.

Don Luis Guiquin, propietario y vecino de Bacolod, tenía el año 1840 en sn finca «Lupit», un robusto cafeto, que en su portentoso desarrollo, daba frutas que llamaban la atención de los que visitaban su propiedad.

Agustin Balseras, insular habitante en Loygoy, hoy Granada, vió el arbolito que criaba el café, lleno de granos encarnados, semejantes á cerezas, y pidió á su dueño media docena de aquellos, á fin de plantarlos y multiplicarlos, súplica á que accedió gustoso el propietario, cogiendo Balseras ocho frutas encarnadas que colocó en el ruedo interior de su salocot, volviéndose á su casa situada en el bosque entre la Concepción y Granada.

En este punto sembró Balseras, la semilla del café, obteniendo en escaso tiempo, siete árboles frondosos, aumentados después hasta producir lo necesario para su subsistencia y la de su familia.

El año 1862, el P. recoleto de Minuluan, contrató y compró á Balseras, cinco cavanes del café cosechado en sus propiedades, los echó todos en semilleros, que formados de su cuenta, se distribuyeron al hallarse en condiciones de trasplante por las casas, barrios y sitios de La Con-

cepción, San Fernando, Dos hermanas y Granada, formando hoy esos cafetales que provocan é incitan á continuar la obra comenzada en pequeñísima escala el 1840, seguida con entusiasmo y generosidad el 1862, y llevada adelante en la actualidad con alguna decisión en los barrios de Alig, Alegria, Santa Rosa, y varios pueblos de la región Occidental de Negros.

Los terrenos nuevos donde han de implantarse las misiones, convidan á la explotación de árbol tan estimado, y no debe olvidarse al funcionar aquellas, que las variedades de cultivos, sobre todo los que no necesitan grandes desembolsos y dán prontos y regulares rendimientos, son lo que labran la felicidad y buena marcha de los pueblos nacientes.





## CAPÍTULO XVIII.

En angosta calzada limitada por lozanos cañaverales, y en una plazoleta donde nacen el *bugang* y la verdolaga, se alza una estrecha y larga casa de nipa del mangle, nunca tan bien fabricada como la de Sicaba y Cápiz. A un lado, haciendo las veces de huerta y jardín, colúmpianse ocho plátanos, crecen un árbol de *guayabas* y catorce plantas de *gabe*, y unos arbustos rodean la boca de un pozo, cuya agua sacada con *timba* de caña, y cuerda de bejuco, sirve para que se bañen los habitantes de la casa y los de las limítrofes.

Súbese, mejor, trépase á la casa por escalera formada de dos trozos de caña espina, en los que se hallan embutidos seis peldaños de madera del mangle, amarrados con bejuco, dando acceso aquella á un rellano en el que andan revueltos, un *tabig* ó canasto que contiene *cadios* y *balatong*, el fogón, un pantalón y salocot nuevos el baguio del 83, siendo Gobernadorcillo, Capitan Ingo, una perra con siete escuá-

lidas crias, una *bangá* metida dentro del *salang-sang*, sujetado á la pared, y el deseado lancape ó sofá de caña espina, en el que se duerme, sestea y se pasan las mayores y mejores horas del día.

La sala se halla incomunicada del rellano por una puerta de nipa compacta y bién cruzada, á trechos cogida por travesaños de caña amarrada con bejuco fino, *naue;* éntrase en ella; y á primera vista se admiran, un telar de molave en disposición de trabajar, dos gallos de pelea amarrados, un banco, un *tinhoy*, especie de candil, dos amacanes, el *lusong* para pilar el arroz, dos *binangon*, una caja con un sombrero *Adolfo*, unos zapatos del chino macao colgados del caballete, varios *pugarán* ó cestos para las gallinas, un par de calcetines en medio uso, varias imágenes y estampas, una maleta que guarda lo mejor de la ropa, una silla, la *gota*, yugo ú horcate del carabao, el *guicos*, cuerda ó tirantes de arar, y la sibarítica *duyan-duyan*, hamaca arreglada con sacos de arroz sujetada á los harigues con cuerdas de burí.

Debajo de esta habitación, en lo que se llama *silong*, se vén un arado, un carabao, una clueca con nueve pollos, un *pacalás* ó rastrillo, y dos éticos *babuys*, el primero cojido de la oreja por una cuerda amarrada á los harigues ó maderos de la casa, y el segundo asegurado de la tripa por otra cuerda prendida á los travesaños que sostienen el piso de la habitación.

Son las siete de la noche, y la sala es insuficiente para tantas visitas como van acudiendo á la casa que no denota en su exterior, ni en su interior, señal de alegría ni de *funcia*, si de tris-

teza; tanto que el acordión y la guitarra, el *buctot*, no se encuentran en aquella, sustituidos como han sido por los crespones fúnebres y las tocas de la viudez, y reemplazados por el llanto, los sollozos y la novena de las ánimas empezada el día anterior, en la que se piden bienes por el alma del alguacil Itoy, dueño de la casa, sepultado en el cementerio del pueblo dos días antes.

El fogón que meses anteriores apenas tenía lumbre, humeaba y ardía con fuertes llamaradas producidas por el fuego de grandes leñas de *bacjao*, y en sus inmediaciones, el cocinero del cabeza Tinoy cedido generosamente por su dueño para aquellas noches, preparaba en ollas y sartenes el *quinilao*, el *alicomo*, el *sotanghon*, *pansit*, *escabeche*, *babuy*, *estofado*, *paccio* y otros platos de la cocina filipina de bajo vuelo.

Siguiendo la costumbre, empezó el rezo, el rosario y después la novena de ánimas, en la sala; y al concluirse, todos ya sentados en el suelo, vieron colocar sobre los amacanes puestos de intento, bastantes platos y fuentes con viandas, morisqueta y *tabos* de tuba, y sin más tenedores ni cucharas, con las manos, emprendieron la comida, hasta quedar hartos y *llenos*.

Terminada faena tan interesante, los hombres se acercan al representante de la casa, y le piden permiso para celebrar los juegos que el uso y ciertos hábitos han establecido en las familias apegadas á prácticas, ya desterradas entre la generalidad de los habitantes de esta isla.

Concedido el permiso, sobre un petate de la fábrica de Victorias, siéntanse en democrático consorcio en la presidencia, ó sea en el suelo, el que hace el papel de *Rey*, su consorte la *Reyna*, el

*espadilla* en el centro, los *bellacos* á la derecha, y las BELLACAS á la izquierda del que preside.

Rey que ordena y no ejecuta, suele ser investido con este electivo cargo, el más truhan y pillo de la cuadrilla, que ha cursado varios años en el tribunal del pueblo, ó ha servido de meritorio ó escribiente en la gubernativa, alcaldía ó administración. El segundo, ó sea el *Espadilla*, es el brazo ejecutor de las órdenes de su rey, bejuco en mano. Este se suele pasar de listo.

Los bellacos y bellacas cumplen lo mandado, incurriendo caso contrario, en la pena de golpes, ó en la de improvisar una loa, ó discurso.

Constituidos cada uno en su respectivo sitio para dar principio á los juegos, el rey pone las manos abiertas sobre el suelo, dice, *culasisi ang hari*, y llama de esta manera la atención sobre los bellacos de ambos sexos, como voz preventiva de que la diversión empieza.

Ya en juego, el rey levanta los manos hasta la cabeza, y al bajarlas al suelo, grita *ang pato nagalupad*, el pato vuela, el pato vuela; acción y palabras que todos deben repetir, y si alguno las omitiese, el espadilla le suelta un par de golpes, ó le obliga á pronunciar la consabida loa, modelo en su género por las comparaciones, historias, excesos y relatos que trae á cuento.

Concluido esto, el Rey ordena la ejecución del *ate-ate sa buquid*, el negro del monte, que consiste en ponerse los bellacos y bellacas de pié, cojerse las manos y cantar y bailar á la vez, y dar vueltas delante de la reyna. Después manda otro nuevo, algún tanto arriesgado, en el que se obliga á subir á las bellacas por las varas-varas y maderas de la pared, perseguidas de los bellacos,

y al ser aprehendidas, en castigo les obligan á machacar arroz en el lusong.

También juegan al de «La Pobrecita,» inocente pasatiempo, cambiado en taimada ocupación por las picardías del espadilla, inventor astuto de otras diversiones durante el novenario.





## CAPÍTULO XIX.

No se desea hacer el retrato ni la vera efijie de la *respetable* clase que se levanta á las cuatro de la mañana, y se acuesta á las nueve de la noche, según el trabajo; no se quiere presentar esos seres, que á vuelta de disgustos y gritos, imprimen movimiento á cincuenta, sesenta ó cien jornaleros; la fotografía está tomada directamente del natural, es única y aplicable á un caso.

Cabo-cabo Mingoy, tiene como las señas de las cédulas personales, cara, pies, manos, narices, ojos, brazos y piernas regulares; el torax también es regular.

Esto en lo que toca á su físico. Cuanto á su moral, suman más las irregularidades que las buenas costumbres.

Alma y vida de pequeña hacienda donde manda y ordena, es el factotum, el que todo lo debe saber, el que nada ha de ignorar.

Los *corridos* y las listas de jornales, los libros de devoción, y las picantes historietas, todo lo devora. Escribe con soltura y apunta con ligereza, conoce la regla de sumar para él, y la de restar para el jornalero, maneja la azuela y el escoplo, toca la guitarra, canta trozos de zarzuela y balitao, baila un rigodón lo mismo que un *lulay*, y está versadísimo, resulta muy perito, en el arte de enamorar que intuitivamente ha aprendido, cosa no rara, en el que vive entre merced y señoría, en el que disfruta de las ventajas del jornalero, y goza en la casa hacienda de las preeminencias de puertas adentro.

A la madrugada y á la oración toca la campana, pasa lista con voz de trueno, distribuye los trabajos de la hacienda, pone raya donde no debía, y eso va ganando, no sin que dispense horas de descanso, mediante un precio convencional, ó por favores recibidos de antemano.

Nunca llama por el nombre solo; añade el apellido y vende protección, que dá á entender echando su mano izquierda sobre uno de los hombros de su protejido, ó destinándolo á los trabajos menos pesados.

Cobra doble ó más sueldo que el jornalero, al que irregulariza el estipendio, suministrándole bebidas, *comidas*, buyo ó naipes, yendo á la par los medios proporcionados y los deseos de apropiarse del dinero ageno.

Goza del privilegio de ir al campo, si se le antoja, en chinelas y con paraguas ó quitasol, presencia un rato las labores, vuelve á otro sitio de trabajo, y en esta peregrinación de las cuatro á seis vueltas del arador, á las del campo de siembra, muy tranquilo se mete en alguna casa,

seca su sudor ó enciende el tabaco distraido en la contemplación de alguna belleza.

Caballero en jaco de escaso valor, gasta sillin de Europa, acompaña al pueblo ó á las haciendas inmediatas á sus amos, y cuida los gallos más predilectos destinados á las fiestas de mayor resonancia.

Durante la gallera, no pierde de vista los gallos que tienen los jornaleros de más confianza, él los manda llevar al círculo donde se emparejan ó se convienen las soltadas; se queda con la vaina de la cuchilla entregada por el soltador mientras dura la lucha, recoje el dinero si se gana, y paga si se *está de malas*.

Conocedor de los terrenos de la hacienda consulta de pasada, por atención, con el amo, los trabajos del día siguiente, hace un rato de *suguilanon*, trata de todas las cosas civiles y algunas más no civiles, lee las cartas, escribe, ajusta cuentas y oficia, alguna que otra vez, de Cupido sin arco ni flecha.

Responsable de sus actos, en ocasiones es el intermediario entre el jornalero que pide para su madre enferma, padre ó tío muertos, y el dueño que paga. Cuando se le antoja propone, suplica, amenaza y en ocasiones se reviste de atribuciones mayores que las señaladas en el Código penal, pues en sus páginas no aparece la pena de azotes.

Educado á la mano en cierta clase de lides, reclama para su hacienda todo los perdigachos de las limítrofes, y aun de las lejanas. *Tianguis* ó mercados, juegos y lugares á donde acuden jornaleros de otros hacendados, los conoce al dedillo, y los frecuenta en los domingos y fiestas

de guardar. Con aquellos traba conversación, los sonsaca, los seduce, y concluye mediante halagüeñas promesas, por llevárselos á trabajar á las propiedades de su amo, con grave perjuicio de los demás, soliendo ocurrir que tropiece con agricultores conocedores del paño, y se encuentre con un pié de paliza soberanamente administrado.

Si al caso viene, en un baile hace el visavis á su amo, ó á un teniente del tribunal, llevando en estos actos americana de igual corte á la del hijo de su principal, al que imita en lo ancho ó estrecho de los pantalones, en la honda, remate de la patilla, que para adorno de su cara apeteciera la más presumida hermosura de la hacienda, y en los saludos de cabeza y manos.

Distribuye el arroz entre los jornaleros, resultando siempre en reducida cantidad, algún parecido al milagro de los peces y de los panes.

El manejo de aquel cereal le crea amistades y le dá preponderancia, lamentándose el dueño de la prontitud del consumo, siempre achacado á la merma, al robo, á los ratones, ó alguna causa inocentona y cándida.

Como en la hacienda que es gerente trabajan mugeres en quitar las yerbas, en la siembra y limpia de semillas, allí hay que verlo, observarlo y estudiarlo para apreciar como se merece al que dice, «hemos sembrado tanto, hemos molido cuanto, vamos á pagar tal deuda.»

El mediquillo Busio, curandero de fama, afortunadamente vá desapareciendo de la escena para dar entrada á conocimientos adquiridos por el estudio y la práctica. Se bate en retirada, pero

de cuando en cuando aparece para ir á las hojas de un proceso criminal, ó para enviar al cementerio al paciente; las menos veces para curar.

Su terapeútica alcanza muy poco, curando todas las enfermedades por el *fasmo* ó pasmo, *hilanat* calentura, *hanğin* y *cainit*, frío ó calor, y el *panlibang*, diarrea.

El método de curar peca de original y curioso.

Cuando un desgraciado se halla atacado, según el mediquillo del *pasmo*, cuya enfermedad abraza los reumas, las parálisis y muchas más para él desconocidas, sin preguntar antecedentes, sin reparar en temperamentos, sin ninguno de esos preámbulos tan necesarios, manda poner *burí* al fuego, lo tuesta y lo esprime, y las gotas que despide mezcladas con sal las hace tragar al enfermo. Si este vomita, la enfermedad presenta buen aspecto porque despide los humores malos, si sucede lo contrario, el asunto pasa á la categoría de grave.

El *panlibang* lo cura con ollin del fogón y gengibre.

Para el frío del estómago mezcla y capola las hojas de un árbol del mangle, el *opus*, colilla del tabaco, el gengibre, artemisa y el buligan, y todo hecho una cataplasma lo pone sobre el estómago del enfermo.

La herida causada por la mordedura del perro, merece contarse.

Uno de estos animales hincó los dientes en la pierna de un jornalero, que llevado á la presencia de Busio, prévio examen, le puso unas ventosas con el *tandoc*, que es la punta de un cuerno de vaca de cuatro pulgadas de largo abierta en la parte superior. Aplicado el instru-

mento médico-quirúrgico sobre la herida por su parte más ancha, Busio aspiró y tapó con cera el agujero, y mientras el paciente durante tres minutos, entre el ¡*aragoy*! y los gimoteos se quejaba desaforadamente, pasados aquellos, limpió el mediquillo el *tandoc*, colocándole sobre la herida una cataplasma compuesta de polvos de asta de venado, palay y pelos de la cola del perro que mordió, todo tostado, hecho polvo y mezclado con un poco de aceite de coco.

Busio atiende los accidentes nerviosos haciendo unas curas prodigiosas, que le han de dar fama imperecedera.

Una jóven se siente privada de todo movimiento, y queda sujeta á un ataque que deja su cuerpo completamente frio. Pasa cinco minutos en este estado y no da señal ninguna de mejoría; entonces atacado de inspiración, Busio mandó preparar una *prensa* de planchar ropa, la encendió, y el humo que despedía lo echaba sobre la cara de la jóven. No ganando ni adelantando nada con la medicina aplicada, cogió la plancha por el mango, levantó ligeramente, con sumo cuidado, el patadión de la enferma, y quiso colocar aquella sobre la pierna de la paciente, pero desistió de sus propositos, por que al caer la prensa sobre la carne, un tufillo de bisteck á la plancha, y un ¡*aragoy*! prolongado, dieron á entender, que la privada de sentido dejaba el estado en que hacía algunos minutos se había encontrado.

No se pararía aquí de enumerar los Busios enemigos encubiertos de toda reputación médica, justamente ganada en centros literarios y en curas hechas con acierto é inteligencia uno y otro día.

Difamador y calumniador procura desacreditar al licenciado ó doctor en medicina y cirujia, valiéndose de sus relaciones de lenguaje y paisanaje, haciéndole coro en esto, el mediquillo chino, otra de las plagas de los enfermos, dos entidades que riñen y se disputan un paciente, pero que se unen al menospreciar la ciencia del que á fuerza de años y estudios, y de un título, ejerce su profesión ventajosamente.

El directorcillo Tisio, como el mediquillo Busio, se replegan á sus guaridas dejando el lugar á nuevo personal. Si conocieran á Tisio.

Vedle tímido y medroso con las autoridades, arrogante, orgulloso y *soplado* con los suyos.

Sus dichos ante estos son notificaciones; sus frases citaciones; su palabra requerimiento en forma; una pregunta suya equivale á orden por urgente cordillera, á caballo y ganando minutos, y sus disposiciones tienen fuerza de ejecutoria con costas al apelante.

Gasta gafas como los emperadores de las comedias al aire libre; viste pantalón, americana, corbata y sombreros negros, asiste con puntualidad al tribunal, y á las festividades religiosas.

En su casa y ante su familia, emplea el tono autoritario que en el tribunal, recordando en esto á un alcalde de pueblo riojano, que todos los días, al sentarse á comer decía á su mujer, «mira Perpétua, que comes con el único usia de tu pueblo.»

Tiene en su biblioteca, el Escriche, los autos acordados, el manual del Gobernadorcillo, la práctica de Rodriguez, la Curia filípica y el Ars amandi de Ovidio traducido al castellano.

Enseña los libros al que le visita, si este es de la mena que pasa en el país por ilustración, con la complacencia, que un nacional del bienio exhibe su morrión con el pompón correspondiente á un correligionario suyo.

Ignorante por falta de estudios é inclinación perezosa, practica algunas diligencias creyéndose un Pacheco. Sabe, que existen el *Fuero juzgo*, *las Partidas*, y algún que otro libro, que se entretuvo en escribir un desocupado para mortificación de directorcillos.

No suele ser en esto pariente ni allegado de los oficiales de mesa de los juzgados y dependientes de los gobiernos, funcionarios modestos, y trabajadores inteligentes, que ayudan y se les puede confiar un asunto en la seguridad de cumplir perfectamente.

Sentado el Directorcillo en silla de preferencia, dicta en voz alta, masca, tose y estornuda, síntomas alarmantes de una organización nada precoz; coloca sus gafas en la punta de la nariz, los piés sobre la mesa, manda con voz arrancada de lo más hondo de su garganta, apoyando la barba sobre el pecho, tiene á su lado cuadrilleros, escribientes, alguaciles, partes interesadas, y alguna vez los testigos acompañados que firman como por un barbecho.

Sus escritos son modelos de corrección y ajuste, en el sentir de sus secuaces, porque también tiene pueblo y coro, comentadores de sus proezas.

«He recibido la respetable orden de V. S. que ayer en mi *estimada* comunicación contesté»....

Algunas veces se mete á defensor de procesados, y empieza su larga y difusa defensa llena

de citas inadecuadas y lugares comunes, con este exordio:

«Apenas el rubicundo Febo había extendido sus doradas hebras, (serían las once de la mañana)»...

En juicio declarativo de mayor cuantía, en el escrito de réplica, usando un estilo *sublimado* dice,

«Su sorpresa al leer los razonamientos anteriores fué tan grande, (era una rescisión de contrato por lesión enorme), solo comparable á la del protagonista de «Jugar con fuego» cuando dice, «Duquesa de Medina, tu me juraste amor, y en brazos de otro hombre, aquí te encuentro yo».

Para concluir. Un directorcillo, á lo Tisio, el año mil ochocientos ochenta y cuatro, se presentó en una casa Gobierno pidiendo permiso para poder pegar hasta veinticinco, un cavan.

El Gobernador que si era serio y formal, en algunas ocasiones solía gastar bromas, al ver el atrevimiento del directorcillo le contestó: «Está bien tu pretensión, pídela por escrito y se proveerá».

A los cinco días, el gobernador desdoblaba una instancia del gobernadorcillo del pueblo que era directorcillo *Tisio*, solicitando permiso, para que se dignase conceder la facultad de arrimar sobre las nalgas, veinticinco golpes con bejuco, añadiendo, «que ya había usado en un criminal, por anticipado, de tan salvadora facultad.»





## CAPÍTULO XX

# Consideraciones generales.

La isla de Negros abundante y repleta de terrenos feraces, con aguas potables riquísimas y abundantes, ríos caudalosos para el movimiento de maquinarias, llena de valles donde pueden apacentar miles y miles de ganados, que alberga un personal trabajador en considerable número, multitud de individuos sin ocupación, indocumentados é infieles, productora como ninguna de azúcar, de bastante arroz, de abacá, café y cuanto puede contribuir á la marcha progresiva, próspera y creciente de una provincia, tiene pendientes grandes problemas que resolver, si ha de continuar avanzando como hasta aquí, si ha de responder á esperanzas legítimamente fundadas.

Son aquellos:

1.ª La cuestión jornalera.

2.ª Las misiones.

3.ª Los caminos.

Se omite la carestia del dinero, ó de sus subidos intereses, porque esta se ha de resolver imprescindiblemente, de una manera satisfactoria, si los anteriores problemas tienen una solución en el sentido que debe esperarse.

## Cuestión jornalera.

Es quizá la más importante; de trascendencia tan grande, que por sí sola puede detener el estado floreciente y de adelanto de la provincia. En asunto tan interesante, deben fijar preferente atención, gobernantes y gobernados, los primeros, para oir y resolver, los segundos, para exponer y ser atendidos, exhumando de los archivos, iniciativas detenidas, órdenes sobre indocumentados, reglamentos y circulares ya olvidados, apenas se publicaron, como la disposición del Conde de Cleonard sobre indocumentados, los trabajos del gobernador de Negros Sr. Subiza, el proyecto de guardería rural presentado por numerosos agricultores del pueblo de Minuluan, en la junta celebrada en Silay, el mes de Abril de 1889, y la circular dictada por el Excmo. Sr. Gobernador general D. Valeriano Weyler, publicada en la Gaceta de Manila el 10 de Mayo de 1890.

Los proyectos de reglamentación de jornales intentados por el Sr. Subiza, los de la guardería rural del pueblo de Minuluan, y la circular de 10 Mayo de 1890, entresacando y amalgamando disposiciones prácticas de una tendencia plausible, uniendo cuanto de bueno tienen, y dándoles aplicación á la isla de Negros, en sus relaciones

interiores y exteriores, podría ser el sumum de las pretensiones del agricultor.

Porque en este caso concreto de jornalería de aquella provincia, deben estudiarse dos aspectos diferentes que presenta el problema; uno de reglamentación propia y exclusiva de la isla de Negros, otro de detalles y preceptos para adquirir los jornales en las islas inmediatas, siendo este facil y de pronta resolución, muy digno de meditación el primero, á fin de evitar rozamientos é intrusiones legales, que á primera vista, sin ahondar, pareciesen en su carácter y tendencias, usurpación de atribuciones, pensando más detenidamente, simple jurisdicción de un organismo perfectamente legal.

Como se observa la cuestión jornalera no es de ahora; tiene antecedentes hijos de la meditación profunda, cuenta con informes salidos de agricultores y personas prácticas como los que formaron la sección de agricultura de la Junta de este nombre, industria y comercio de la provincia de Iloilo, y ha sido tratada en las sesiones inolvidables del Círculo de agricultores celebradas en la Capital de Panay, la segunda, en sentir de muchos, del Archipiélago Filipino.

Todos los centros y todas las opiniones, la circular de 10 de Mayo en su art. 2.°, los reglamentos de Sr. Subiza, el informe de la sección de agricultura, (página 19), y cuanto se ha escrito sobre el particular, convienen en un punto esencialísimo, parten de una idea común que ha de ahorrar mucho trabajo, y dar facilidades sin cuento, la de dotar de una cartilla al bracero ó jornalero dedicado á la agricultura, que podría llamarse de servidumbre rural, como previene la circular arriba citada.

Esta cartilla, que cada trabajador llevaría siempre consigo, como documento arreditativo de personalidad, debería estar visada, y constar en las oficinas y registro de la guardería rural, establecida bajo bases semejantes á las propuestas por el pueblo de Minuluan, para lo cual, la jurisdicción de cada pueblo se dividiría en secciones relacionadas con las limítrofes de otros pueblos.

Los atribuciones de tan importante servicio dedicada á la custodia de los campos, y á la vigilancia de los jornaleros, se harían extensivas á inquirir y averiguar el modo de vivir de ciertos individuos, y seguro és, que las estadísticas proporcionadas por tan necesario instituto, acusarían una cifra escandalosa de personas sin oficio ni ocupación alguna, que obligaría á la autoridad á tomar serias medidas, y á dictar disposiciones encaminadas á atajar mal tan funesto para la agricultura.

En las cartillas se escribirían los pactos y obligaciones contraidos entre hacendados y jornaleros, aumentando los publicados en la circular de 10 de Mayo de 1890, sobre clase de trabajos, y jornal que ha de percibir en el campo, ó en el camarin, ó en otra faena, horas de trabajo, número de comidas y clase de estas, gastos de viaje, descuentos que por cualquier concepto se le han de hacer, ó gratificaciones que ha de recibir, y cuanto sea costumbre y práctica en la hacienda á donde fuere á trabajar.

Así mismo se deben dictar disposiciones terminantes sobre las traslaciones de los braceros de una provincia á otra, encaminadas á regularizar actos perfectos de la vida y de la libertad

individual, previniendo pagos y responsabilidades, y obligando á formar los padrones necesarios, á fin de que siempre se conozca el verdadero movimiento de población, base fundamental para saber las personas que habitan en los pueblos con el carácter de domiciliados, transeuntes y vecinos, y los que se hallan sujetos á sostener cargas, y entregar cantidades por los conceptos señalados en órdenes, reglamentos y leyes.

Todos cuantos rozamientos se suscitasen entre hacendados y jornaleros, deberían resolverse por sindicatos, que se pareciesen á los establecidos en la Ley de aguas de la peninsula; juicios, rápidos, sumarisimos, inapelables y sin gastos, que traen su origen de los Tribunales de aguas de Valencia, modelos digno de imitación por la facilidad, baratura y prontitud del procedimiento.

## Misiones.

Después de lo escrito en las páginas anteriores, huelga cuanto se pudiera decir en favor de proyecto tan útil y grandioso, que traeria á la vida social y cristiana miles de personas.

Resuelta por si misma la cuestión económica con ingresos para el tesoro, nada puede detener la creación de las Misiones, á no ser detalles de tramitación y formalismos administrativos, salvados en parte, á no dudarlo, por la actividad en el despacho del expediente.

Desde luego el indocumentado entrará á pagar sus cédulas, y quedará obligado á la prestación personal, no debiendo suceder lo mismo respecto al infiel, con el que, sin desdeñar los

preceptos de las leyes de indias, de provechosa aplicación en otros tiempos, ha de observarse una conducta especial adecuada á su aplicación al trabajo, condiciones de sociabilidad, apego á su nueva vida y al cultivo de los terrenos que se le faciliten, dejando tan importante resolución al criterio de las autoridades y funcionarios que vivan cerca de él, y puedan apreciar sus disposiciones.

La creación de las Misiones supondrá el coronamiento de la civilización en la isla de Negros, será el espectáculo que más resonancia tenga en el corazón del verdadero patriota, al saber, que existe una isla en el Archipiélago filipino, cuyas laderas, valles, cañadas, montes y playas, se hallan habitadas por españoles, y cuyas regiones oriental y occidental, reciben los luminosos rayos del sol inextinguible de la Pátria y de la Religión.

## Caminos.

* Ventajas de una línea ferrea que comprenda las zonas productoras de la isla de Negros.—Que condiciones deberá tener.—Condiciones facultativas, técnicas y económicas.—Extensión de la línea.—Adopción del trazado.—Costo de construcción.

Uno de los problemas de que depende el desarrollo de la riqueza del Archipiélago Filipino, estriba en la facilidad, economia y regularidad de las comunicaciones. Todo cuanto se encamine á este objeto, constituye un beneficio conside-

rable para los intereses públicos, y un negocio de importancia para el que realice esta empresa.

Tan evidente se conceptúa esta afirmación, que sería ocioso entrar en demostraciones; más aún, si se refiere á la isla de Negros, y dentro de ellas, se hace por concretar una zona productora.

No hay más que pensar en el crecimiento que obtendrían los beneficios de la producción disponiendo de caminos expeditos, cuando teniéndolos incompletos, é intransitables, ó careciendo de ellos, se vé de día en día aumentar prodigiosamente la riqueza.

Tratándose de caminos, las exigencias modernas reclaman el empleo de aquellos que aseguran la comunicación, y la ponen á salvo de toda contingencia, abaratando al mismo tiempo considerablemente el transporte.

Se alude á las vias ferreas; y si estos medios de comunicación se alimentan holgadamente con el tributo que rinden, el comercio y la industria, con nada adquieren mayor importancia y perpetuidad, como con los rendimientos agrícolas, que son por naturaleza progresivos, y traen consigo buen número de necesidades, que á su vez promueven mayor tráfico.

El establecimiento de una línea férrea, aún de limitadas proporciones, ha de ser de seguros resultados en la isla de Negros, y si esta línea se dirije también al interior, todavía serán mayores las ventajas, porque es principio acreditado cuando se trata de estas empresas, que la bondad de los proyectos está en razón directa del alejamiento de la costa, por ser competidora temible la via fluvial.

Se trata de poner en comunicación cinco pue-

blos enclavados en una comarca rica y productora, y en una extensión de 40 kilómetros por terreno llano, practicable y de condiciones apropiadas para el asiento y conservación de la via; sin grandes desmontes ni elevados terraplenes, con cinco pasos de ríos por toda dificultad, los cuales exijirán, obras fijas de alguna importancia.

Punto de partida ha de ser un buen fondeadero, propio para la exportación á Iloilo, y extremo opuesto de la linea, un pueblo interior próximo á la parte montañosa, donde concluyen los actuales cultivos, ofreciendo campo extenso para nuevas plantaciones.

Porque todo sea ventajoso y fácil, al pié de la linea, cuyo más conveniente trazado sería objeto de estudios técnicos, se ofrecen los materiales más indispensables y elementales para la construcción. Hay maderas del primer grupo, buenas y abundantes; hay canteras, los lechos de los ríos proporcionan abundante balasto; puede fabricarse el ladrillo, y en suma, no se carece de todo aquello que entra como elemento primordial en la construcción de una linea férrea.

Dos factores se deben tener en cuenta para decidir sobre el buen éxito ó fracaso de una empresa de esta índole; la población y la producción. Cuando se sepa que la linea á que aquí se hace referencia afecta directa é inmediamente á cién mil habitantes, y ha de servir el tráfico que supone el movimiento de quinientos mil picos de azúcar en un sentido, y sesenta mil de mercancías en otro, como término medio anual, se comprenderá con cuanta razón se preconiza el empleo de este medio de trasporte, y las seguridades abrigadas en su éxito.

Estos son tributos de presente que hoy se tocan, y hoy mismo se pueden aprovechar, pero es innegable, que con la instalación de vias al interior unida á la creación de Misiones, despertaría un considerable aumento de riqueza, cuyos límites son difíciles de fijar. Con la facilidad de comunicaciones afluiria la población y el movimiento de ella, y análogo fenómeno se obraría con la producción, extendiéndose los cultivos, y consiguiéndose que estos fuesen mas variados.

A pesar de ello, se puede aconsejar que los cálculos sobre que se basen los proyectos arranquen de la realidad, por lo que está indicada la adopción de una línea económica con el material fijo y móvil puramente preciso para satisfacer las necesidades del día. Bajo este supuesto, la construcción de este ferro-carril sería barata, pues tradándose de un negocio nuevo, había de hallarse reacio el capital aquí acostumbrado á ilusorias ventajas y positivos riesgos.

Un ferro-carril de via estrecha dada la competencia industrial que existe en Europa, descartado el gasto de la expropiación, no exijiría considerables recursos, y tenemos la seguridad de que los mismos intereses beneficiados, facilitarían la ejecución de la empresa, dando empleo reproductivo á una parte de su capital.

Cuarenta kilómetros de via podrían costar á lo sumo, doscientos mil pesos obteniéndose un rendimiento seguro de setenta mil, susceptibles de alcanzar la cifra de noventa mil, antes de los cinco años de estar instalada y funcionando la línea.

El optimismo no entra para nada en los cál-

culos hechos; con seguridad faltan á estas afirmaciones los fundamentos detallados que las hagan innegables, pero por cima de estas omisiones y defectos justificados por la necesidad de no alargar este trabajo, existe al lado del testimonio de los números, el instinto general que aprecia el alcance é importancia del negocio que se plantea.

Es reconocido de todos su conveniencia; nadie niega el poderoso y decisivo influjo que ejercería en el fomento de los intereses materiales de la isla de Negros; falta solo una voluntad decidida que lo acometa; un espíritu verdaderamente mercantil, pues el mercantilismo bien entendido está en conciliar los intereses agenos con los propios; y en tal concepto la linea ferrea á que aquí se alude llena cumplidamente el objeto.





## CAPITULO XXI.

Aún se vé, todavía se admira; parece que á la frente sudorosa y ardiente llegan el perfumado ambiente de los ilang-ilang del Malogó, y los efluvios emanados de la sampaguita doble y de la gardenia plantadas en jardin hecho por mano querida; aún se divisan las cúspides del Marapara y del Canlaon, en cuyas faldas se asientan el progreso y la civilización de un país trabajador, en cuyas vertientes tienen todavía albergue la barberie y el salvajismo desalojados de sus guaridas mañana por el arado, que siempre avanza buscando nuevos terrenos, y por el Misionero siempre ansioso de cumplir sus deberes religiosos y patrióticos.

¡Pontevedra, La Carlota, Candaguit!, ejemplo vivo de los esfuerzos del hombre trabajador que su recompensa encuentra; ¡Ilog, Cabancalan, Jimamaylan y Ginigarán!, testimonio fehaciente de lo que pueden la actividad y la energía diri-

giendo temperamentos abandonados y flojos; ¡Minuluan, Bacolod, Silay, Saravia y Victorias!, muestras son permanentes del valer de un anciano recoleto que caminos trazara, que hidraúlicas enseñara á hacer; ¡Bais!, esfuerzo sin igual de unos peninsulares unidos en el trabajo; ¡hacendados todos!, más que prueba, argumento diario, señal perenne y firme pareceis, al atestiguar y poner de manifiesto la práctica adquirida á fuerza de experiencias dolorosas, y la inteligencia enseñada por las aguas continuadas que aniquilan vuestras cosechas, y por la langosta que arrasa vuestros sembrados.

Una isla que madruga en Filipinas, una isla que á las dos ó á las tres de la mañana hace lanzar al espacio cientos de silbatos de vapor, sonidos que proclaman la fiesta del trabajo y la laboriosidad de sus habitantes, merece ser estudiada y comprendida: merece que se le haga justicia, y no os la han hecho, agricultores de Negros, pues en época no lejana, en aquella justa ó palenque, donde debieron admirarse vuestros arados de vapor, tranvías, máquinas de cinco cilindros, arados europeos y americanos, y diseños de vuestras haciendas, solo enseñaron una casa rústica, un arado que apenas rascaba la tierra, al negro Calibas, cuyo nombre se cambió por el más expresivo y corto de Tek, y una muestra de azúcar arreglada convenientemente en un aparato de cocina.

Desde Norte á Sur, desde Victorias á Ilog, del Oeste al Este, desde una playa á otra, desde el Malisbog á Guimbalaon, á San Fernando, á Granada á Cádiz Nuevo, á Murcia, á Zaragoza, á Bais, á La Castellana, á la Isa-

bela, al Payao, á Dumaguete y á Nueva Valencia, extensión inmensa disputada al bosque y al mangle, terrenos que representan la labor de poco más de cuarenta años, no hay, no existe un punto ni una persona, que al pisar por primera vez territorio de Negros no deje de saludar, de admirar y de pensar lo que valen las iniciativas bien secundadas, lo que este país sería aunadas las fuerzas prodigiosas y de valía, de allende, de nuestros hermanos, y las de los de aquende, que aprenden con el ejemplo, que imitan al ver beneficios, que trabajan, secundan y prosperan al verse convertidos en propietarios.

Tu calzada real, al desembarcar en cualquiera ensenada de las muchas que forman la isla, delata al agricultor, lo evidencia, y lo evidencia con ventajas para él. Tus caminos al monte, partiendo de los pueblos y de la carretera, única de la isla; te denuncian en tu vida activa y emprendedora, al contemplar esas plantaciones nuevas de café y abacá, observando roturaciones hechas por quienes buscan incesantes su porvenir, no en las distracciones de los albures, el gallo y la ociosidad, sino en las faenas productivas de un suelo rico y feraz.

Peninsulares que á tí han acudido, que tú territorio han regado un día y otro con el sudor de su frente, los has acojido con cariño; el atrevido navegante de la tierra eúskara que deja las fatigas del mar por las no menores del campo; el comerciante nacido en la parte meridional, el retirado del ejército, y el ávido de prosperar, el que vive en la playa, el que habita en el monte, el natural deseoso de mejorar, el de nacionalidad británica, suiza y

francesa, el bracero que quiere pagar sus tributos, las provincias de Cápiz, Iloilo y Antique enviándote sus jornaleros, Inglaterra y América haciendo llegar sus hierros, enséres, máquinas y útiles agrícolas, todos viven de tí, isla privilegiada por tus terrenos y tu laboriosidad, que á nadie has despedido, ni de nadie te crees agraviada, á no ser del haragan y del mal trabajador.

Tus ríos que antes servían de nido y refugio á reptiles, ahora impulsan hidraúlicas, en este momento son elemento de prosperidad; tan impetuosos caudales de agua accidentados en su curso, de bellos paisajes y hermosos panoramas, los que desbordados son un mar, se hallan detenidos y obedecen, sirviendo para un salto de agua, que entre arbustos, follajes y árboles acusa sorprendente muestra de una naturaleza sin rival, ya cortando su curso en tranquilo remanso, donde las yerbas medicinales crecen por todas partes, ya dirigiéndole mediante obra bien ideada, y llevada á cabo con perfección, á un estrecho canal, que defendido se halla por fuerte compuerta de hierro bien asegurada de las fuerzas de una corriente avasalladora.

Tus caminos nunca solitarios; tus rios siempre visitados por embarcaciones que hacen de Iloilo la primera población del grupo de las islas Bisayas, esos miles de carros conductores de la caña y del azúcar, de ruedas y ejes importados de Europa, así como el tranvía que en las luchas con las aguas, los malos caminos y la carga, vence á los primeros; esos hilos de alambre que rodean la hacienda Carmen, y esos railes fijos y permanentes que unen un embarcadero con Candaguit, la Fé y La Car-

lota; esos arados impulsados por el vapor, una tras otra hacienda, que se aproximarán á mil, los canales previniendo las aguas pertinaces, los miles y miles de pesos que en los momentos de angustias y ansiedad, en los meses de Septiembre y Octubre envías á las provincias limítrofes, los cientos de miles de picos de azúcar que siembran, labran, recojen y benefician esos jornaleros, en medio de rudas faenas, las luchas y ensayos de nuevos cultivos, dicen á voces que eres la isla modelo del Archipiélago Filipino.

Adios isla del porvenir; adios isla donde el peninsular y el isleño se confunden en lo que más regenera al hombre, en el cultivo de los campos; isla de nobles aspiraciones, isla que guardas en tu seno á los sufridos hijos del *arado y del trabajo*; isla que en tu mogote más alto enseñas con el penacho blanquecino del Canlaón la muestra de esas fábricas de azúcar que alegran y encantan al propietario, al que te visita, y al admirador del país: ojalá que estos incorrectos «apuntes» salidos de pobre pluma, al publicarse, sirvan para presentarte como eres, como tipo del esfuerzo y de la lucha del hombre dirigido y llevado á un fin noble, y como aviso y enseñanza de lo que sería la inmigración peninsular á unas con el insular, que justo es reconocer sus dotes y condiciones, al ver esas haciendas, donde con gratitud y respeto se oyen nombres y apellidos mezclados, que juntos marchan unidos por el vínculo cien veces hermoso de la confraternidad de una Pátria, y desde este á la defensa de una idea santa, y á la del trabajo, aspiración suprema del hombre honrado.



## NOMENCLATURA Y TRADUCCIÓN

### DE VARIAS PALABRAS EMPLEADAS EN ESTOS «APUNTES.»

# A

*Abacá*.......... Filamento producido por una de las especies del plátano.
*Acsa*.......... Aparcero de una hacienda.
*Alili*.......... Anticipo usurario consistente en la entrega de dinero para devolver especies.
*Alimbuyog*.... Se llama así al gallo de pluma negra y colorada dominando el primer color.
*Alisto*......... Frase que suele usarse al empezar un trabajo.
*Amacan*....... Tejido de la corteza de la caña espina.
*Ampajan*...... Pescado de clase superior.
*Anting-anting*. Amuleto.
*Aragoy ó arogoy*... Interjección de dolor equivalente al ¡hay de mi!

# B

*Babaye*........ Mujer.
*Babuy*......... Cerdo.
*Badlon*........ Pescado muy estimado.

*Bagazo* ....... La parte leñosa de la caña azúcar después de pasada por el molino.
*Baguio* ........ Ciclón. Huracan de gran intensidad.
*Baguis* ........ Tiburón.
*Bajaque* ....... Taparrábos.
*Bacjao* ........ Madera del mangle.
*Balatong* ...... Alubia pequeña del país.
*Bangá* ........ Vasija de barro para guardar el agua de beber.
*Bantay* ........ Centinela.
*Baroto* ........ Embarcación estrecha y pequeña de una pieza que lleva á sus costados unas cañas espinas para evitar la sumersión.
*Batulang* ...... Cesto de grandes dimensiones.
*Bayíbayí* ...... Arroz nuevo cocido pilado con azúcar y carne de coco tierno.
*Bayon* ......... Saco de hojas de burí ensartadas con bejuco para embasar ó guardar el azúcar y el palay.
*Bejuco* ........ Enredadera que se cría en el bosque, flexible y fuerte; sirve para atar ó líar objetos.
*Bilao* .......... Arnero tejido de la corteza de la caña espina.
*Binagul* ....... Azúcar de la clase más inferior.
*Binangon* ...... Machete de punta afilada.
*Binuro* ........ Pescado salado y prensado.
*Bolo* .......... Machete de punta.
*Bombon* ...... Cañuto de caña espina.
*Bucay* ......... Blanco.
*Bugang* ....... Una yerba.
*Bugsay* ....... Remo corto, bastante ancho en la estremidad que toca el agua, y se maneja sin apoyarlo en la embarcación.
*Burí* .......... Palmera de mucho cuerpo y de grandes hojas.
*Butong-butong* Melaza sacada de la caua de punto en una caña, convertida en azúcar á fuerza de prepararla á mano.
*Buyo* .......... Enredadera cuyas hojas de figura de corazón mezcladas con un pedazo de la nuez de la palmera llamada bonga, y cal de marisco, mascan muchos insulares.

# C

*Cadios* ........ Lenteja del país.
*Calan*.......... Hornilla de barro que sirve de cocina.
*Calayo* ........ Fuego.
*Camarin*....... Edificio destinado á la custodia de objetos.
*Camasohon*..... Llámase al gallo de plumas blancas y negras.
*Camote*........ Tubérculo de color blanco parecido á la batata.
*Can-on*........ Arroz cocido con agua.
*Carabao*....... El búfalo amansado que se emplea en acarreos, conducciones y trabajos agrícolas.
*Carajay*....... Sarten del país.
*Casaysayan sang mahal nğa Pasión ni Jesucristo* Explicación de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.
*Caua*.......... Recipiente de hierro para cocer el intus ó guarapo. Se adapta á la parte superior del horno.
*Cogon*......... Yerba que una vez seca se destina á techar casas y camarines.

# D

*Dindin pampango*....... Tabique exterior ó interior de los edificios hecho de un tejido de caña ó madera flexible á trechos de un metro, sostenido por marcos de madera que se revisten de cal y arena bien amasados con agua.
*Duyan* ........ Hamaca de bejuco ó cordel.

# F

*Funcia*........ Función ó fiesta.

## G

*Gabe*.......... Tubérculo blanco muy nutritivo.
*Gulay*......... Cualquiera clase de verdura cocida

## H

*Harigue*....... Trozo de madera que sirve de sosten á los edificios.

## I

*Ilang-ïlang*.... Arbol silvestre y cultivado que produce las flores de donde se extrae la esencia aromática de este nombre.
*Intus*.......... El jugo de la caña de azúcar.

## L

*Langcape*..... Sofá de caña-espina.
*Liplip*......... Hoja entera del burí ensartada con bêjuco.
*Lison*.......... Pescado de carne blanca muy sabrosa.
*Luguay*....... Sirga de bejuco.
*Lulay*......... Un canto y baile del país.
*Lusóng*....... Mortero de madera donde se pila el paláy.

## M

*Manglar*...... Terreno bajo invadido por las aguas del mar donde se crian maderas inferiores, como el pagatpat, bacjao, piagao y otras, y bastantes mariscos.
*Mecate*........ Cuerda de cañamo ó abacá.

## N

*Nipa*.......... Palma baja criada en los manglares. Destila una sustancia llama-

da tuba aprovechada por la industria; sus hojas sirven para el techado y defensas exteriores de casas y camarines.

## O

*Opus*.......... Colilla del tabaco.

## P

*Pacalás*....... Rastrillo de hierro, madera ó caña espina.
*Pagatpat*...... Madera del mangle; sirve para construcciones urbanas.
*Palay*......... El arroz con la cascarilla.
*Palayas*....... Media agua de los edificios.
*Panday*........ Trabajador en cualquier oficio mecánico.
*Pangas*....... Una de las maneras de sembrar el paláy.
*Pangasi*...... Vino sacado por infusión del paláy en el agua.
*Parejo*........ Igual.
*Patadión*...... Pedazo de tela de tres varas por una y media cosido por esta parte, de colores variados y tejido con algodón ó seda. Sirve de vestido á las mugeres del pueblo y se lo ciñen al cuerpo atado con un nudo.
*Petate*......... Estera suave en la que se acuestan en el país, fabricada de la hoja de un arbusto.
*Pilipig*........ Arroz tierno machacado.
*Ponot*......... Artefacto de cañas-espinas, palma brava y otros útiles, construido en la mar con objeto de pescar.
*Pugarán*...... Ponedero de las gallinas.
*Pulá*.......... Colorado.
*Punque*........ Angarilla de caña-espina para llevar algún objeto.

## R

*Rompecandados*.......... Pescado parecido á la merluza.

## S

*Salocot*........ Sombrero ancho.
*Salansang*.... Aparato de caña para poner al fresco la vasija que contiene el agua.
*Sampaguita*... Enredadera; sus flores que son blancas y muy aromáticas semejan á las del jazmin.
*Sampoc*........ Preparar los gallos para la pelea ó riña.
*Sapa*.......... Riachuelo.
*Sijod*.......... Red circular de abacá.
*Siantong*...... Machete sin punta.
*Silong*......... Los bajos de una casa.
*Soplado*........ Se llama asi denigrativamente al individuo presumido ó infatuado.
*Soplillo*........ Trabajador en los hornos del camarin de molienda.
*Suallo*......... Tarugo de madera para exprimir la caña.

## T

*Tabás*......... Gallo de plumas blancas, encarnadas y rojizas.
*Tabig*......... Cesto pequeño.
*Talibon*........ Machete largo que termina en punta muy afilada.
*Talisayon*...... Gallo un poco más oscuro que el camasohon, admitiendo plumas de otros colores en pequeña cantidad.
*Tanduay*...... Aguardiente.
*Tangingui*..... Uno de los pescados mejores de estas islas.
*Tauo*.......... Hombre.
*Terciado*...... Igual arma que el talibon.
*Tiangui*....... Mercado.
*Timba*......... Balancin para subir agua.
*Timsim*....... Pedazo interior de una yerba que sirve de pábilo á las luces de aceite de coco.
*Tiratira*....... Butong-butong.
*Tubá*.......... Líquido destilado por el cocotero,

la nipa, el burí y el cabo-negro; sometido á la acción industrial produce varias clases de vino muy apreciadas por el insular.

## U

*Ube*........... Tubérculo de color morado que contiene gran cantidad de harina.
*Uay*........... Bejuco.

## V

*Varasvaras*... Arbusto del mangle empleado para cercos.



# ÍNDICE



